

PISCIS
୨ ୩ ୪ ୫ ୬ ୭ ୮ ୯ ୧୦ ୧୧ ୧୨

ARENA

Víctor Conde

Siguen las aventuras de

PISCIS Lectulandia

de

En otro punto de la Arena, las cosas no iban bien para los Temples: una unidad de Engendros montados en motocicletas había cercado un camión vampiro como un grupo de tiburones a un rorcual, y trataban de destrozar su sistema impulsor. En los espolones delanteros del camión se había enganchado una de las motos: su conductor aullaba al ser devorado a mordiscos por el hambriento motor del vehículo. Mientras los dientes machacaban la carne, succionando sus jugos vitales para procesarlos y fabricar gasolina en sus entrañas mecánicas, la moto era diseccionada en piezas por las potentes mandíbulas.

Lectulandia

Víctor Conde

Arena

Piscis de Zhintra - 2

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2018

Título original: *Arena*
Víctor Conde, 2002
Ilustraciones: Luis Royo
Diseño de cubierta: Gallego Bros

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A los comprobadores de voltaje de las dinamos de los barcos
merluceros.
Algún día os tenía que tocar.

Prólogo

El final de una vida

Negrura.

Y luego, lentamente, un destello de luz. Su mente, que regresa dolorosamente de la inconsciencia para contemplar como un espectador más su propia muerte. Reflejos de metal en el canto afilado de espadas ensangrentadas.

La algarabía del público, una muchedumbre infinitamente lejana y ansiosa, llega hasta él como el rumor de un océano embravecido. Con la lánguida cadencia de una procesión de muertos, los sonidos regresan.

Algo choca contra su hombro y preludia un rugido: la voz de un amigo que le avisa, preparándole para la embestida. Los Engendros de Cobalto se lanzan sobre su barricada, prestos a destrozada con el ariete de su blindado de seis ruedas. Tristan — él se llama así... o eso cree— los ve venir, escucha el rugido de sus motores y cómo los filos de ataque de sus espolones cortan el aire ansiosos por probar su carne.

Y, en el último segundo, salta a cubierto.

El blindado embiste violentamente contra la empalizada y la hace volar por los aires, junto con algunos compañeros. El ariete frontal se deforma por la fuerza de contrarreacción de una mina oculta. El escudo de pavés de uno de sus compañeros del grupo Azul la había escondido de la vista del piloto hasta su detonación. Con destreza felina, el martinete de su grupo, un enorme bruto ataviado con una coraza espolonada, salta sobre la cabina del vehículo y clava su pica monofilamentada a través del techo. La sangre explota contra el parabrisas. El público chilla.

Tristan sacude la cabeza para despejarse y la realidad se carga en su cerebro como un programa de ordenador: el estadio, las inmensas gradas atestadas de gente que circundan una pista de varios kilómetros de diámetro. Millones de personas desgañitándose de placer al ver cómo su grupo favorito destroza o es destrozado. Cerca, un escuadrón de Cabezas de Santos pasa derrapando sobre las ruedas dentadas de sus motos, formando un anillo defensivo alrededor del blindado médico, tratando de ganar tiempo desesperadamente para que el robodoc sane a sus heridos. Sus enemigos locales, los Engendros, se lanzan sobre ellos disparándoles con ballestas automáticas.

El guerrero recuerda lo ocurrido hace escasos segundos, toda una eternidad en la Arena: el estampido de una granada y las vísceras salpicándole el rostro. Se mira para comprobar que todo está en su sitio, pero alguien o algo le golpea desde atrás. Probablemente un fragmento de metralla de algún combate cercano. Su casco no se agrieta, pero la cinética del golpe provoca una vibración en su cerebro que lo sumerge momentáneamente en la inconsciencia.

Ahora lo ve más claro. Le atacan. Quieren matarle, el público chilla exigiendo su muerte. Pero él no es como los demás, no se dará por vencido. Recoge su arma del suelo, una espada-sierra de doble cadena, y la pone en marcha. El motor ruge y expulsa vapores negros y contaminados. Tristan se gira, buscando el enemigo más próximo. Al principio del combate tenían un plan, como cualquier otro grupo. Pero ningún plan sobrevive más de diez minutos en la Arena; generalmente son las primeras víctimas de la contienda. Ahora todo se reduce a sobrevivir mientras el contador digital de la inmensa pantalla que corona el estadio alarga eternamente los segundos en una infernal caída hasta el límite de veinte horas.

Mira a su alrededor y no ve las insignias azules que distinguen a su equipo, las Espadas de Kyos. Se asusta —¿quién no?— y echa a correr. Ya llegará a alguna parte. Lo que bajo ninguna circunstancia puede permitirse es permanecer quieto. Los blancos inmóviles son presa segura para los sensores de puntería de los camiones asesinos. Echa a correr y grita algo al aire, a nadie en concreto, para que los que lo estén observando crean que se encuentra flanqueado por compañeros pendientes de sus movimientos. Lo peligroso de correr despavorido, él lo sabe, es acabar de repente en medio de una pelea que no es la suya, y que alguno de los bandos decida usado de escudo. La lucha en la Arena es así: las bandas tienden a permanecer unidas, todas alrededor de sus líderes y formando grupos muy compactos. Pero a una escasa hora del principio, esa civilizada forma de enfrentar el conflicto ya no existe. Sólo quedan las bestias, los hombres solitarios que luchan en pequeñas batallas aisladas sin saber lo que sucede más allá. Tristan lo sabe, y por eso corre.

Una vez, mucho tiempo atrás, su padre le había dado un consejo muy importante: *pase lo que pase, hagas lo que hagas, jamás dejes que tus piernas se congelen.* Tristan no entendió en aquel momento lo que quería decir, pero lo supo dos años después, al cumplir los catorce, cuando su padre le dejó asistir por primera vez a la retransmisión de uno de los combates por la Telaraña. Con los ojos muy abiertos y muy marrones, el niño que había sido hasta entonces vio salir de los garajes a los diferentes grupos de luchadores con sus estandartes blasonados y sus nombres pintorescos: las Espadas Sanguinarias, los Carniceros Negros, las Hermanitas de la Inmundicia... estaban todos, sus héroes de la infancia, sus ídolos de juventud.

Uno de los novatos del grupo de los Carniceros, un joven de apenas su misma edad a quien nadie conocía, no pudo moverse cuando el Real Jurisconsulto declaró inaugurados los Juegos. Las ruedas giraron y los guerreros se lanzaron a ocupar sus posiciones, pero aquel chico no pudo obligar a sus piernas a que se movieran. La cámara, percibiendo que algo anormal ocurría, lo enfocó casi desde el principio, y se mantuvo con él en los largos minutos que tardó en atraer la atención de sus enemigos. Sus compañeros le daban empujones, trataban de hacerle reaccionar, pero estaban demasiado ocupados tratando de salvar sus propias vidas, y el muchacho pronto se quedó solo.

Tristan observó entonces el vaivén ascendente y descendente de su pecho, el leve temblor de la máscara de demonio cromado que sin duda ocultaba una expresión mucho menos agresiva, el sudor que empapaba el cuello de goma del casco y resbalaba en gotitas por sus hombreras.

La cámara fue acercándose a él hasta que sólo su cabeza fue visible, y entonces ésta desapareció, cercenada diestramente por la hoja de un contendiente anónimo. Tristan dio un respingo al recordarlo. Fue algo instantáneo: en un momento su cabeza estaba allí y al siguiente no. Ni siquiera hubo sonidos que ilustraran el golpe, sólo el sempiterno clamor de la multitud que vitoreaba o vilipendiaba las acciones más sangrientas en oleajes de fanatismo.

Jamás dejes que tus piernas se congelen. Qué sabio era su padre.

—¡Agacha la cabeza, imbécil!

La advertencia llega a tiempo. Tristan se tira al suelo pegándose tanto a él que siente todo su cuerpo en contacto con la arena. A escasos milímetros sobre su cabeza pasa un espolón giratorio de carro, dejando marcas serradas en la pintura de su casco. Levanta la vista y ve pasar las ruedas de un Camión Asesino, con su tráiler de cuatro ejes vomitando fuego y metralla sobre la pista. Quien le ha avisado es un amigo de su grupo de Espadas, La Sota. Hace un gesto de agradecimiento y se levanta de nuevo.

—¡Cuidado con esos Narices de Cerdo! ¡Todo el mundo a cubierto y preparados para una contra!

Tristan mira alrededor y ve que de repente se halla rodeado de compañeros. No sabe de dónde han salido ni le importa. Siguiendo las instrucciones del manual, elige un compañero y se coloca espalda contra espalda. Un grupo de Cerdos viene directo hacia ellos con las alabardas en ristre.

De repente, la configuración del suelo cambia. El estadio entra en modo de máxima inestabilidad y se alzan montañas y se horadan profundos valles en su superficie, un mosaico de torres hexagonales totalmente interactivo.

Los hombres tropiezan y caen. Una montaña nace bajo sus pies, y Tristan es lanzado al aire. Los enemigos de repente ven que tienen que sortear un farallón escalonado de columnas de seis esquinas para llegar hasta ellos, lo cual les da ventaja. En otras partes de la Arena, hay vehículos que no tienen tanta suerte: el suelo se hunde de repente delante de un blindado médico y él y el Camión que lo escolta se precipitan por un acantilado, girando frenéticamente en el aire y estallando en voluminosas bolas de fuego. El tráiler del Camión golpea las paredes del precipicio y se parte en dos con un estruendo, sepultando los restos del blindado bajo un amasijo de chatarra y cuerpos calcinados de tiradores.

Tristan hace un gesto de victoria con el puño, pero el alborozo se le congela en la cara cuando dirige la vista hacia los Cerdos: sus enemigos están siendo masacrados por algo mucho más peligroso. Sota le indica que se cubra y alguien lanza una granada fragmentaria al campo. Una explosión, fragmentos de algo blando y

esponjoso. El último de los Cerdos cae atravesado por una enorme cuchilla monofilamentada y deja ver el corpachón negro del Robot Asesino.

Todos contienen levemente el aliento.

El Robot es un gigante de tres metros, delgado y con cuatro brazos acabados en un rosario de armas punzantes. Un único ojo radiante del color del fuego les contempla desde el interior de un búnker achatado donde debería estar su cabeza. Su blindado caparazón se contrae y adopta una configuración de cuatro patas para avanzar más rápido hacia ellos.

En ese momento, el paisaje decide volver a cambiar y alisarse. La montaña comienza a desaparecer.

—¡A todos los hombres, preparados para maniobra de concha! —grita Tristan por el intercomunicador del traje—. ¡Quiero que todo el mundo se despliegue en abanico, y ya!

Los hombres consideran juiciosa la orden y obedecen. Un oficial continúa la maniobra ladrando unas órdenes que él no escucha. Todos sus sentidos están reservados para el monstruo que se les viene encima galopando como una bestia mitológica.

Reza para que los instrumentos espía del Robot no hayan logrado descifrar el código en que van encriptados sus mensajes.

Entonces se fija en algo.

Los luchadores nunca miran hacia el público. Para ellos, éste es simplemente un murmullo constante al límite de su audición. Pero ahora Tristan se da cuenta: un destello violáceo, las prendas de una mujer que destacan extrañamente del resto, entre un mosaico de colores planos de cien metros de altura. Millones de personas contemplándoles, y él se fija curiosamente en ésa. Una chica... o un hombre de raras costumbres. En la grada nor-noroeste, la de las celebridades y ministros de las potencias que organizan los juegos, Seltsea, Vuldamarr, Xar y Palladys. Allí, bien protegida tras un escudo de cristal transparente capaz de resistir el impacto de un cañón balístico.

Vuelve a la realidad cuando el brazo cercenado de un compañero cruza volando por delante de su cara. Aún porta su escudo energético.

Tristan se concentra en la pelea y finta por escasos centímetros un golpe lateral. Cuatro compañeros están sobre el Robot, golpeándole, tratando de encontrar un punto débil en sus defensas. Dos sebaciara, gladiadores armados con mallas pulsátiles y tridentes de inyección cinética, lanzan sus redes sobre el monstruo, el cual las corta con sus extremidades como si fueran de papel. La Sota se lanza sobre él y lo monta, asiéndose peligrosamente con las piernas al torso mientras trata de incrustar su gladio dentado en la fina ranura del cuello de la bestia.

—¡Así se hace! —grita jubiloso Tristan, golpeando con errática furia las cuchillas del brazo izquierdo del Robot para entorpecer sus estocadas. De repente, el monstruo

ejecuta un salto descomunal que lo aleja del grueso de los atacantes al menos veinte metros.

Sota está aún sobre él. Aterrorizado, intenta desasirse del corpachón metálico, pero una de sus botas ha quedado enredada en las pegajosas mallas imantadas de las redes pulsátiles. Sota grita pidiendo ayuda a amigos y enemigos; el Robot pelea solo, sin distinción de bandos, matando todo lo vivo. Todas las bandas rivales se han unido en ocasiones para deshacerse de tan peligrosos adversarios.

Pero el monstruo reacciona antes. Ni siquiera se gira para quitarse al hombre de encima. De su cuerpo de repente surge una espinosa selva de aristas afiladas, que atraviesan la armadura de Sota con insultante facilidad. Tristan y los demás escuchan los entrecortados gemidos de su compañero al ser múltiplemente atravesado por esas pequeñas espinas de cromo; su cuerpo cuelga inmóvil del Robot como una muñeca perforada por docenas de clavos.

Tristan grita, abre desproporcionadamente la boca para hacerlo, y corre con todas sus fuerzas hacia un extremo de la montaña que de nuevo vuelve a aparecer. De allí surge un carro de cuatro ruedas de los Cerdos, avanzando sin control mientras su conductor se desangra sobre el volante. Tristan sube a la grupa del corcel de doce cilindros y arroja fuera al moribundo tripulante. El Robot ve cómo enfila hacia él, acelerando y apuntándole con el espolón de proa, pero no hace nada.

Apretando los dientes, Tristan siente una furia indómita que paraliza sus sinapsis, abotarga sus pensamientos y hace rechinar sus dientes. Las prótesis de colmillos afilados que lleva engastadas en los alvéolos de las encías provocan cortes que hacen manar la sangre de su boca. Sus puños se cierran con fuerza sobre las palancas de control, y ordena al vehículo que embista a toda velocidad la masa coriácea del Robot. Tristan se descuelga por un lateral del vehículo, con medio cuerpo por fuera de éste y la irregular orografía del terreno vibrando bajo las ruedas.

Un segundo antes del letal encontronazo, salta del blindado. Rueda por el suelo dando muchas vueltas y escucha lejanamente el ruido de una explosión. Tristan sonríe, satisfecho, cuando se ha parado y trata de ponerse en pie renqueando. El mundo da vueltas a su alrededor. Siente el regusto de la sangre en la boca. Pero su enemigo está muerto. Consumido en un infierno de llamas, de muchos galones de combustible sólido deshaciéndose en una pared de plasma incandescente que se eleva triunfal a los cielos como erigiendo monumentos a su venganza.

Entonces, el monstruo surge del fuego.

No ha sufrido excesivos daños, pero el cadáver de Sota es una tea viviente.

Tristan alza su espada —cuyos averiados motores ya no funcionan—, y se prepara para morir. No le importa, pues el disgusto que siente, que le quema por dentro, viene de otra dirección. Sus piernas están paralizadas, por el golpe o por el miedo.

Nunca dejes que tus piernas se congelen.

Gracias por nada, padre. Gracias por nada.

1

Comerciendo en los lagos de Tikos

Para comprobar la calidad de una prenda o de un artículo de bisutería no hay nada mejor que un probador de ropa, y eso es una regla de oro en cualquier parte del cosmos. Confieso que estuve buscando uno de reojo durante todo mi periplo por el abarrotado espacio interior de la nave de los jullasym, un puesto de venta ambulante con forma de caparazón de tortuga, pero mis esfuerzos acabaron por aburrirme. Después de atravesar cuatro bahías llenas de artículos capaces de ponerme los dientes largos, y antes de soltar el seguro de mi tarjeta de crédito (la llave de la caja donde guardaba medio kilo de valiosas perlas hepáticas de Sultra), recurrí al método más simple:

—Me gustaría llevármelo, pero... ¿dónde rayos tenéis el probador?

El jullasym que me servía de guía sonrió y, señalando con uno de sus palpos gelatinosos al robot flotante que me acompañaba y circunstancialmente sostenía mis elecciones, hizo que extendiera dos largos brazos cubiertos de argollas. Por ellas se descorrió una cortina que inmediatamente aisló mi cuerpo del resto de la nave. Hasta entonces no me había dado cuenta de que me seguía una habitación privada volante.

—¿Lleva entonces consigo reloj de Causas Importantes? —preguntó el comerciante con su acento gelatinoso. Hablaba como si antes de dejar escapar una palabra se detuviera para rellenarla de agua.

—Sí —convine, ajustándome un vestido hecho de insectos vivos. Estuve a punto de renunciar a él, porque los muy tontos no adoptaban las configuraciones que tan bonitas quedaban en las fotos de los catálogos. Debían de ser esquemas de apareamiento o algo poco frecuente—. Y también la colección de estrellas de mar que silban, siempre que canten canciones de amor, y no de las otras... ya sabe.

—Éstas muy amaestradas. Haber crecido junto a vieja radio terrestre que sólo es capaz de reproducir vez y vez la misma cinta.

—¿Cinta? —pregunté, susurrando una orden que hizo que los insectos anularan instantáneamente sus abrazos y cayeran flotando a guardarse en su cajita. Me quedé desnuda, rebuscando en la percha del robot aeroflotante otra de mis elecciones: moluscos imantados de Persea. Pero la dejé para más adelante porque no tenía ganas de ponerme todavía la armadura—. ¿A qué se refiere?

—Reliquias magnéticas de otro tiempo. También tenemos una grabadora.

—Déjelo. De todas formas estoy a un paso de salirme del presupuesto. Por favor, ordene a los mozos que vayan cargando todo esto en mi nave. —Salí del probador con sólo un Esquema de cintas kraa, que se anudaban en torno a mi cuerpo como si en lugar de una mujer fuese un paquete postal—. ¿Cuánto es en total?

—Cincuenta y dos perlas, pero por ser usted y teniendo en cuenta el volumen de compra... —dijo rápidamente el comerciante, olvidando por unos momentos la pronunciación entrecortada de mi idioma—. Uhmf. Dejárselo puedo en cincuenta.

—Me parece un poco caro —puntualicé, sacando la caja de perlas.

—Volumen alto. Grandes beneficios, yo...

—Me es igual. Espero que todo esto quepa en la bodega —abrevié, observando cómo los atareados jullasym montaban un puente de palpos entre la bahía de su nave y el iris dilatado de la mía, *Aquario*.

Ahora que veía las cajas desde fuera, me pregunté para qué demonios quería yo un reloj que sólo marcara los acontecimientos importantes de la vida (sobre todo cuando incluía en su diseño un feísimo casco de hierro de propósitos desconocidos), o la *troupe* de estrellas de mar cantarinas, blancas y negras como coristas de cabaret venidas a menos. Decidí colocadas en los ceniceros de la nave, elementos que tampoco se usaban nunca porque soy alérgica al humo de casi ochenta tipos de tabaco.

Un estampido cercano rebotó en las bóvedas de acero de la nave jullasym. El comerciante se llevó las extremidades a la cabeza, adoptando una posición defensiva y ordenando a sus empleados que se preparasen para una fuga rápida. Nuestras miradas se cruzaron, y yo reaccioné con la pericia y el miedo contenido de las esclavas fugitivas. El comportamiento de mis anfitriones era bastante lógico; los de su especie siempre tienen problemas con las autoridades cercanas, independientemente del lugar de la galaxia donde ofrezcan sus servicios. Pero yo dudaba que aquello fuese un ataque. Más bien parecía un impacto a nivel de superficie, un proyectil estrellándose a gran velocidad sobre uno de los lagos sólidos del planeta.

Destrabé el comunicador de mi cinturón kraa y llamé a la computadora de mi nave:

—*Aquario*, ¿qué ocurre? ¿Ha sido en la superficie?

—*Correcto* —susurró una voz andrógina a través del aparato—. *Un fragmento de meteoro ha caído muy cerca y ha taladrado la costra metálica del lago. Los gases de treón están escapando a la atmósfera.*

—Maldita sea. —El treón era un gas muy peligroso, altamente corrosivo e inflamable, y muy malo para los valiosos motores de mi navío si se pegaba a ellos. De un salto, agarré yo misma los bártulos que quedaban por estibar y los llevé cruzando de un par de zancadas el puente que unía ambas naves. Los seres con aspecto de ventosa gigante se replegaron al interior de su bajel-mercado-casa de cambio, e hicieron rugir sus motores de maniobra. Su reflejo sobre la pátina iridiscente del lago se fracturó en mil tributarios cuando una selva de grietas la convulsionó.

Yo había tenido la suerte de encontrar a los jullasym repostando combustible gaseoso, un derivado del treón que ellos dragaban directamente de las fuentes

termales mediante largas tuberías que daban a sus bajeles el aspecto de aberrantes mosquitos. Habíamos anclado ambas naves a escasas docenas de metros por encima del paisaje compuesto por cientos de espejos, los lagos sólidos de la cuenca orogénica, pozos de agua a los que el continuo burbujear del treón agarrotaba hasta convertirlos en planchas de metal en una suerte de descompensada tensión superficial. El ángulo descendente del sol pintaba los óxidos en colores dorados y ocres con una maravillosa mezcla de tonos que convertía el paisaje en uno de los cuadros más bellos que yo había visto nunca, y he visitado muchos mundos.

Nos separamos sin tardanza y, mientras la tortuga de los comerciantes buscaba refugio en los recovecos de la cavidad geodésica, elevé mi nave en pos de la atmósfera exterior, de donde caían los proyectiles. *Aquario* ejecutó automáticamente una maniobra de combate para esquivar otro de los fragmentos mientras yo trataba de llegar al puente.

—¿Qué ha sido eso? —inquirí, sujetándome a duras penas al diván de control. Entre los cinturones de seguridad y las cintas de mi singular vestido, ahora sí que parecía un genuino paquete de correos andante.

—*Ya no hay duda, Marion. Se trata de un transporte, un brick pesado de diseño común. Se está desintegrando por secciones.*

—¿Reentrada abortada?

—*Negativo. Parece que su fuerza estructural simplemente se desvanece.*

Pensé en un fallo de los generadores de campos ablativos, o en un ángulo de reentrada tan erróneo y mal calculado que pudiera estar convirtiendo el bajel en un meteorito gigante en desintegración, pero a tenor de lo que vi en la pantalla mientras nos aproximábamos dudé de estas conclusiones.

Era un brick, una ballena deforme con el castillo de gobierno montado en la proa, concebido como una capilla eginarda con ventanales apuntados. A través del mosaico de sus cristaleras pude ver que se estaba desarrollando una batalla a bordo. Los destellos de las descargas de rayos teñían de rojo y dorado la luz que atravesaba los paños góticos. Nos acercamos tanto que casi pude distinguir figuras de tripulantes corriendo a esconderse tras las consolas de control, disparando con pistolas hacia un enemigo que permanecía oculto a mis sensores.

La ballena estaba rodeada de grandes depósitos de combustible que ahora se iban desprendiendo de forma ordenada y ardían al contacto con la atmósfera. *Aquario* tenía razón: el transporte se estaba desmenuzando por propia voluntad, como si alguien hubiese activado un dispositivo interno de autodestrucción.

Decidí acercarme más.

—Vamos a tratar de establecer comunicación con ellos. Tal vez podamos ayudarles a evacuar —sugerí, mirando de reojo los bártulos de la compra que se amontonaban en el pasillo. *Aquario* medía más de veinte metros de longitud, pero era una goleta de formas afiladas y armoniosas, no un carguero. Poseía una dinámica atmosférica veloz y un cuidado trazado de perfil que, junto a su esquema de pintura

en preciosos plateados y rosas, a muchos les parecía cursi, pero a mí no me importaba; mi nave había servido como barco de placer hasta que la reconvertí colocándole los motores gemelos Kerambeón en la popa. Yo prefería que siguiese causando hilaridad y que la gente la subestimara antes de mostrar abiertamente sus optimizadas capacidades para la velocidad y la maniobra.

El reloj de Causas Importantes comenzó a graznar. Sus manecillas estaban posadas en dos cartas de la Fortuna (que hacían las veces de números en su esfera), una con la forma de dos amantes, y la otra... Bueno, tenía algo que ver con una calavera que no me detuve a mirar.

—*No responden a mis llamadas* —anunció la computadora—. *Pero dos de sus chalupas de emergencia se están activando.*

En lo alto del castillo de gobierno había espacio para tres chalupas pesadas de evacuación. No había ni rastro de una de ellas, por lo que deduje que ya había sido lanzada, o bien se había estrellado contra el planeta con los demás fragmentos. Las otras dos se desacoplaron en ese momento con una explosión de eyectores y tomaron rumbos diferentes.

Sacudí los puños de alegría; tal vez no estuviera todo perdido... Pero me detuve enseguida. Algo iba mal. La chalupa más adelantada hizo girar una torreta de cañones láser situada en su panza y apuntó hacia su gemela.

Me agarré con fuerza al asiento tratando de pensar en algo rápido que hacer, pero el misterioso artillero no esperó. La chalupa abrió fuego, bombardeando a su gemela con un chorro de haces verdes y azules, hasta que la explosión de corpúsculos blancos y chispas cegó momentáneamente mis instrumentos.

—¿Qué demonios...? —protesté, pero *Aquario* entró en secuencia automática de esquivo. Los tiradores nos eligieron como blanco—. Pero, ¿qué significa esto? ¡Esos malnacidos nos están disparando!

El reloj siguió graznando sus advertencias cabalísticas. *Gbli, gbli, gbli*. Le di un fuerte empujón para que se callara.

—¡Silencio, maldito trasto! ¡Ya sé que esto es importante!

Aureolado por una nube de escombros, el brick comenzó a caer. No era una desintegración masiva de su estructura, sino que toda la nave se precipitaba contra la atmósfera exterior del planeta. Muchos kilómetros por debajo, la hermosa pátina de metal de la superficie brillaba como un espejo de oro y pedrerías al abrigo del atardecer.

Perdí de vista la chalupa agresora tras el corpachón del vencido transporte. De repente, de la nada, surgieron unas naves ligeras con aspecto de murciélagos inquietos, que se colocaron en formación alrededor de la chalupa. Eran las naves de diseño más estrambótico y alienígena que había visto en toda mi vida.

Nosotras también comenzamos a descender de manera algo más controlada.

—*Aquario*, ¿queda algo de impulso en esos motores? —pregunté, señalando el esquema táctico del brick en mi pantalla.

—*Afirmativo. Debe quedar aún alguien con vida en el castillo de mando, porque están tratando de frenar la caída.*

—Muy bien. Da vueltas alrededor del brick a ver si conseguimos atraer unos cuantos disparos.

—*La chalupa y sus acompañantes han entrado en un ciclo de salto interdimensional, Marion. Creo que no debemos preocuparnos más por ellos.*

Asentí frotándome las manos.

—Perfecto. Extrae el tren de aterrizaje.

—*¿Puedes repetir?*

—Ya me has oído —instruí—. Y deriva parte de la energía de las Kerambeón para potenciar su sistema de anclaje magnético. Quiero un diagrama de los puntos de tensión del brick y de los nuestros, a ver si podemos soportar su peso.

—*¿Pretendes remolcarla?*

—Cargar con ella no; sería excesivo. Pero tal vez podamos echarles una mano con la inercia de la caída.

—*Gbli, gbli, gbli.*

—¡Ya lo sé, estúpido cacharro! —Otro mamporro que me dolió más a mí que a él. Entonces adiviné por qué el reloj llevaba el absurdo casco de hierro incorporado en su diseño.

Nos colocamos paralelos al vector de caída del brick y extendimos el triple tren. La energía derivada de las poderosas Kerambeón refulgía con chispazos argénteos en las palas de aterrizaje, planas y curvadas levemente en las puntas como esquíes. Me asustaba un poco pensar que a pocos metros de distancia de la panza de mi nave, un enorme carguero que casi la triplicaba en tamaño se desmenuzaba convirtiéndose en un peligroso enjambre de piezas en combustión, que caían como proyectiles de fuego a varias veces la velocidad del sonido.

Con absoluta precisión, la computadora previó el ángulo de descenso del pecio basándose en su reducida capacidad de maniobra y los fuertes vientos imperantes. Una estimación de trayectoria apareció brillando contra el plexiglás de observación. Yo asentí y di la orden de acoplamiento. El castillo de proa se desmenuzaba golpeando nuestros escudos a la manera de gotas de lluvia incandescente.

—¡Ahora! —ordené, clavando las uñas al reposabrazos, y sentí cómo el impacto del encontronazo entre las dos naves, todo lo suave que podía haber sido dadas las circunstancias, se transmitía a través de la estructura haciendo vibrar mi asiento.

Ambos transportes se precipitaron juntos por espacio de unos segundos (en que la ingravidez del arco de caída separó mi trasero del diván); luego los motores empezaron a tirar. Empujaron con todas sus fuerzas, los puntos de tensión se resintieron. El tren de aterrizaje tembló como una rama a punto de partirse por la fuerza de un vendaval, pero, milagrosamente, aguantó. Volví a alzar el puño, la vista clavada en el contador digital de distancia al suelo. *Aquario* iba mostrando los datos a gran velocidad.

—Vamos, preciosa, aguanta... —gruñí, rechinando los dientes. Esto era muy peligroso para mí, pero no podía dejar morir a las personas que seguramente seguirían vivas allí dentro sin darles una oportunidad. Los números que indicaban la distancia al lago de metal más grande disminuían a una velocidad pasmosa.

En ese momento, y durante un instante, mientras nos precipitábamos a la destrucción contra las rocas, tuve la certeza de que la carta que marcaba la manecilla principal del reloj era el rostro taciturno de la muerte.

2

Rescate en el Purgatorio

Hubo un instante en que comenzamos a subir. Contemplé absorta el incremento en los dígitos que señalaban la altitud, primero en unas pocas unidades, luego por decenas. En silencio susurré una plegaria blasfema y alcé el mentón y el pecho como si pudiera obligarlos así a subir más rápido.

—*Contacto con el lago sólido en tres segundos* —anunció la computadora.

Grité:

—¡Suéltalo!

Estábamos a tan poca altitud que el brick no podía sufrir excesivos daños; no más de los que ya tenía.

Los anclajes perdieron potencia y se desgalvanizaron. Las naves se separaron, y mientras nosotras éramos catapultadas con fuerza hacia arriba por la repentina falta de peso, el transporte resquebrajó la superficie perfectamente lisa del lago y patinó sobre el hirviente líquido que se escondía debajo. Avanzó unos trescientos metros levantando una ola de casi veinte de altitud, y luego se quedó inmóvil.

Descendí y posé mi nave en la orilla. Rápidamente me enfundé en mi traje espacial —una prenda plateada con casco de burbuja capaz de resistir los peligrosos gases corrosivos de treón—, me ceñí la pistola de rayos al cinto y una mochila cohete a mi espalda. También agarré unos cuantos explosivos —el *abc* de una chica con mi ritmo de vida—, por si acaso.

El iris de la esclusa se dilató lo justo como para permitirme el paso y luego volvió a cerrarse con presteza. Dudando, puse el pie en Tikos.

El planeta podría haber sido un magnífico destino para las vacaciones de los millonarios de Mundo Joya de no ser por su gran potencial como factoría de sustancias peligrosas. Sólo las colonias de mineros tenían algún interés en él, y procuraban no quedarse nunca durante la época de los monzones. Temblé al imaginar un tsunami de metano y amoníaco.

La linde del lago era blanda y esponjosa. Mis botas se hundían en ella hasta los tobillos, así que fui saltando sobre las escasas rocas procurando no caerme. La ola provocada por el violento aterrizaje del pecio extendía la humedad y los cortantes fragmentos de la costra del lago a casi treinta pasos de la orilla. Una vez estuve junto a ella, calculé el salto hasta la cresta superior del transporte, que lentamente se iba hundiendo en las profundidades, y pulsé el botón de ignición de la mochila.

Salí volando en un arco que me llevó más de doscientos metros hasta su vertical, y aterricé suavemente. Pese a los disipadores, aún estaba muy caliente por la reentrada, y las olas de ácido que bañaban su blindaje provocaban nubes asfixiantes. El líquido no tardaría en corroerlo, así que apresuré el paso.

Encontré una compuerta sellada justo en el centro de una bandera pintada en el casco. La reconocí enseguida: era el sol hueco con la cruz de cuchillos de Palladys, una monarquía autoritaria de la Parma Nebula. Mala gente. Si esto que tenía bajo mis pies era un transporte palladysta, sólo podía significar problemas.

Sin pensarlo más,forcé la cerradura de presión colocando el haz de mi pistola en modo cortador. En cuanto se abrió la compuerta, me llevé el susto de mi vida.

Un ensangrentado tripulante, con el rostro horriblemente deformado por las quemaduras, surgió de repente alargando sus brazos para tocarme la cara. Yo grité e instintivamente le di un puntapié. No quería hacerle daño, pero al pobre casi no le quedaban fuerzas y cayó hacia atrás, golpeándose de cabeza contra la escalera de acceso.

Bajé corriendo a ayudarlo, pero cuando llegué ya había muerto. Maldije en silencio, acariciando su cabeza con mi guante. Parte de su uniforme se licuó bajo mis dedos, deformándose como plástico derretido. Sus quemaduras no habían sido provocadas por un arma energética: en algún momento debía de haberse declarado un incendio a bordo. Por el aspecto del conducto y los mamparos interiores, no podía haber sido cosa de la reentrada; el fuego se había propagado con tiempo y tranquilidad por allí dentro, atravesando cubiertas y anillos de gravedad, hasta...

Procuré no pensar en ello. Dejé al pobre desgraciado acostado en el suelo y, asegurándome que mi pistola estaba colocada en modo ráfaga, me introduje silenciosamente en las entrañas de la nave.

El incendio se había extendido por la sala de máquinas y los almacenes del nivel inmediatamente superior. Había rastros de goma quemada en los dinteles de las compuertas. Algo pegajoso que hacía difícil el caminar marcaba los límites de la región afectada por el fuego. Encontré algunos cadáveres esporádicos de tripulantes medio calcinados. Di gracias por tener puesto el casco y no poder respirar su olor.

Ya no había duda: en aquel lugar se había desarrollado una pelea. Había impactos de energía en las paredes y sobre improvisadas barricadas hechas con cajas. Botiquines abiertos y pistolas descargadas yacían ennegrecidos junto a rastros de explosiones y montones de ceniza. ¿Un asalto pirata? Lo dudaba; ningún corsario que se precie ataca una nave para luego huir en sus chalupas. ¿Una rebelión de a bordo que desembocó en masacre? Por difícil de creer que fuese, no había que descartar ninguna posibilidad.

Llegué a la esclusa que sellaba la bodega. Estaba cerrada: al parecer había aguantado el asedio. Varios cadáveres se amontonaban unos sobre otros enfrente de la llave de acceso, así que los aparté con la bota. Impactos cercanos rodeaban la llave, lo cual indicaba que alguien había tratado de disparar contra ella para evitar que se activase. Gracias a los dioses, su puntería dejaba mucho que desear.

Toqué los mandos y contuve el aliento mientras la esclusa se abría. Era posible que de haber supervivientes se hubieran refugiado aquí abajo, la parte menos dañada de la estructura, para protegerse mejor en la reentrada.

Con un silbido, las planchas de acero se apartaron diligentemente, permitiéndome mirar el interior.

No estaba preparada para lo que encontré.

Había cadáveres, a cientos, a millares. Pero no eran miembros de la tripulación, ni tampoco del todo humanos. Amontonados contra las paredes, sobre cajas o colgando de ganchos del techo... brazos, piernas, torsos, cabezas cortadas, armas y restos de vehículos oruga con diseños militares muy exagerados, casi cómicos, y pintados de colores muy contrastados. Parecía un inmenso almacén de repuestos necróticos.

De entre una montaña de ciborgs ataviados con el mismo uniforme, cascos y armaduras con cabezas de cerdos tatuadas, surgía el espolón arrugado de un camión de muchas ruedas con el motor destrozado.

—Por la Parma Nebula —murmuré, pasándome la mano por delante del cristal del casco para limpiarlo. Había mucho hollín en el ambiente—. ¿Qué clase de nave es ésta?

Entré en la bodega y tuve cuidado de no pisar ninguna de aquellas manos agarrotadas en poses extremas, por si algún zombie decidía despertar y matarme del susto. Aparté la vista de un rostro (o eso parecía, a juzgar por la posición de los ojos y la nariz) que me miraba orgulloso desde lo alto de una colina de cuerpos mutilados.

Empezaba a pensar en guerras privadas, en ejércitos de triste destino a sueldo de las megacorporaciones o del gobierno de Palladys, cuando noté un movimiento.

Alcé el arma, colocando su carga en máxima dispersión.

Con mucho cuidado me acerqué al fondo de la bodega. Todo estaba de nuevo en silencio, sumido en una quietud mortal. Mis pasos resonaban contra el entramado de vigas de soporte estructural. Era una amalgama de columnas y tensores tan barroca y entrelazada que le daba al techo de la bodega el aspecto del esqueleto de un zeppelin, de ésos que tan de moda se habían puesto en Mundo Joya cuando...

Algo me agarró de la pierna.

Lo sé, lo sé, estaba distraída, lo admito. Mi corazón paró de latir, mis pulmones se congelaron en una aspiración. Lancé un gritito ahogado y bajé el arma con rapidez, disparando varias veces. Una lluvia de chispas me impidió ver si había acertado o no, ni a qué.

Cuando el humo se disipó yo había aterrizado sobre la pierna de alguien, y apuntaba nerviosamente hacia mi agresor. Éste se volvió a mover. Los impactos de mi pistola lucían oscuros y humeantes en el suelo, a su lado.

Se trataba de un hombre joven, de no más de veinticinco años. Era guapo y moreno, pero su rostro tenía el aspecto errático de las personas que están siempre en las nubes, que miran atentos a algún lugar que sólo ellas ven. Su desarrollada musculatura era la de un soldado o un atleta, y al igual que los demás de su montón, vestía un traje de gladiador negro y azul, muy castigado en la zona del pecho y las piernas.

Superando mi inicial reticencia, me acuclillé a su lado, tomándole de la mano.

—Lo siento —me disculpé—. No quería dispararte, pero es que... Maldición. ¿Quién eres? ¿Qué lugar es este? ¿Por qué estáis en este estado?

El hombre no me oía. Miraba hacia mí, pero no parecía verme. De repente susurró:

—Grob... Grobar...

—¿Grobar? ¿Qué es un grabar? ¿A quién hay que grobar?

—G...

Se paralizó. Por un momento temí haberle perdido, pero con inmenso alivio comprobé que sólo se había desmayado.

Le apliqué un sedante para ayudarle a permanecer así y le inyecté unos centímetros cúbicos de panxadol. Luego me lo cargué a la espalda y, renqueando, lo llevé hasta la entrada de la bodega. Pero pesaba demasiado. Yo nunca he sido muy fuerte.

Jadeando, lo coloqué de nuevo en el suelo. No podría de ninguna manera arrastrarle hasta la salida. Tendría que encontrar algún waldo que aún funcionase, o...

—*Jefa, ¿estás bien?*

Di un respingo y activé el transmisor del traje.

—¡Acuario! Necesito que me digas a qué nivel de profundidad se ha hundido la nave, rápido. Yo estoy ahora en la bodega.

—*La línea de flotación está a punto de rebasarte. No tienes mucho tiempo. Te aconsejo que salgas de ahí, Marion.*

—Enseguida —murmuré, y me subí a lo alto de una caja de embalar. Saqué los explosivos del cinto y los lancé contra la pared de enfrente de la bodega. Quedaron pegados a ella a una altura de unos tres metros. A continuación hice todo lo posible para que las piernas rígidas (noté que eran prótesis metálicas en cuanto las toqué) y los brazos del joven quedasen bien abrazados a mi cuerpo, pero separados de la mochila cohete. No quería provocarle más quemaduras de las que ya tenía.

—Bien. Vamos a nadar un poco —mascullé, y lancé la señal de activación a las cargas, que detonaron dirigiendo selectivamente su fuerza hacia fuera, al blindaje de la nave. Éste, suficientemente castigado ya por el aterrizaje, se combó hacia el exterior. Si hubiéramos estado completamente sumergidos, el ácido del lago hubiera entrado a presión y habríamos tenido serios problemas. Pero no pensé mucho en ello. Atisbando el maravilloso gris cobalto del cielo del anochecer a través del agujero, abracé al joven y activé la mochila cohete.

Salimos disparados hacia arriba. Por pocos centímetros no nos estrellamos contra el perímetro del agujero. Al momento estábamos fuera, trazando espirales como un averiado cohete de feria por encima del lago metálico. Traté de controlar la orientación sobre la marcha, cosa nada fácil con un peso muerto que es mayor que el tuyo a cuestas, y logramos estrellarnos con relativa dignidad en el barro junto a mi nave.

—*Bravo.*

—Cállate y abre la compuerta. Prepara el medicomp en la cámara de estasis —ordené, acariciándome el brazo derecho. Me había hecho daño al caer—. Vamos a llevar a este chico a un hospital.

Aquario obedeció y nos ayudó a subir a bordo. Tras dejar al joven al cuidado de los instrumentos centinelas en la sala de urgencias, corrí al puente (pero me quité el traje de vacío por el camino, porque no quería pringar el caro tapizado de las consolas), y me senté en ropa interior en el diván de mando. Activé los ciclos de despegue. El único sonido que me acompañó durante el ascenso fue un extraño rechinar de bujías estropeadas y campanillas, muy fuera de lugar. Algo así como:

—*Gbli, gbli, gbli.*

3

¿Dónde...? Agh. ¿Dónde infernos estoy?

—En casa. La hora: nueve sesenta y seis de la mañana. Temperatura: estabilizándose en torno a los veinticinco grados. Pronóstico para el resto del día: variable.

—¿Qué...? —Tristan se incorporó levemente, notando un fuerte tirón en la espalda. Cerró los ojos un momento, encarando el dolor mientras despejaba sus sentidos. Amapolas—. ¿Amapolas?

El clonandroide de la servidumbre le sonrió cariñosamente mientras descorría las cortinas para dejar que la luz del sol inundara la habitación. Un tambor lejano redoblaba con lentitud, marcando una cadencia inquietante. Unas flores violáceas exudaban su fragancia desde una vasija jaspeada sin asas.

La Residencia: su estilo era inconfundible. Estaba en casa.

—¿Pe... pero cómo? ¿Por qué?

El sirviente le miró sin comprender, resistiéndose a abandonar su magnífica sonrisa.

—Le traje anoche una hermosa joven —explicó, retirando una botella casi vacía del mueble de cabecera. Contenía unas gotas de un líquido denso y refulgente—. Ahora se encuentra en el ala oeste, hablando con su padre. Por desgracia no conozco su nombre, pero si quiere puedo intentar averiguarlo.

Tristan se llevó las manos a la cabeza. La migraña le estaba matando.

—No, no importa. Eso que llevas ahí...

—¿El vasnaj? —El clonandroide miró la fina botella como si no valiese la pena—. Todavía está casi vacío. Empezamos a rellenada con sueños de su propiedad anoche, en cuanto el doctor le aplicó los sedantes. Apenas hay unas cuantas vaharadas...

—Dámelo —exigió el joven.

Apretádoselo contra el pecho, abandonó la cama. Con ayuda, se puso una bata decorada con escenas de venados y salió de la alcoba.

Sí, la Residencia. Y sus pasillos largos y fríos. Las grandes balconadas que miraban a los pozos de entrenamiento y a los invernaderos repletos de flores, de cuyos pólenes su familia sabía extraer letales venenos gracias a procedimientos heredados de los ancestros. La Residencia... y el aroma de la muerte. Todo en una misma paleta. Todo en un único parpadeo familiar.

Tristan resopló con disgusto y descorchó el recipiente de los sueños, el vasnaj, para volver por un instante a lo que hubiese habido en el interior de su cabeza en las horas pasadas. Al contacto con el ambiente el vapor de la vis onírica fundamental se volvió visible, y rojo. Tristan arrugó la nariz. No le gustaba aquel color. Remitía a pesadillas extravagantes.

Tras aspirar un poco, para su sorpresa, tuvo que concentrarse en no dejar caer la frágil botella. Asustado, el sirviente corrió a socorrerle.

—¡Señor! ¿Qué le ocurre?

—Los armónicos quebrados —musitó el joven, con un insoportable sabor a bilis en la garganta—. Pesadillas con catenadas y *déja vu*... Demasiado poco profesional. Esto no puede ser mío.

—Pues lo es, mi amo. Lo recogimos anoche mientras usted descansaba —se apresuró a puntualizar el clonandroide, arrebatándole suavemente la botella de las manos. Tristan la miró de soslayo como si fuera una serpiente venenosa.

—¿Cómo es posible? —Se pasó la mano por los labios—. Tardé meses en alinear esas estructuras, yo... —Enmudeció. De repente se irguió y agarró al sirviente por la solapa—. ¿Qué me inyectaron para curarme? ¿Quién fue el encargado?

—Este... el doctor de cabecera hizo lo que pudo para estabilizarlo. Hubo que operar sus piernas e implantarle otras nuevas.

—¡Pero tenían mi historial! —rugió—. ¡No han podido darme nada que pudiese descentrar las armonías!

—Fue la chica...

—¿La chica?

—La joven que le salvó. Habló con el médico al llegar. Tuvo que administrarle panxadol durante el rescate para que no muriera. ¡Compréndalo!

—¡... *nxadol*! —escupió Tristan rojo de furia, soltando al asustado sirviente y cojeando con toda la velocidad de la que disponía rumbo al despacho de su padre.

Le vi entrar como un huracán, abriendo la puerta con tal violencia que el pomo dejó una marca en la pared.

Me asusté un poco, pero mi anfitrión, el imperturbable duque Sax Robeson, se limitó a alzar una ceja en dirección a su primogénito y escanciar un poco de jerez.

—Hola, Tristan. Bienvenido al mundo.

Reconocí al joven al que había salvado de la moribunda nave cementerio. Tenía mucho mejor aspecto, con piernas nuevas de pulimento reluciente, peinado y perfumado como un aristócrata. Desde luego, yo solía tener un aspecto mucho más lamentable cuando me levantaba de la cama.

El joven miró a su padre con furia y desvió sus lacerantes pupilas hacia mí, con tanta parsimonia que me cuestioné si sus intenciones serían amistosas.

—Padre, ¿es ésta la mujer que me salvó y me trajo de vuelta? —siseó.

El duque tomó mi mano, haciendo que me acercara a él. Trastabillé en los últimos pasos con reluctancia.

—Hijo, te presento a Piscis de Zhintra, una comerciante independiente que volaba sobre Tikos justo cuando el transporte palladysta entró en pérdida. Con gran riesgo de su vida, logró sacarte de allí y traerte de vuelta a casa. Toda una hazaña.

—Bueno, no fue para tanto... —susurré. El tal Tristan apretó los músculos que recubrían su mandíbula dándole a su agraciada faz un aspecto aún más rudo, más animal. Uno de los cuadros que decoraban las paredes era de él, un retrato juvenil no muy alejado en el tiempo pero sí en la experiencia. Ahora parecía muy distinto, tanto de sí mismo como del retrato de la muchacha colgada al lado, probablemente su hermana, dado el increíble parecido físico—. En aquellos momentos tan dramáticos casi no tuve tiempo de plantearme lo que debía hacer. Vi que había personas en peligro y decidí intervenir. Entre los comerciantes no subsidiados tenemos códigos de honor que nos pueden salvar la vida cuando es una la que se mete en esos problemas.

—No seas falsamente modesta, Piscis —sonrió el duque—. Lo que hiciste fue algo maravilloso, y salvaste la vida de mi hijo. Eso nunca lo olvidaré.

—Se lo agradezco.

—¿Debo considerar que la señora es nuestra invitada? —inquirió Tristan, enseñando la punta de la lengua entre los labios como una serpiente. El duque asintió: se le veía muy feliz y contento, y me abrazaba informalmente por la cintura con familiaridad.

—Soy señorita —puntalicé—. Pero no; debo irme enseguida. Prometí entregar una mercancía en Permafrost antes del final de año local. Debo cumplirlo o no cobraré.

—¿P... p...? —balbuceó Tristan. Yo le miré intrigada.

—Qué coincidencia. Mi hijo recibió allí buena parte de su entrenamiento marcial, estudiando con algunos de los mejores maestros kays —recordó el duque, frotándose la barbilla con el pulgar. Era un hombre maduro y delgado, con pelo sintético en la cabeza y orejas muy aristocráticas, acabadas en punta por el interior. Desde luego no se parecía a su vástago—. Dentro de poco debe volver para completar su ciclo de aprendizaje en los templos. ¿Querida...?

—¿Eh? —reaccioné, descubriendo la copa que el duque me tendía. Estaba absorta contemplando los esfuerzos del joven Tristan por pronunciar una palabra: inspiraba lenta, profundamente, serenándose y tratando de visualizar las primeras sílabas. Luego hacía un movimiento de expulsión, como si su garganta se negase a articular los breves sonidos de un vocablo normal, y debía empezar de nuevo.

Pero tras tanto esfuerzo, no había podido pronunciar más que esa «P» tan labial.

Yo sabía mucho sobre ese tipo de condicionamiento censor, y al reconocerlo por primera vez en años, un sudor frío recorrió mi espalda.

—Las armonías están descentradas por efecto del panxadol —rezongó el joven, olvidando la palabra impronunciable—. Cuando me lo administraste para salvarme me destrozaste por dentro —concluyó, resentido. Su padre le agarró disgustado por el brazo, apartándole un poco de mí.

—Esta chica hizo lo que creyó conveniente para salvarte, y eso me basta —advirtió—. Sé respetuoso con ella.

—Siento haberle causado algún problema —dije desde el fondo de la sala—. No sabía que...

—No se preocupe —atajó el aristócrata, conduciendo a su primogénito de vuelta al pasillo—. Tristan estará encantado de ayudarte a preparar tu nave para la partida, ¿verdad?

—¡Ya no es necesario!

Los dos se volvieron hacia mí.

—Creo... he decidido aceptar su invitación —expliqué, cruzando los dedos con expresión inocente—. Me gustaría quedarme unos días... Si no es molestia.

El duque permaneció un cuarto de segundo en silencio, como ponderando mi repentino cambio de opinión, pero luego la jovialidad volvió a invadir sus facciones.

—¡Excelente, excelente! Ordenaré que preparen una habitación. Mientras tanto Tristan puede enseñarte la casa. Disfrutarás del reconfortante placer de los jardines de la familia, una de las maravillas de este mundo, admirados y elogiados incluso por los expertos jardineros del Cúmulo Central. Es lo mínimo que podemos hacer, ¿verdad, Tristan?

El joven no pronunció palabra, pero dejó la puerta abierta tras de sí a modo de silenciosa invitación cuando abandonó la sala.

4

La muerte escarlata

Snuk había seguido a Rala a través del bosque de hongos durante casi una hora, procurando por todos los medios que nadie, y mucho menos ella, le descubriera.

Para alguien acostumbrado al oficio de recolector era un trabajo fácil. Sus labores diarias exigían arrastrarse como una serpiente por cañadas y marismas de líquenes con suma presteza, para acercarse lo suficiente a las setas mutantes, robarles sus preciosos frutos cargados de renacuajos y huir antes que la enfadada madre/padre andrógina liberase sus bolsas de gas venenoso. Era un trabajo bien remunerado pero harto peligroso, que en una ocasión le había enseñado qué precio se paga cuando se deja lugar al error. Snuk tenía todo el hemisferio derecho de la cara deformado como una horrible marca sin cicatrizar por efecto de uno de estos errores, un momento de estúpida confianza infantil en sus posibilidades. Precisamente era aquella muchacha, Rala, para la que trataba de arrancar el fruto más hermoso de la bolsa de huevos del fungoide musgoso que le había desfigurado para siempre.

Ella, por supuesto, no supo aceptar el regalo. Snuk aún recordaba con tristeza el día en que, al salir de la casa del curandero y tras haber sido repudiado por su propia familia, había ido corriendo a la choza de su amada para entregarle el fruto de su sacrificio, sólo para descubrir que había sido una tontería, un inmenso error; ella chilló de pavor al verle, se llevó las manos a la boca para contener una arcada, y en ese momento Snuk se hizo mayor.

Desde entonces la seguía a diario, semana tras semana, cada vez que iba a lavarse al río. La contemplaba en silencio desde los arbustos mientras se quitaba las pieles de oso y se sumergía en las gélidas aguas, tal como había decretado el médico al diagnosticarle una enfermedad que Snuk apenas sabía pronunciar. La contemplaba hacer sus abluciones, lavarse su hermoso pelo gris, orinar en un cuenco y mezclar el líquido con barro del fondo del río para obtener el precioso unguento que debía restregar por toda su piel para combatir el cáncer, y sumergirse después para resurgir de las aguas como un hada, brillante e impoluta, cantando a la belleza del alba.

Ésa era su amada, la mujer que le odiaba, que le gritaba obscenidades y se reía de él junto a las otras chicas de la aldea cuando le veían cruzar a toda prisa la plaza para depositar su cargamento del día. Snuk jamás había contado a nadie lo de las abluciones secretas de la muchacha, lo del ritual que tenía que practicar a diario con sus propias heces a salvo de todas las miradas, porque si lo hacía la vergüenza sería demasiado para ella. Rala no era tan fuerte como él. Jamás podría soportar ni un solo día de vejación, ni un solo insulto de sus compañeras de juegos. Moriría de tristeza al poco tiempo de saberse la verdad. Snuk prefería soportar todas las vejaciones —él sí que era *fuerte*—, antes de ver a su amada arrastrarse por el polvo.

Aquel día la había seguido a la linde del río, como siempre, y se había escondido en un zarzal donde era fácil disimular su cuerpecillo delgado entre la maraña de púas y flores de azafrán. Rala, como siempre, eligió su recodo favorito del afluente principal, a salvo de curiosos, miró en todas direcciones para cerciorarse de su aislamiento, y se desnudó. Sumergió la cabeza completamente en el agua, dejando que sus cabellos se empaparan y flotasen como las deshilachadas prendas que lavaban las hilanderas en aquel mismo lugar. Permaneció así casi un minuto, marcando el ritmo de una canción secreta con los pies. Snuk se destrabó el nudo de su pantalón e introdujo la mano en su ingle, notando el cálido contacto de sus genitales mientras la joven imaginaba música.

De repente sacó la cabeza del agua, sacudiéndola. Sus cabellos se difuminaron en un torbellino de hilos de seda y gotas de agua, confundiéndose en un complejo aparejo de cuerdas ensortijadas en torno a su rostro. A continuación, comenzó el ritual que a Snuk le excitaba sobremanera. El joven dejó sutilmente de respirar cuando ella extrajo de su bolsa un cuenco de cerámica con dibujos de olas del mar, y destapándolo con cuidado, lo lavó, lo secó con su toga y, tras afianzarlo con prudencia en la arena, separó las piernas y, cuidadosamente, se sentó sobre él.

Entonces lo oyó.

Snuk congeló sus movimientos rítmicos. Alzó la vista al cielo. Las nubes bajas cargadas de lluvia de aquella tarde se abrieron para descubrir la panza de una nave espacial.

Tenía forma cuadrangular, como una pirámide truncada levemente más delgada en su parte inferior, que colgaba boca abajo de las nubes abriendo una compuerta con dientes de metal. Una hilera de cañones de lo que su pueblo llamaba la muerte escarlata circundaba el anillo superior de la pirámide, apuntando hacia tierra en todas direcciones para arrasar cualquier intento de resistencia.

Eran los cosechadores de esclavos.

Snuk, temblando de miedo, se ató los pantalones y salió corriendo de las zarzas, olvidando la sutileza y clavándose algunas dolorosas púas en las pantorrillas. Gritó el nombre de la muchacha:

—¡Rala, corre!

Llegó hasta ella de tres poderosas zancadas, la agarró por los hombros y la ayudó a levantarse. Ella no cesaba de mirarle de hito en hito, aún demasiado apabullada para darse cuenta con claridad de lo que estaba ocurriendo. Snuk la zarandó con fuerza y le espetó:

—¡Son los cosechadores! ¡Hemos de salir de aquí, rápido!

—¿S... Snuk? —balbució ella—. Pero, ¿qué haces tú aquí? ¿Qué significa esto?

—¡Corre por tu vida, maldita estúpida! —aulló el joven, arrastrándola, haciéndole daño en el hombro de la fuerza con que le clavaba los dedos. Rala tropezó con el recipiente de cerámica relleno de líquido que tenía entre las piernas y cayó al suelo.

Pero no llegó a tocarlo.

Aterrorizado, Snuk contempló cómo el cuerpo de Rala quedaba suspendido en el aire a una distancia de un palmo de la hierba, y a continuación era succionado hacia arriba por una fuerza misteriosa, en dirección a las fauces abiertas de la nave.

Snuk tiró de ella, se aferró con fuerza a sus piernas. La muchacha lloraba de miedo y parte de la orina que estaba descargando cuando fue interrumpida no pudo ser contenida y goteó sobre el rostro de Snuk, que apretaba los dientes. Se empeñaba en no soltar a su amada, pese a que su peso no bastaba para contrarrestar el efecto del rayo tractor. Unos gritos histéricos procedentes del bosque de hongos llamaron su atención: eran jóvenes recolectores de la aldea, que habían avistado la nave (o al par de cuerpos que eran arrastrados hacia ella) y daban las voces de alarma. Los haces de rayos carmesíes de las defensas llovieron sobre ellos, dispersándolos y matando a unos pocos en medio de potentes explosiones de llamas.

Snuk miró hacia arriba, por encima de las piernas de Rala, de su rostro acongojado que no cesaba de llamar a gritos a su madre. Contempló cómo la oscuridad mortuoria de la bodega de la nave se hacía más y más densa a medida que las fauces del monstruo se dilataban para tragárselos.

La Residencia estaba constituida por un complejo de edificios conectados por túneles de cristal, cuyo trazado sugería una forma simétrica vista desde el aire. La mansión principal tenía cuatro pisos y dos áticos, coronados por un bosque de chimeneas guarnecidas por marcos acrílicos. En algunas se adivinaban nidos de cigüeñas.

Los jardines propiamente dichos no estaban a la vista desde el frente de la casa, sino que permanecían protegidos por altas murallas de piedra en la zona más oculta del valle. El planeta Aeolus, sede familiar de los Sax, se parecía mucho a Mundo Joya, con preciosos valles verdes rodeados de lagos de un azul más intenso que el del cielo. Toda una fiesta para los sentidos, que era especialmente sugerente cuando nos aproximábamos a los jardines amurallados. Sólo las fragancias que escapaban por encima de las atalayas salpicadas de soldados y torres de vigilancia ya resultaban tan bizarras que era imposible hacerse una idea del paisaje multicolor que las generaba.

No me pasó desapercibida la desproporcionada presencia militar. Tristan me condujo a la entrada de los jardines con toda la celeridad que le permitía su cojera. Pude apreciar bien la cantidad de cámaras y de armas automáticas camufladas en obras de arte y cariátides de medio torso. No di un solo paso sin que una de aquellas esculturas de gesto hierático volviera unos grados su cabeza para espiarme.

—¿A qué viene tanta seguridad? —pregunté, caminando junto a Tristan con las manos en los bolsillos. El hombre se había cambiado de ropa: ahora llevaba una camiseta de manga corta sobre pantalones de camuflaje.

—Desconfianza.

—¿Hacia quién?

Tristan enseñó un pase a un ojo electrónico. Un pequeño puente de madera giró para encajarse entre las orillas de un riachuelo de ácido que bordeaba la muralla como un foso humeante.

—Hacia todos.

Tras el puente sorteamos la última barrera, las dobles puertas de feracerámica que protegían el recinto del jardín. Tuve que atravesar casi agachada un túnel oscuro entre paredes que expulsaban gases aquí y allá, y de repente el mundo se metamorfoseó... en algo diferente.

Tristan permaneció un paso por detrás, conteniendo un bostezo, mientras yo abría desmesuradamente los ojos y las fosas nasales y trataba de apreciar en conjunto el complicado fresco olfativo de los jardines.

Se trataba de un recinto cerrado de más de una hectárea cuadrada, dividido en países de color y fronteras de polinización. Todo el suelo era una alfombra interminable de rabiosas especies vegetales en competición, inmersas en guerras de colores, brillos o fragancias. Mi parco conocimiento general me permitía reconocer los ejemplares más comunes: jazmín azul, lilo, clemátides de Risaura, cálices oropendros, margaritas... Pero allí crecían miles de especies alienígenas jamás vistas ni olfateadas salvo por el selecto grupo de privilegiados que había tenido oportunidad de atravesar aquellas puertas. Anonadada, me volví hacia mi anfitrión y sonreí.

—Es... increíble —fue lo que se me ocurrió. Tristan, aburrido, se inclinó para arrancar un tallo de algo parecido a un guisante copuláceo.

—Cuando vienes la primera vez, sí. Luego te acostumbras.

—¿Por qué cultiva flores tu familia? —inquirí, sin dejarme afectar por su cinismo.

—Nos gustan y hacen mucho bien a las damas. No somos los únicos floricultores de Aeolus.

—Hace falta un esfuerzo muy potente y bien coordinado para lograr algo como esto. —Afilé los ojos, abarcando con un gesto un segmento del jardín ocupado por unos árboles enanos que parecían estar llevando a cabo algún tipo de migración estacional hacia otra zona del recinto—. Mucho dinero y coordinación. Algo así no se logra por simple amor a la horticultura.

El joven sonrió.

—Eres muy lista. ¿De verdad quieres saber por qué las cultivamos?

Asentí.

—Sujeta esto —ordenó, tendiéndome el capullo que había arrancado. Lo miré sin mucho interés. Era sólo una campanilla verde oscura con largos pistilos bastante feos surgiendo de su interior.

—¿Qué es?

Tristan sujetó mi mano con dulzura, colocándola en posición horizontal. La campanilla se balanceaba débilmente en la palma por efecto de una débil corriente de aire.

—Un asesino —susurró, y agarró con fuerza mi muñeca para que no balanceara la mano—. ¡Quieta! Un solo movimiento y derramarás el polen letal sobre tu piel. Luego te pondrás azul, se te caerán los dedos y tus ojos se convertirán en masas putrefactas de color gris. Lo llaman la muerte escarlata.

Miré aterrada al pequeño capullo verdoso. No sabía si Tristan estaba bromeando o no, como sugería su cálida sonrisa, pero el fuerte apretón de sus dedos sobre mi muñeca y la amenaza de que el esponjoso polen se derramara no me dejaban más opción que quedarme totalmente quieta.

—¿Qué significa esto?

Tristan me soltó. Paseó a mi alrededor, observándome con curiosidad. Yo no moví un músculo, ni perdí de vista unos granos de polen blancuzco con los que la brisa jugueteaba justo al extremo de los pistilos.

—Así que Piscis, ¿eh? Dime, ¿a qué vino ese repentino cambio de opinión sobre si debías o no aceptar la hospitalidad de mi padre? Al principio parecías muy preocupada por marcharte. ¿Qué fue lo que viste que te hizo cambiar de idea?

Callé unos segundos, ponderando la respuesta. Y después, muy lentamente — porque sabía lo que me jugaba—, recité:

—No hay noche, sólo luna. No existe el sol, sino la luz que preludia la cacería. El hambre del lobo estepario...

—... El hambre del lobo estepario afina en el yunque de la sangre la promesa de un nuevo día —concluyó él, mirándome directamente a los ojos. Sus pupilas estaban llenas de algo tan indefinible como aterrador—. Tú conoces los protocolos.

—Yo también fui improntada en una época muy lejana —susurré, haciendo un pozo en la palma de la mano para que la flor no saliera volando en alas de la brisa—. Había olvidado esa época y las palabras que activaban los protocolos... hasta que te oí hablar.

—¿Cuáles son las palabras que no puedes pronunciar?

Cerré los ojos, traté de dejar el mundo atrás. Inicié una maniobra que creí haber dejado para siempre enterrada allí, en el lugar donde guardo los recuerdos desagradables de mi infancia simulada, aquella época de mi vida como esclava de placer que, por todos los dioses, espero poder borrar por completo algún día de mi cabeza. Lentamente, un vocablo timorato vino a mis labios:

—T... t...

—¿Trispasto? ¿Trisque? ¿Trillado?

—T... tris...

—*Trismo*.

Asentí, transpirando a través de toda mi piel. *Mo*, *tris*, en combinación inversa, palma hacia abajo y cuello torcido. Una de las llaves comunes. Palabras que sólo podía conocer como constructos derivados de fórmulas somáticas.

Tristan asintió, expresando alegría por primera vez desde que le había conocido.

—*Trismo*. La rigidez espasmódica de los músculos de la mandíbula inferior. ¿Para qué servía esa llave? ¿Qué es lo que guarda en tu interior? Ah, Piscis, cariño... cada vez me fascinas más. Creo que voy a disfrutar estos días aquí, contigo.

Dio un golpe desde abajo a mi mano extendida que hizo saltar la campanilla venenosa hasta la suya; a continuación se marchó vertiendo el contenido de sus pistilos, el polen supuestamente letal, en su garganta. Lo saboreó sonriente como quien prueba granos de menta-canela.

—Delicioso.

Me volví. De entre las sombras apareció una mujer vestida con un traje de entrenamiento militar en cuero negro, con complementos metálicos al estilo de una cota de malla. Era más baja que yo, de espaldas anchas, mentón duro y caderas angulosas, bien trabajadas. En la mano derecha llevaba enrollado un látigo para bestias.

Yo, que aún no me había recuperado del todo del susto, aspiré con fruición el aire del jardín, que de repente se me antojó agobiante. Corriendo, salí al exterior atravesando las grandes puertas para aspirar el cálido aire de la mañana. La muchacha, de unos treinta años muy juveniles, me alcanzó apartándose el rizado cabello negro de la cara.

—A veces ni yo misma lo soporto —dijo mirando la figura de Tristan, que se alejaba en dirección a una construcción con forma de anfiteatro desde donde llegaban sonidos de lucha—. Aunque sea mi hermano.

—¿Es... es su hermano? —Tosí, sacudiéndome las palmas para liberarme de los restos del gracioso polen.

—Por desgracia. Soy Sin-derella —se presentó, estrechando mi mano. A continuación se llevó los dedos a la nariz—. Uhm. Fragosa de lima. Un polen usado como condimento para las comidas. Pero mezclado con rosella y ploma se convierte en un singular afrodisíaco.

—Él me dijo que era un veneno.

—Su sentido del humor está cortado por ese rasero; tan sutil como la picadura de una serpiente cuando te agachas para orinar. El duque me ha hablado de ti. ¿Es cierto que vas a pasar unos días con nosotros?

—Ajá —asentí—. Me siento muy halagada por la hospitalidad de su padre. Creo que esperaré a que reposte mi nave y luego iré a entregar un cargamento a Permafrost antes de la llegada de las lluvias, o el planeta se volverá impracticable.

—Magnífico. Dormirás en mis habitaciones; son las únicas de la Residencia que están atendidas por los clonandroides con instrucciones específicas para residentes... femeninos, ya me entiendes.

—Entiendo. Muchísimas gracias por su hospitalidad.

Seguimos caminando acercándonos a los anfiteatros (o pozos de entrenamiento, como los llamó Sin-derella mientras me los describía). No pude dejar de observar la

figura de Tristan mientras saludaba al armero con una jovial palmada en el hombro y accedía a la armería para pertrecharse de sus útiles de entrenamiento.

—Cuando era joven se parecía mucho a la chica del otro cuadro, ¿verdad? —comenté, recordando las pinturas que había en el despacho del duque. Sin-derella asintió gravemente.

—Era nuestra tercera hermana, Julia. Tristan y ella eran como dos gotas de agua de pequeños.

—¿Era? ¿Qué le ocurrió?

—Desapareció en una redada de los cosechadores de esclavos Xarianos de Xar. Hacen incursiones por todos los mundos de la Sílfide buscando carne de cañón para el gran espectáculo de la Arena, gente que sirva de entrante y aperitivo a los luchadores para que se vayan fogueando hasta que comiencen los combates más duros. Pero te lo advierto —me apuntó con un dedo—: no nombres este tema en presencia de Tristan. La pérdida de Julia fue un trauma del que aún no se ha recuperado.

—Entiendo —conviné, mirando a Tristan mientras desaparecía en el interior del edificio de entrenamiento. Tenía razón. Aquellos días iban a ser sumamente interesantes.

5

Danza

Como a todos los que vivían allí, me estaba resultando fácil identificar las diferentes secciones de la Residencia por el olfato. Resulta increíble la cantidad de cosas que podemos descubrir por los olores cuando no los limitamos con las ventajas de los demás sentidos.

El duque Sax me había contado que, en su juventud, adquirió a precio de oro los terrenos donde edificaría a lo largo de quince años la obra que legaría a su familia, aquel complejo residencial fortificado como un castillo. Durante todo ese tiempo había amontonado piedra sobre piedra de su sueño con la paciencia y claridad de objetivos que eran legendarios en su estirpe.

Los Sax de Palladys habían emigrado del mundo madre hacía tan sólo una generación, instalándose en el periférico pero tranquilo Aeolus. Este planeta pertenecía al Racimo de la Sílfide, un conglomerado de catorce estrellas inmerso en plena Parma Nebula. De ellos sólo cinco poseían planetas habitables: uno era la propia Palladys, monarquía autoritaria y sede del Concilio de los Cinco, un grupo de poderosísimos mercaderes capaces de comprarle a Mundo Joya esa parcela del cosmos y conseguir una rebaja. Gente muy propensa a retorcer los derechos ajenos en su beneficio, cosa que hacían con toda impunidad. Cuando había suficiente dinero de por medio, cualquier burócrata apartaba la vista con la celeridad o elegancia que se le exigiese.

Yo nunca había estado en la Sílfide, pero había comerciado indirectamente con ellos en alguna ocasión. Y no sólo con los palladystas, sino con sus enemigos, la distinguida competencia Xariana de Xar, con la que Palladys mantenía una especie de guerra fría con picos más que tibios. Precisamente, a satisfacer las necesidades de esa guerra se dedicaban mis actuales anfitriones, la familia Sax, una de las estirpes de aristócratas guerreros que combatía en los Juegos Sagrados. Como todas las familias cuya estructura giraba en torno a la preparación de campeones, ésta también poseía un secreto legendario asociado a su patrimonio: en el caso de los Sax eran los venenos, que extraían de sus flores mediante soluciones arcanas sólo conocidas por el duque y sus farmacontes de confianza. Otras familias fabricaban implantes cibeméticos parasitarios, basados en organismos bionéticos, que terminaban consumiendo desde dentro al desgraciado huésped, o se habían labrado una merecida fama como pintores de cuadros mortales, con estructuras estereomórficas escondidas capaces de destruir ciertos tipos de estructuras cerebrales en aquellos que los observaran.

Aquella guerra interminable parecía desde el exterior, para la turista lega y desinformada que era yo la primera vez que estuve allí, una manera muy civilizada de

resolver sus conflictos: juegos cuatrimestrales salvajes y despiadados, donde los soldados combatían para deshacer disputas políticas y para regocijo del público asistente. Millones de personas disfrutaban del espectáculo en los Circos o a través de las cámaras de los emporios televisivos de Marmolia, autorizados a retransmitir en directo la mataza. Sí, parecía algo extremadamente civilizado y aséptico.

No lo era.

Los Juegos de Palladys siempre resultaban un espectáculo bárbaro y cruel. Ya empezaba a intuir cuál era el propósito de la nave que se me cayó encima en los lagos de Tikos, el destino de su siniestro cargamento de desechos cibeméticos, entre los que había hallado al joven Tristan.

Perfumes. Fue el olor del sudor de los hombres lo primero que excitó mis sentidos cuando accedí al recinto de entrenamiento. Sin-derella se había marchado a los vestuarios (al parecer, según me había contado en aquel breve paseo, nunca almorzaba en la casa porque se entrenaba luchando por la comida en un pozo de perros salvajes). Me había quedado sola.

La familia Sax tenía presupuesto para algo más que el cultivo de flores. Penetré en aquel recinto semicircular con amplios graderíos y vi a los hombres saliendo de los vestuarios. Todos eran mercenarios a sueldo de la familia, entrenados en sus campos para combatir en la Arena. Hasta ahí lo que yo sabía. Sus miradas me siguieron por los pasillos que llevaban al recinto de entrenamientos. Algunos me saludaron mientras se secaban con toallas al salir de las duchas, mostrando sin pudor sus genitales de generoso tamaño. Pero si alguno esperaba tal vez un juicio o un agasajo a su primaria masculinidad por mi parte, se llevó una decepción. En completo silencio, crucé los pasillos. Siguiendo las flechas indicadoras pintadas en el suelo, arribé por fin al gran hemiciclo del combate.

Éste era uno de los pozos de entrenamiento de los seis que poseía la Residencia. Desde fuera parecían cilindros metálicos truncados como conos volcánicos, pero por dentro consistían en complejos laberintos de pasillos que rodeaban una pista en forma de media luna, atestada de hombres y vehículos. Tristan estaba allí, luchando contra tres gladiadores a la vez, con una naginata de doble hoja en las manos y un peto reforzado protegiéndole el corazón.

Sus contrincantes atacaban con furia, pero Tristan luchaba poseído por algún tipo de fuerza imparable, bloqueando sus ataques, contrarrestando sus embestidas y lanzando certeros golpes a sus puntos vitales.

Entré en el recinto y me senté en las gradas, disfrutando del espectáculo. Paseé la vista por los diferentes grupos de combatientes: algunos practicaban estilos difíciles de identificar derivados de las artes marciales. Otros se lanzaban chorros de plasma con pequeños surtidores portátiles y trataban de esquivados refugiándose tras pesados escudos de pavés. Más allá, un grupo de enanos vestidos con cotas de malla y cascos de pilotos de pruebas daban los últimos retoques a un vehículo mezcla de acelerador

de carreras y tanqueta blindada, con enormes osamentas de triceratops sobresaliendo amenazadoras de su proa.

A los diez minutos sonó una sirena en el recinto. Los combates acabaron. Reconozco que me sentí un poco triste; lo cierto es que me estaba divirtiendo mucho viendo cómo aquellos brutos se pegaban.

Tristan me descubrió allí sentada, con la barbilla apoyada sobre ambas palmas y mirándole con ojitos melosos. La verdad es que el chaval poseía un físico impresionante, muy atractivo. Hacía tiempo, por lo menos un par de meses, que no me acostaba con un hombre, y un mecanismo hormonal interior empezó a pitar en cuanto se acercó a mí y se quitó el peto de acero, descubriendo un pecho marcado por las huellas de antiguas cicatrices.

—¿Has asistido al espectáculo? —preguntó, secándose el sudor de las axilas con una toalla. Yo sonreí.

—Esto no es lo que yo llamaría precisamente un espectáculo.

—Bueno, eso depende de los gustos —comentó, sorbiendo por la nariz y escupiendo en la arena, cerca de mi bota. Yo no la aparté—. ¿Te gustó la bromita de la flor?

—Tu hermana me dijo que ese tipo de humor asqueroso es típico de ti.

—¿Mi hermana? —Tristan pareció encrespase durante un instante, recuperando parte de la agresividad que sus pupilas habían reflejado en el despacho de su padre, pero en un segundo se relajó—. Ah, sí, Sin-derella. No es hermana, en realidad, sino hermanastra. Hija de mi padre y de su quinta concubina.

—¿No te cae bien?

Tristan cacareó como un gallo de pelea.

—¿Esa zorra? ¡Ja! No te puedes fiar de ella más que en una cosa: que nada verdadero sale de su boca si tú no lo has metido antes. Además, es una lesbiana inconfesa y reprimida.

—¿Sí? —Alcé las cejas, sorprendida por la contundencia de las opiniones que Tristan tenía sobre su propia familia, y de cómo las expresaba sin pudor ante una extraña. ¿Formaría esto parte de algún retorcido juego de engaños destinado a confundir mi juicio sobre sus componentes, en caso de que yo fuera una espía?—. Pues me ha invitado a dormir en sus aposentos esta noche.

Tristan enseñó los dientes y despidió a sus sparrings. Nos quedamos solos en las gradas. Las luces se apagaron, salvo unos cuantos focos que iluminaban con haces muy duros la franja central de la arena. El joven heredero del título ducal tiró la toalla sobre el respaldo de un asiento, y extrajo dos cuchillos escalpelados de una pequeña caja.

Me tiró uno a las manos.

—¿Sabes luchar, Piscis?

Contemplé el arma, fría al tacto y tan afilada que cortaba con sólo apoyarla sobre mis pantalones.

—No sé hacerlo como tú. Yo he aprendido las técnicas de las callejuelas, y ahí vale todo. —Torcí el gesto, poniéndome en pie y tendiéndole el puñal para que lo recogiese—. Es un estilo muy diferente al que tú demuestras en estos combates coreográficos. Me ganarías enseguida.

—Eso me gusta mucho en una mujer.

—¿Qué sepa defenderse?

Tristan no aceptó el cuchillo, sino que me agarró de la mano y me condujo al área de entrenamiento.

—Que conozca sus límites —dijo, y se colocó en una pose defensiva.

Yo miré a mi alrededor, aterrada, buscando a alguien, quien fuese, para hacerle partícipe de la broma y que viniera a rescatarme de aquel embrollo. Pero estábamos absolutamente solos.

Tristan comenzó a desplazarse lateralmente, dando lentos giros a mi alrededor con la hoja de su cuchillo siempre enhiesta, inclinada ligeramente sobre su antebrazo en una pose más defensiva que destinada a agredir.

Yo sacudí la cabeza, riendo por lo bajo de lo ridícula que debía parecer a los ojos de un espectador, y alcé el puñal, agarrándolo sin gracia como si fuese un cuchillo de cocina.

—¿Dónde te improntaron? —preguntó, lanzando un primer ataque tentativo. Apenas lo deflecté golpeando su brazo lateralmente con el mío.

—En la prisión de un planeta periférico, Zhintra.

—¿Zhintra? Creí que ese penal había sido destruido hace años.

—Eso es exactamente lo que ocurrió —corroboré, tentando una estocada. Tristan la esquivó limpiamente, pivotando unos grados sobre un pie, y me empujó hacia atrás con las manos.

—¡Au! —protesté, pero él no me dio cancha.

—¿Para qué te improntaron? ¿Quién lo hizo? No existen muchas técnicas diferentes, y son conocidas exclusivamente por unos pocos entendidos.

—Lo sé. —Me cubrí tratando de imitar su pose, pero en cuanto lo notó la cambió enseguida, variando de estrategia—. Cuando era niña, es un decir, me obligaban a acostarme con muchos potentados y ricachones de Zhintra. Peces gordos felizmente unidos a sus parejas, que acudían mensualmente al penal para satisfacer sus perversiones secretas con las esclavas de placer.

—¿Eso eras? ¿Una esclava?

Me ruboricé.

—No creo que ganemos nada mintiéndonos, así que te lo contaré como lo recuerdo. Hay partes de aquella época que he logrado borrar de mi memoria. —Finté al atacar, apuntando a su pecho desnudo, pero él se deslizó bajo mi brazo como una serpiente y se apartó, golpeando mi cuchillo con el suyo y arrancándole una pequeña chispa, que brilló a la luz de los focos como el primer destello de la luna sobre el mar—. Pero recuerdo con nitidez los gustos de aquellos pervertidos, algunas de las cosas

que me obligaban a hacer... —Contraje los labios con asco—. Luego, durante la borrachera o el sueño post coito solían hablar como cotorras, profiriendo sandeces contra todo y todos, y largando algún que otro secreto de Estado de vital importancia.

—Y te condicionaron para que no soltaras prenda.

—Exacto. —Tristan se acercó poniéndome la zancadilla. Yo esperaba una maniobra así y me agarré de su mano, cruzando tiernamente mi cuchillo con el suyo y ayudándome de su fuerza para incorporarme. Sólo me llevé un ligero corte en el pulgar cuando él giró la hoja para probar mi carne, durante el escaso segundo en que estuvimos en contacto. Tristan volvió a encararse conmigo, ejecutando un fugaz y atrevido paso de tango.

—Aún busco al malnacido que me improntó —continué—, usando aquellas jeringuillas untadas con drogas que dolían como el infierno.

—¿No murió junto a los demás cuando reventó la fortaleza prisión? Oí que fue espectacular.

—Por desgracia, no. —Eché hacia atrás la cabeza al tiempo que su puño pasaba lentamente, marcando los movimientos, muy cerca de mi cuello—. Pudo huir mientras se venía abajo, junto con algunos otros supervivientes. Desde entonces le he estado buscando para matarle. —Tomé la iniciativa—. Pero háblame de ti.

Tristan se encogió de hombros, esquivando un golpe.

—Mucho me temo que mi historia es bastante menos épica que la tuya. Desde pequeño fui escogido para luchar en las guerras palladystas en representación de mi familia. Para entrenarme me enviaron a un santuario de monjes kay, en P... p... ¡joder!

—Sí, ya, en Permafrost.

Le logré encajar una estocada aprovechando la ligera distracción al pronunciar la palabra, y esta vez fui yo quien probó su sangre, haciendo manar un hilillo muy delgado de su bíceps izquierdo.

Tristan lo lamió; sus labios quedaron como los míos, manchados de rojo.

—Voy a regresar en los próximos días a... ese planeta —anunció—. Si quieres puedes venir conmigo. Te avalaré para que te dejen entrar en los templos como recompensa por haberme salvado la vida. Allí está la persona que me improntó; es posible que sepa algo que ayude a encauzar esa venganza tuya.

—¿Venganza? —arrugué la frente—. Me considero una persona demasiado sofisticada para ese tipo de juegos. Esto no es una venganza.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué es?

De nuevo el entrechocar de hojas.

—Una advertencia. Para que nadie vuelva a hacerme nada parecido *jamás*.

Tristan se lanzó bruscamente sobre mí y, desmontando mi parca defensa de un empujón, me retorció un brazo mientras colocaba su cuchillo contra mi cuello. Me obligó a arquear la espalda como en el movimiento de salida de un tango, echándose sobre mí y hundiendo unos milímetros la punta del arma en mi piel.

—Pues ten mucho cuidado con las personas que eliges como amigos —siseó, lascivo—. Porque te puedes llevar más sorpresas de las que esperas.

Sonriendo, tiré el cuchillo y atrapé su entrepierna en mi puño con la mano vacía, mientras me contorsionaba para escapar de su presa. A veces había tenido que sacar tuercas con las manos de los motores de *Aquario*, y para hacerlo tuve que aprender a ejercer mucha presión en los dedos. Con Tristan no tuve la más mínima piedad. El joven se contrajo a una posición fetal mientras estrujaba con todas mis ganas sus genitales.

—Recuerda tú los datos que tu enemigo tiene la delicadeza de ofrecerte. Te dije que había aprendido a luchar en las calles, y no me asusta el contacto con estas cosas de hombres. —Le solté, dejándolo sin aliento en la pista—. Y para tu información, yo no tengo amigos.

Me alejé dejándole allí tirado, ponderando si tal vez me había pasado un poco, pero al momento respiré tranquila: lo último que oí antes de abandonar la arena fue su risa sincera.

6

Delicias embotelladas en los mares de hielo

Los clonandroides tuvieron lista la nave de los Sax a primera hora de la mañana. Sin-derella y yo despertamos con las primeras luces, nos turnamos en la ducha y nos pertrechamos para el largo viaje, ella con sus ropajes de cuero (de los que tenía un armario lleno), yo con mi traje de vuelo plateado habitual.

Pese a las advertencias de Tristan sobre sus particulares rasgos de carácter, lo cierto es que su hermanastra se portó muy bien conmigo aquella noche. Puso a mi disposición todo su arsenal cosmético, nos reímos haciendo experimentos hasta bien entrada la madrugada, y dormimos bien separaditas en camas independientes. *Peluche*, mi gata de Angora, encontró cómodo un nido hecho de montones de ropa en una esquina de la habitación, y nos ignoró el resto de la noche escondiendo sus bigotes tras su velluda cola argéntea.

En cuanto amaneció un robot vino a recogerlos. Nos condujo al salón comedor del edificio principal, donde tuve la oportunidad de hablar con el duque sobre la proposición de su hijo de acompañarle a los templos kays de Permafrost. Éste ya le había informado y estaba de acuerdo con la idea, así que no tuve que usar ninguno de los trucos de charlatanería que había planeado la noche anterior para convencerle. Como él sabía, me convenía partir cuanto antes para vender la carga que se amontonaba en las bodegas de mi nave, una tonelada de estufas eléctricas recargables a pedales (incluían biciestáticas muy monas que, según el fabricante, complementaban el grado de calor en el organismo del usuario si no disponía de una toma de corriente cercana).

Sin-derella y su hermano nos acompañaron en un desayuno frugal, completamente vegetariano. Me sorprendió la resistencia que la hermana de Tristan expresó ante la idea del viaje a Permafrost. Su padre la escuchó con calma, pero o bien no estaba dispuesto a cambiar de planes en el último momento, o la chica no supo defender bien sus argumentos. A mí no me quedaron nada claras sus razones. Era reticente a hacer ese viaje, pero por alguna razón no estaba dispuesta a explicarlo conmigo delante.

Tras la comida nos dirigimos a la pista de despegue. Mi nave, *Aquario*, permanecía estacionada sobre su tren de aterrizaje de ruedas intercambiables por patines en una pista secundaria, tras la genonave de los Sax. Ésta consistía en un racimo de bulbos cristalinos de colores blancos y rojos, muy orgánicos, rodeado por una gelatina solidificada en elipses de gran belleza. Parecía como si la nave hubiera crecido de un útero en lugar de un astillero.

El duque despidió a sus hijos dándoles su bendición y reservando un fuerte y profesional apretón de manos para mí. Sacudiendo la mano sin que me viera, me

despedí y subí a mi nave, solté a *Peluche* y me senté en el diván de mando. *Aquario* despegó rápidamente mientras la genonave aún se desprendía de los anclajes de pista, poniendo rumbo al espacio profundo.

El salto hasta Permafrost sería breve, tan sólo seis horas de pasillos semipermeables ligeramente alveolados entre dimensiones, y llegaríamos alrededor del amanecer local. De sol a sol, pero de uno amarillo y brillante como el de Aeolus a la fría estrella carmesí de Permafrost, un planeta que podía definirse como un enorme cubo de hielo flotante. Lo de cubo era literal: ésa era la forma del planeta, un secreto de sus orígenes que se perdía en la noche de los tiempos, pero sobre el cual mil planetólogos habían teorizado, especulado y discutido, sin llegar nunca a conclusiones definitivas (entre otras razones, porque ninguno se atrevía a admitir que la forma aproximadamente caligráfica de la cordillera más grande del planeta, situada en la cara sur del eje Z, correspondiera a algún tipo de firma).

Cuando llegamos, la genonave se despidió de mí por el momento y aterrizó en uno de los enclaves de los monjes kays, situado cerca de una de las aristas geográficas más regulares. Yo puse rumbo a Frys, la capital-estado más importante de la zona civilizada de la cara Y-norte, prácticamente el mayor centro urbano de aquel pedazo de nieve expresionista.

Tardé menos de tres horas en ponerme en contacto con mis compradores y deshacerme de la carga. Los pobres eran humanos, pero tenían un aspecto tan lamentable y amaratado que por un momento me pareció que se habían convertido en mutantes por el frío. Ellos rieron y dijeron que no, que para mutaciones extrañas las de los habitantes del eje X, los X-etis, que preferían vivir en cavernas profundas y heladas por motivos religiosos antes que en la cálida y confortable superficie. Ellos, los Y-etis, no tenían su aspecto y costumbres tan raras.

Con el dinero contante y sonante en las manos, me despedí de ellos prometiendo hacer turismo alguna vez en su patético desierto helado, donde ni siquiera se podía esquiar porque casi todo el perfil topográfico era plano, y puse rumbo al monasterio. Estaba contenta conmigo misma. Ahora sí que podría reparar los malditos inductores o cambiar de una vez el tapizado de las consolas, incluyéndoles un buen repelente para gatos. *Peluche* tenía el puesto de radar hecho trizas.

El monasterio me sorprendió. Estaba edificado no en una arista del planeta, sino justo sobre uno de los vértices donde confluían tres. Era una construcción de jaspe y piedra caliza en forma de árbol invertido, con la base más grande que la cúspide y una docena de plataformas y edificios linajudos construidos sobre brazos acabados en platos. Localicé la genonave en uno de estos platos y me dirigí al contiguo. La torre de control me saludó en tres idiomas con una vocecita encantadora, acompañada por una suave musiquilla hindú. No me preocupé por cosas tan triviales como lo aberrante que sería el eje de gravedad en un punto del planeta como ése, y posé mi nave en la plataforma, silbando la pegadiza tonadilla de las instrucciones de vuelo.

Como no era cuestión de presentarme ante los venerables en traje de faena, acudí presta al recambio de guardarropa que les había comprado a los jullasym en Tikos. Me vestí como una princesa, con un largo traje de noche facetado con palabra de honor y tacones que más que andar se clavaban en el suelo. Con ellos y el impresionante peinado en cúpula (cortesía del secador/moldeador automático de mi nave) me alcé sin pudor hasta unos insultantes 192 centímetros. Compuse una sonrisa de gata que le había robado a *Peluche*, y me dispuse a conquistar por la vía de la elegancia aquel estúpido trozo de helado poliédrico.

El recibimiento, sin embargo, no pudo ser más pueril: un oficiante kaynita bajito y pelón me salió al encuentro cuando descendí de la nave. Me sonrió mostrando las paletas desde las profundidades de su metro cincuenta de estatura, y me condujo apresuradamente a un salón de recepciones, recargado pero sin personalidad en la distribución. El oficiante barruntó algo sobre que los Sax aún estaban reunidos con el Alto Imán del templo, pero que no tardarían en acabar. Me señaló indisimuladamente un mueble bar, y se retiró de reverencia en reverencia.

Las puertas se cerraron, dejándome sola en la habitación.

En fin. En peores circunstancias me había visto. Balanceando los brazos, me puse a dar vueltas por la estancia, acercándome a las ventanas de guillotina. El sol me cayó oblicuo en los ojos, pero su escasa fuerza apenas me hizo parpadear. Desde allí divisaba a *Aquario*, tranquilamente posada sobre las raíces aéreas del templo. Otros dos aparatos desconocidos partían del monasterio saltando graciosamente sobre la arista sur del planeta como delfines de metal.

Aburrida, acabé por abrir el mueble bar. Desde luego, hielo no les faltaba. Había una cubitera llena con un tinto piemontano en botella de cristal. Sorprendida, lo descorché con los dientes (previas miradas en derredor para asegurarme que nadie me vería hacer semejante guarrada), y lo olfateé. Inútilmente, por supuesto, porque nunca he entendido de vinos, pero la ocasión lo exigía. Luego me busqué una copa y vertí solo un poquito.

Una hora después, ese poquito se había convertido en una sucesión escalonada de autoexcusas seguidas de poquitos hasta vaciar media botella. La habitación se tornó más amplia y hasta la caótica mezcla de adornos barrocos comenzó a casar con cierta elegancia en mi cabeza. (Incluyendo ese sofá con cabecero tallado lleno de horribles figuras mendicantes, o los tapices chintz de calicó moteados con diseños triangulares coloristas).

En un determinado momento las puertas se abrieron; fue Tristan el que entró con una pose de suficiencia muy propia de él, seguido por el tapón del oficiante. Al verme tirada en el sofá con la copa en la mano, torció el gesto.

—Vaya, perdona que te hayamos hecho esperar, Piscis. Estábamos absortos escuchando el discurso de bienvenida del Imán.

—Es agua pasada. —Le resté importancia con un gesto—. He hecho buenos amigos aquí, entre los señores esos de los cuadros. —Señalé un grupo de retratos en sepia llenos de hombres de largas barbas y piel cobriza—. Estoy jugando con ellos a ver quién parpadea antes, pero los muy grrfftt siempre ganan. ¡Ja!

—Piscis. ¿Estás borracha?

Le miré ofendida.

—¿Qué pregunta es ésa para una dama? ¡Por supuesto que no! Yo nunca pierdo el control. Además, este tinto es ligero como el agua. Es tan suave e insípido que ni siquiera lo notas bajar.

Tristan me quitó la botella de las manos. Tras echarle una asombrada mirada la dejó en la cubitera.

—Madre mía. Esto es tinto de Piamontana. Venga. —Me ayudó a ponerme en pie y alisarme el vestido—. Tenemos que ver al Imán rápidamente, antes de que se te suba a la cabeza. Si no, adiós a la entrevista.

—¡Estoy *bien!* —zanjé, estirando la columna. Tristan me quedaba unos centímetros por debajo con aquellos tacones.

Sacudiendo la cabeza, el joven me condujo del brazo hasta el edificio central del templo, a través de pasillos de techo ovalado, paredes llenas de arabescos, puertas en iris y holografías de su dios (los kaynitas eran probablemente los únicos afortunados de entre todas las religiones del cosmos en poseer auténticas holografías de su divinidad, encarnada para ellos por obra y gracia de la divina providencia en una testarteja ahumada, cinco años atrás: desde luego, su dogma era tremendamente pragmático).

Al final, por obra y gracia de un sistema de transporte interno en plataforma sustentadora, arribamos a la cámara del Alto Imán.

Contuve la respiración al entrar. A la cámara, colocada en la cúspide de la torre más alta —hueca y lisa en sus dos tercios superiores— se accedía exclusivamente ascendiendo en una plataforma sustentadora controlada desde arriba. No había escaleras ni formas alternativas visibles de acceso.

Una vez en la cima, comprobé que el Imán se cuidaba mucho de vivir en un entorno aséptico. La luz natural se combinaba con aderezos artificiales para sugerir una atmósfera tranquila y reservada. El ascensor se abrió a una habitación ovalada de diez metros, llena de cortinajes de seda rojos y cojines aterciopelados, bajo la sombra de bandejas flotantes cargadas de frutas exóticas. Sobre un gran amasijo de cojines en el centro de la sala se encontraba el Alto Imán, en la posición del loto. Era un hombre anciano, de largas barbas canas y cejas que salían disparadas por los lados de su cara como pinceladas al óleo. Era calvo y lucía una testarteja, con los ojillos planos mirando absortos hacia delante, tatuada en el cráneo.

A su izquierda y frente a él estaba acucillada Sin-derella, fumando jaspe en pipa de Surinam. Se había cambiado de ropa, parecía una cortesana enfundada en gasas transparentes, con los pechos descubiertos y dos argollas atravesando sus pezones de

las que colgaban las sedas del vestido. Al verme llegar me sonrió, pero no habló hasta que lo hizo el Imán:

—Profundo gris, el color de la llegada. Tibio naranja, el de los corazones colmados de jolgorio —exclamó, con voz cascada—. Yo te saludo, Piscis.

—Eh... yo también me coloreo de verle —correspondí, algo descentrada. Era cierto que el tinto bajaba como agua, pero desde luego se transformaba en algo muy distinto cuando llegaba al estómago. Tristan me dio un codazo disimulado.

—Mis huéspedes me han explicado el motivo de tu visita —continuó el Imán—. Aquí en Permafrost apreciamos a los comerciantes libres, que por encima de los intereses de cualquier emporio transportista o liga de comercio han ayudado a nuestra gente en el pasado. Vosotros sois mucho más honestos y cercanos, agradables de tratar.

—Se lo agradezco, yo...

—Piscis estaría encantada de compartir con nosotros sus conocimientos sobre el asunto que hemos tratado esta mañana, Alto Imán —me interrumpió Tristan, colocándose un paso por delante—. Nos gustaría charlar brevemente con el brahmaputra Grabar, maestro de improntadores... si sus obligaciones no se lo impiden, claro.

El Imán asintió, rascándose la barba llena de pelusa.

—Creo que el brahmaputra, que es un hombre muy sabio, no tendrá inconveniente en recibir a nuestra invitada para que entre ellos nazca el violeta de los propósitos compartidos.

—Muchas gracias, su cromatograficidad. —Hice una reverencia—. Estoy segura de que sus violetas y mis amarillos se mezclarán con total diafanidad —concluí, y sentí unas ganas de reír espantosas. Tristan me empujó un poco hacia atrás mientras continuaba agasajando al viejo. Yo me apoyé disimuladamente en una columna llena de símbolos sagrados y agaché la cabeza, tapándome la cara con la mano y alzando el pecho al ritmo de la risa contenida.

—Esperamos que el santo brahmaputra nos pueda iluminar en estos momentos de incertidumbre. Estoy seguro de que sí, puesto que su sabiduría es legendaria incluso allá en mi planeta. Y con esto nos despedimos, ¿verdad, Piscis? —gruñó Tristan, cogiéndome por el brazo. Yo asentí, con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto, su imanidad —dije—. Espero que no tarde en atraerme de nuevo hasta sus lugares de oración con su insuperable magnetismo.

Tristan casi me echó de allí a empujones, sonriendo como un estúpido y tapándome la boca con la mano en un abrazo disimulado. Yo no podía contenerme y si él no me hubiera metido los dedos en la boca, hubiera estallado a reír descontroladamente en las mismas narices del Imán. Por mucho que lo intentaba, no llegué a quitarme de la cabeza los ojillos de su testarteja, mirándome desde su calva con cara de pasmo.

Una vez fuera, ya descendiendo por el ascensor, Tristan abandonó su sonrisa forzada y gritó:

—Pero, ¿es que estás loca? ¡Estúpida, casi ocasionas un desastre allá arriba!

—Oye, no me chilles —lo detuve, alzando una mano—. Que yo no tengo la culpa de que me hayáis hecho esperar una maldita hora junto a aquel mueble bar tan mono. Si no te gusta, píntalo de otro color —y volví a carcajearme. Ya me dolía el estómago cosa mala—. Ay.

—Joder. —Tristan se pasó una mano por la frente, secándose el sudor—. Está bien. Esta noche dormiremos en el templo y mañana a primera hora partiremos hacia el Nanga Devi para ver al maestro de improntadores. Por lo que más quieras, en el tiempo que nos queda de estancia en el templo haz el favor de controlarte.

Creo que fue él quien me condujo a las habitaciones donde desperté horas más tarde, pero no estoy muy segura. Por mi cabeza sólo pasaban imágenes surrealistas de botellas de vino en las que nadaban truchas borrachas como en enormes peceras de alcohol. Esas imágenes se entremezclaban con otras donde relucían cavernas de hielo llenas de indígenas peludos que, inexplicablemente, parecían empeñados en coserme a un lienzo en blanco y embadurnarme de pintura naranja.

Gineceos y mensajes ocultos en la espuma

Snuk estaba aterrorizado. Pero no por la oscuridad, quebrada sólo por débiles alfilerazos de luz en un techo —o un suelo— lejano. Todavía le dolía el hombro por la caída que había sufrido al fondo del pozo de los muertos. Había sido alzado en el aire por una garra de metal gigantesca, la mano de un demonio al extremo de un brazo con tubos y cables y remaches, y lo habían dejado caer en el foso. Tras rodar por una montaña de cosas frías cubiertas de aceite, se detuvo en un valle plano, el techo de algún engendro con motores diésel que yacía allí abandonado.

Snuk gritó llamando a su querida Rala, pero con eso no hizo sino atraer la atención de los pájaros. Eran terribles, el solo batir de sus alas en las tinieblas del interior de la nave de los cosechadores bastaba para volver demente al corazón más puro. Los pájaros orbitaron en estrechos círculos sobre la montaña de basura y se fueron sin su presa, porque Snuk, en cuanto los oyó venir, se enterró entre los escombros permaneciendo tan quieto que hasta su corazón dejó de latir durante unos segundos. Al final, aburridos, los monstruos se marcharon.

¿Dónde estaría Rala, su queridísima y tierna Rala? ¿Se la habría llevado otra de las garras de metal? Y si era así, ¿a dónde? No quería ni imaginar que hubiese acabado siendo pasto de los pájaros. No. Ella estaba viva, allí dentro, en alguna parte.

Snuk no había perdido la perspectiva: estaba en el interior de una nave espacial. Eso significaba que habría puertas, pasillos, un espacio limitado por el que buscar. Tal vez Rala no estuviera lejos, tan sólo al otro extremo de una mampara o tras un cristal de observación. Esclavos. Eso era lo que querían los cosechadores, no cadáveres. Los cadáveres no servían, no luchaban en la Arena. Ella seguía viva, en algún lugar de aquel infierno.

El joven se puso en pie, saliendo de los escombros. Se frotó el brazo. Dolía mucho; palpaba sangre seca sobre el antebrazo. Miró hacia los lejanos destellos rojizos y trató de identificar una silueta. Podría ser la grúa de la garra, se dijo a sí mismo sin mucha convicción. Permaneció un rato en silencio, aguzando el oído. En aquel lugar había sonidos. Chirriar de cadenas contra engranajes dentados o tuberías. Flamas de gas que prendían al contacto con el aire. Aleteos de aves cerca de nidos contruidos entre las vigas del techo.

El joven hizo acopio de fuerzas y comenzó a caminar. Sus ojos se estaban acostumbrando a la casi total ausencia de luz, de modo que ya distinguía los contornos de los obstáculos que sorteaba. Andaba sobre un enorme montón de desechos, rodeado por raíles elevados por los que de vez en cuando cruzaban veloces vagonetas automáticas. Los raíles conducían hasta una boca de colmillos puntiagudos, clavados en encías giratorias que desmenuzaban el metal de los restos y

se lo tragaban convertido en limaduras. Las vagonetas recogían lo que las garras o los pájaros decidían rescatar del montón, y lo arrojaban a unas cintas de transporte que acababan irremediablemente sobre la enorme trituradora.

Sin embargo, aparte de él, allí dentro no había ningún otro ser vivo.

Snuk procedió, acercándose a una de las cintas transportadoras. Un ruido le sobresaltó. Miró rápidamente sobre su hombro mientras se escondía, pero nada se alzó para atacarle. Creyó ver una forma que, a hurtadillas, se escondía tras una pila de planchas retorcidas llenas de tubos, pero cuando se acercó a comprobado había desaparecido.

Desechó esos pensamientos, producto sin duda de su sobreexcitada imaginación, y se colocó cerca de la cinta de transporte más próxima, esperando que pasara una vagoneta.

Ayrem el Menor no era un joven afortunado. La mayoría de las cosas que había asimilado en su vida las había aprendido por las malas, a base de desgracias o trágicos derrumbes de planes. Su hermano, Senecam el Mediano, lograba combinar en alguna parte de su cabeza un poso de sentido común con algo más de perspicacia ante los motivos del mundo, y eso lo ayudaba a salir airoso de muchos baches que a él se le antojaban impracticables.

Pero había una cosa en la que Ayrem sí que podía vanagloriarse de ser el mejor.

Su padre le había reservado un puesto de importancia, nada más nacer, en los Pelotones Blindados, puesto para el que se había estado preparando toda su vida. Había visitado los monasterios kays de Permafrost y había aprendido las sendas secretas de los sueños. Había competido por los primeros puestos en las carreras carnívoras de Plenam Sexto e incluso diseñado sus propios motores vampiros para usarlos en la Arena. Actualmente contaba con veinte precoces años, en los cuales nunca había habido sitio para nada que no fuese la Arena. En eso era mucho mejor que su hermano, el Mediano, en lucha perpetua contra el primogénito de la familia para elevar un grado su orden de importancia en el linaje ducal. El otro, por supuesto, no iba a dejarse matar por las buenas, por lo que la lucha en la cúspide del árbol genealógico era cruenta.

Eso no le importaba lo más mínimo a Ayrem. Él era bueno conduciendo sus camiones de la muerte, aplastando al enemigo bajo sus poderosas ruedas, y no había placer mayor en el mundo que pudiera igualarse a eso. Era un asesino, sí, y se sentía orgulloso.

La suya era la más poderosa de todas las familias ducales que competían por los favores del consorcio Xariano de Xar. Se enfrentaban a muerte a las huestes palladystas, generalmente resultando victoriosos. Uno de sus rivales, el duque Sax, incluso les había invitado una vez a su residencia para agasajarles por una batalla especialmente espectacular que ellos habían perdido, no por superioridad numérica,

sino por una hábil maniobra táctica improvisada por —tenía que admitirlo— su hermano mayor. Por supuesto, la familia de Ayrem, los Temples de Tebas, había declinado la invitación: las puyas entre familias fuera de la Arena estaban absolutamente prohibidas y el duque Sax tenía fama de ser un hombre honorable, pero... En el juego de la guerra jamás se debían bajar las defensas.

Sobre esas cuestiones cavilaba Ayrem mientras contemplaba descender la nave de los Autarcas Edeanos, otra de las facciones, sobre el anfiteatro de la Arena, el Circo Máximo de Palladys. Era un tubo de treinta metros de longitud por siete de grosor, propulsado por un anillo de aceleradores que podían orientarse para usarlos como armas. Su blindaje era escamoso como la piel de una serpiente, y la popa se remataba con una cúpula de observación llena de gas en la que flotaban los asquerosos edeanos como peces en un estanque de hidrógeno.

—Ya llegan —comentó su copiloto de confianza, un humano ex-palladysta llamado Rox.

—Ya lo veo.

El enorme cigarro esmeralda ejecutó una maniobra de descenso sobre la vertical de los hangares colindantes. Cuando uno de éstos descorrió las planchas de su techo para aceptar la carga, el transporte extendió sus hileras de baterías secundarias, desplegó todos sus sistemas de armamento, y puso en funcionamiento con gran celeridad sus grúas. Una caja negra de tres metros fue depositada en el interior del hangar, tras lo cual el cigarro remontó el vuelo.

Ayrem y Rox cruzaron una mirada ansiosa. Se morían de ganas por averiguar qué nueva arma habían desarrollado los Autarcas para emplear en los combates. El problema era que, aparte de que el espionaje industrial estaba penado con algo peor que la muerte —la expulsión con descalificación—, ahora los dominios del hangar estarían mejor protegidos que su propia Fortaleza Santuario.

Los dos pilotos escalaron las gradas del kilómetro nueve del anfiteatro, sentándose en un nivel entre el ochenta y el noventa. Al menos dos millones de personas cabían sin apuros en el enorme recinto de la lucha, construido en torno a una pista de pruebas para vehículos blindados. Era prácticamente circular, achatado en los polos, y sobre su centro colgaba una nave espacial permanentemente varada a doscientos metros de altura, sobre cuya espinada superficie los organizadores habían enganchado docenas de pantallas gigantes y marcadores luminosos. De otras pantallas independientes, que se desplazaban sobre los graderías, colgaban cestas con puestos flotantes de chucherías y banderolas.

Resultaba algo escalofriante pensar que aquella enorme planicie, una superficie de hexágonos de metal, estaría cubierta en pocos días con lagos de sangre.

—¿Ayrem? —chasqueó una voz en su solapa. El aludido, reconociendo a su hermano el Mediano, se tocó un botón y habló por el comunicador:

—Dime, Senecam.

—¿Los has visto?

—Traían una caja del tamaño aproximado de un Arrollador ligero. Puede que sea alguna variante de su nuevo TX-16, aunque también podría contener un vehículo mayor plegado.

—¿Como un caracol?

Ayrem asintió para sí mismo, espantando una mosca-buitre que se había posado en su cráneo rapado.

—Ya pensamos antes en ese diseño, pero no lo trabajamos porque no sabíamos cómo desenrollarlo con rapidez.

—Muy bien. Ven al taller. Faltan detalles por rematar de la nueva estrategia.

—Correcto —suspiró, y cerró la comunicación. Su compañero, Rox el Aplanador, apodado así entre los conductores de camiones de la muerte por su afición a pasar repetidas veces por encima de sus víctimas con sus neumáticos dentados, le interrogó con la mirada. Ayrem se puso en pie.

—Nos esperan en el taller.

—¿Crees que habrán inventado algún arma secreta no contemplada por el Reglamento?

—¿Los edeanos? —Ayrem rió—. No lo creo. Carecen de todo tipo de imaginación práctica. Lo único que saben hacer es copiar diseños de las demás casas y añadirles toneladas de blindaje. ¿Por qué lo dices?

—Oh, por nada. —Rox arqueó los labios—. Hay rumores sobre que una de las casas va a estrenar algo nuevo en esta edición de los Juegos.

—¿Biológicas? —masculló Ayrem, bajando la voz. Le asustaba pensar en diminutos derivados de los detonadores víricos que él había visto usar en alguna guerra exterior. Contra eso no estarían preparados. Afortunadamente, era un tipo de arma absolutamente prohibida por el Reglamento; nadie en su sano juicio dejaría usar un artefacto en los Juegos que matase también al público asistente.

Rox negó con la cabeza.

—No me lo creo. Tal vez ni siquiera sean los edeanos. Dicen que los Sax han construido un ejército completamente nuevo.

Ayrem se rascó la barbilla y bajó más escalones.

—Interesante —murmuró circunspecto—; muy interesante.

8

El Mar de los Cuerpos Celeste

El Nanga Devi era una montaña, pero una muy especial: no se elevaba por encima de la superficie hacia el cielo, arriesgándose a romper la armonía del paisaje plano e infinito, sino que por alguna extraña fuerza de la naturaleza se había hundido cabeza abajo en el hielo. Su perfil escasamente cónico se transparentaba a través de la capa superficial como el corte de un enorme iceberg más denso que el océano estático en el que estaba atrapado.

Llegamos justo al anochecer, y si Permafrost era una molestia permanente para la vista durante el día, con ese sol rojo reflejándose una y otra vez hasta formar una colmena de esferas rojizas superpuestas dondequiera que uno fijara la vista, de noche cambiaba radicalmente. Al ponerse el sol, su luz se pintaba sobre la superficie como derramándose en un espejo celestial. La tierra se volvía oscura y llena de estrellas, y resultaba prácticamente imposible averiguar dónde acababa el cristal y dónde empezaba el cielo.

En silencio, moviéndonos despacio como si tuviéramos miedo de estropear aquel paisaje tan serenamente hermoso, posamos las naves frente a la entrada a las cavernas. Luego nos ataviamos para soportar las letales temperaturas del subsuelo.

Sin-derella se reunió conmigo junto al tren de aterrizaje de *Aquario*.

Yo señalé a mis pies y dije:

—Próxima Centauri. Y tú estás pisando las Perseidas y la constelación de Naraem.

Sin-derella bajó la vista y se apartó, colocando sus pies atados a raquetas de nieve en un espacio oscuro entre puntos luminosos. Había tantos que era casi imposible caminar sin pisar alguno.

—No quisiera ofender a los que viven allí. Pobrecitos —bromeó, ajustándose el abrigo monoclina. Su computadora interna lo reguló a una temperatura estable de veinte grados.

Raspé el suelo arrancando el trocito que contenía a Orión. Al alzarlo, sin embargo, el reflejo resbaló hasta caer por el borde y volvió a su lugar en la tierra.

—Es una pena que no estén de veras aprisionadas aquí —comenté—. Me gustaría llevarme algunas Perseidas para que iluminasen mi camarote por las noches.

—Lo llaman el Mar de los Cuerpos Celestes —aclaró Tristan, reuniéndose con nosotras. Llevaba atado al cinto el mismo cuchillo con el que había danzado conmigo en la Residencia—. Éste es el único océano que jamás conocerás que posee un ritmo de existencia variable, como las estrellas pulsantes, y que sólo se deja ver por las noches. Es el paisaje más hermoso del universo, pero es invisible.

—No te creía tan poético —pinchó su hermanastra—. Debe ser que te sienta bien haber muerto y resucitado en los brazos de esta joven, Tristan.

El joven guerrero le lanzó una mirada algo despectiva y, cogiendo las mochilas con nuestros enseres personales, se dirigió a la entrada de las cavernas.

—Eso no tiene nada que ver. Conozco a varias personas que ya han muerto al menos una vez.

Sin-derella y yo nos encogimos de hombros y le seguimos a las profundidades de la tierra.

Utilizamos túneles ya fabricados, con escalones medio ocultos en las paredes. En algunos había restos de provisiones congeladas, aún comestibles. Sin-derella me explicó que aquellos pasadizos formaban parte de la red de túneles que los oriundos del planeta usaban para desplazarse, aunque los X-etis, dominantes en la zona, se habían desplazado años atrás a otro lugar por temor a los corrimientos del hielo. Aquel planeta también sufría movimientos tectónicos, sólo que adquirirían la forma de enormes morrenas subterráneas con glaciares verticales. Al parecer, el reflujo de sus rimayas era tan veloz como letal.

El resto del camino, tras esta oportuna explicación, anduve vigilando con más cuidado las paredes.

Alcanzamos uno de estos glaciares a la altura de la medianoche; de verdad iba tan rápido que no nos plantamos sobre él, sino que lo abordamos en marcha. El movimiento de la morrena lateral era evidente a ojos vista: formaba una barricada de piedras sueltas y tierra removida complicada de atravesar.

—¿Por qué el sabio ése vive en el interior del glaciar? —pregunté a Tristan, mientras nos afianzábamos con las cuerdas. Éste se encogió de hombros.

—Es una forma barata de moverse por el subsuelo, supongo.

Preguntándome cómo demonios se las arreglaba el anciano para renovar el aire de la grieta, accedí de repente a una cueva interior amplia, llena a rebosar de estalactitas, estalagmitas y carámbanos de hielo, que crecían de lado desde las paredes. En su centro había un robot, una masa de metal humanoide con brazos estriados y un cono de cristal por cabeza, en cuyo interior repiqueteaban diminutas campanas de silicio contra yunques almacenadores de memoria de caché.

El robot, muy afable y con acento aristocrático, nos saludó:

—Buenas noches. Soy Obbyr, el secretario personal del brahmaputra Grobar. Sírvanse esperar unos segundos para que pueda transmitir la buena nueva de su llegada y reciba las correspondientes instrucciones.

A continuación enmudeció, perdido en operaciones ocultas. No sé qué me molestó más, si su tono empalagoso (el que emplearía un mayordomo aburrido sin nada que hacer en lo que queda del día), o que estuviera recibiendo instrucciones. ¿Qué pasaría si, después de tanto caminar, el brahmaputra decidía no recibimos?

El robot tecleó algunos flujos de órdenes en su cerebro transparente (juraría que el nodo de memoria de la urgencia lo puso con mayúsculas), y su altavoz berreó:

—El santo brahmaputra Grobar, maestro de marionetas, les recibirá ahora.

Se apartó descubriendo una puerta de la pared. Tristan suspiró muy ligeramente cuando recibió la noticia, lo cual me confirmó que tampoco él estaba del todo convencido de que el anciano nos dejase entrar.

Cambiamos de estancia. Seguidos por el robot, que se movía como un pato mareado sobre sus piernas rechonchas, descubrimos al brahmaputra.

No era un anciano. Ni siquiera era del todo humano.

Pertenecía a la misma raza de hermosa piel azulada que el resto de los habitantes del planeta, pero sus serias modificaciones corporales saltaban tan evidentemente a la vista que estaba claro que a Grobar no le interesaba lo más mínimo ocultarlas. Era un hombre de unos cuarenta años y metro ochenta de estatura —salvo yo todos los demás le quedaban por debajo de la nariz—, delgado y enjuto, sin un solo pelo en ninguna parte expuesta del cuerpo, y con diversos implantes surgiendo de agujeros en su túnica gris. Su cabeza era la única parte de su anatomía que no estaba levemente deformada por la arista de algún artilugio metálico, pero reposaba como un pastel de carne sobre un cuello en forma de bandeja, hecho enteramente de plástico y circuitería.

Al vernos entrar, el hombre hizo rotar su cabeza hasta un ángulo imposible sobre este anillo. Luego su cuerpo completó el giro.

—Vaya, vaya, los retoños Sax —sonrió, afable—. Cuánto tiempo sin veros, ¿no es cierto?

Tristan y Sin-derella se le acercaron muy contentos y depositaron sendos besos en su mejilla. Como para reafirmar su masculinidad, el joven guerrero le sacudió la mano virilmente después. Yo me crucé de brazos, esperando que aquello no se convirtiera en otra reunión mística. No tenía ningún mueble bar a mano.

—Vaya, vaya —dijo el brahmaputra, dándole unos golpecitos a Tristan en el hombro—. Veo que has seguido entrenándote. Y que tienes piernas nuevas, ¿no es cierto? ¿Un accidente en la Arena?

—Esta vez casi acaban conmigo, maestro —respondió él, gravemente—. No veo la hora de realinear mis armonías y poder volver a combatir. Deseo volver a entrar en la jaula de los sueños.

—Bien, bien —aprobó el hombre, volviéndose hacia la benjamina de los Sax—. ¿Y qué te ocurre a ti, Sin? ¿Qué ha hecho el destino contigo en estos años?

—Me ha transformado en una mujer, señor —dijo ella, orgullosa—. O eso espero. Yo también deseo superar la prueba de los sueños.

—Ajá.

Al fin el momento que todos estábamos esperando: el brahmaputra se dignó a mirarme. Y me pilló desprevenida en mitad de un bostezo.

—Ejem... hola —carraspeé—. Yo también me alegro de verle... ¿no es cierto?

—Gran Soñador, ésta es Piscis de Zhintra —me presentó Tristan, resignado—. A esta mujer, por extrañas vueltas del destino, le debo la vida, y he querido saldar mi deuda trayéndola a hablar con vos. Al igual que nosotros, está improntada. Desea saber si podéis ayudarla a encontrar al maestro de sueños que colocó los candados a su mente.

El brahmaputra asintió y se adelantó hasta colocarse a menos de un metro de mí. Yo retrocedí un poco, acongojada por el siniestro brillo de sus ojos.

Rascándose uno de los chips del cuello, nos condujo al interior de su insólito jardín particular.

—¿Qué es todo eso de los sueños? —pregunté un rato después, siguiendo en solitario a Grobar hasta lo que parecía una enorme flor hecha de hielo. Mis compañeros se habían quedado en el centro de la caverna que albergaba el jardín, una extensa plantación de cientos de flores congeladas, cada una del tamaño de un ser humano.

—¿Los sueños? Son formas de la mente —respondió—. Movimientos telúricos de los músculos de la sinrazón. No podemos verlos, no podemos hacernos partícipes; tan sólo...

—Eh, relájese —abrevié, enfadada—. A mí no me venga con misticismos raros, que tengo muchos años luz a mis espaldas. Dígame qué significan las flores, por favor. En omnigalac.

El hombre me miró con condescendencia.

—Son válvulas miméticas sensocaptadoras de flujo resonante piezoentrópico de nivel seis.

—Ah. Pero, ¿poseen un corrector encéfalonefástico reticular pelmazoide, o son del viejo modelo de las glandulares emoticováricas?

—Eh... —titubeó—. De las primeras.

Disgustada, destrabé el seguro de mi arma del cinto y agarré con malas intenciones la culata.

—Oiga, no sé quién se cree que es ni qué les hace a esos chicos, pero a mí no me asusta su verborrea pseudotecnológica.

—Se lo estaba inventando, ¿es cierto?

—¿Y usted?

Tras unos momentos de silencio, el brahmaputra estalló en carcajadas.

—No tengo la más remota idea de qué son estas cosas ni de quién las inventó —explicó, más informal—, pero sí sé que con ellas se puede extraer un tipo de energía mental que sólo se produce durante los estados de narcolepsia profunda, y que sirve para estimular ciertas zonas cerebrales.

—¿Como cuáles?

El brahmaputra se sentó en el centro de la flor gigante, extendiendo las manos sobre un tapiz de pistilos de control. Parecía un compositor experimentando con un

delicado piano surrealista.

—Las de la memoria. Desde aquí puedo inducir recuerdos en sus mentes y extirpar temores, fobias o miedos que en el futuro podrían serles de poca ayuda.

—Pero eso es manipular abiertamente sus cerebros —vacilé—. ¿Lo saben ellos? ¿Lo sabe el duque?

—Éste último sí. —El brahmaputra me guiñó un ojo y acarició voluptuosamente algunos pistilos. Destellos de electricidad descendieron por los tallos y desaparecieron caverna adentro en dirección a las flores que ahora contenían los cuerpos de los hermanos Sax—. La experiencia de la Arena es aterradora. Los derbys suelen durar un día completo sin intervalos de cuartel para sanar o tan siquiera recoger a los heridos. Imagínese más de veinte horas seguidas luchando en las carreteras de la muerte, esquivando los disparos, arreando mamporros a los brutos que quieren tu sangre... Un sola sesión en ese infierno es capaz de volver loco a cualquiera.

—Así que usted les ayuda a entrenarse para la lucha —adiviné, sentándome tras él en un pétalo doblado. El hombre sacudió la cabeza.

—No. Eso era al principio, cuando eran niños. Ellos no lo saben, pero ya no me queda prácticamente nada que enseñarles. De hecho, creo que sus experiencias en combate los han convertido en mejores maestros de lo que yo fui jamás. —Sonrió—. Ahora lo único que hago es mantenerlos cuerdos tras cada sesión en la Arena.

—Comprendo.

—Ahora están interconectados —susurró, inclinándose sobre el panel biogélido de mandos. Tristan y su hermana flotaban en el interior de sendos capullos de hielo, como frutos a punto de madurar, sumidos en un profundo trance que mantenía sus ojos cerrados y sus músculos en tensa relajación—. Yacen sumergidos en los vapores klaxa, en lugares prohibidos. Sus mentes son una con el sistema de senos venosos del glaciar. Caen hacia algún lugar que sólo ellos conocen, un lugar que visitan todas las noches en lo más profundo del estado de sueño: los complejos K.

—¿Los qué?

—Lugares, momentos, en los que la realidad es más cierta aquí dentro —se tocó la sien con un dedo—, que alrededor de nosotros. Tenga en cuenta que el cerebro construye la realidad basándose en los estímulos que le llegan del exterior. Cuando ese caudal cesa, lo que ya haya dentro es el mundo. Por eso es tan difícil damos cuenta de que estamos soñando mientras lo hacemos.

Miré a los hermanos, preocupada. Tristan se agitaba ligeramente, como si estuviera en las primeras fases de una pesadilla. Sin-derella, por el contrario, sonreía y meneaba los pies al son de pasos de baile.

—¿Qué busca usted? —preguntó Grobar en voz baja, aunque ninguno de los hermanos podía oírle.

—Respuestas.

—¿Venganza?

Le lancé una mirada aviesa.

—No. Tan sólo curiosidad.

Grobar hizo pivotar su cabeza sobre el cuello, encarándose conmigo.

—¿Y por curiosidad ha recorrido todo el camino desde su casa hasta este lugar en el confín del universo?

—Las mujeres podemos llegar a ser realmente indiscretas cuando nos conviene —silabeé. Él me observó un momento, como tratando de averiguar mis intenciones, y se encogió de hombros.

—De acuerdo, la examinaré como favor personal hacia Tristan y su padre, que me imagino habrá aprobado todo esto. Pero no le prometo nada. Hay secretos del pasado que conviene mantener en la sombra, Géminis.

—Piscis. De todas formas probaré.

—¿Eh? Ah, bueno, pero tal vez nos encontremos con cosas que desees mantener ocultas, ¿no es cierto?

Una alarma me salvó de responder. Grobar se giró con rapidez hacia la consola rozando algunos pistilos. Yo me incliné sobre su hombro, tratando de ver algo.

—¿Qué ocurre?

—Las armonías de Tristan están más descentradas de lo que creía. Se rebela contra los nodos de control.

—¿Eso es malo?

Grobar escupió a un lado, en un gesto muy poco solemne, sin dejar de vigilar unos indicadores con forma de gineceos rellenos de espuma.

—Sus sueños se están volviendo demasiado reales, invadiendo parcelas de la conciencia que no deberían tocar.

En la pantalla, Tristan se convulsionaba exhalando burbujas del extraño gas por la boca.

—Bueno, pues desconéctelo de la máquina y ya está —sugerí, pragmática—. ¿O es que si no lo saca de ahí con suavidad sufrirá migrañas una temporada?

El brahmaputra chasqueó los dientes y contestó, con voz grave:

—Podría llegar a morir.

Cintas de Moebius

—¡Haga algo! —urgí, contemplando alarmada las convulsiones de Tristan. No le había salvado en Tikos para ver cómo moría ahora.

Grobar rozó más pistilos.

—No puedo acceder a sus complejos K; algo impide que la senso-pantalla penetre en su franja REM más profunda.

—¿Qué podemos hacer? —Me incliné sobre la consola biogélida, pero no entendí nada entre tanto destello eléctrico y baile de esporas.

—Me temo que nada. Se ha perdido en un laberinto K. Es... —Tradujo antes de que se lo pidiera—: una trampa onírica recurrente. ¿Has tenido alguna vez una pesadilla de la que despiertas para encontrarte dentro de otra?

—Sí... ¿Eso puede afectar a su hermana?

El brahmaputra interpretó una sinfonía de caricias sobre los mandos como un pianista poseso.

—No lo creo. Están aislados uno del otro por las Flores de Narcolis.

—¿Podríamos enviar una sonda al interior de su cerebro? —sugerí—. Algo que trazase un camino para ayudarle a salir.

—¿Una sonda activa? ¿Cómo cuál?

Apreté los dientes. No sé cómo demonios hago siempre para meterme en estos líos.

—Adivine. Desde luego, parece ser que alguien debe bucear en su cabeza hasta pescar su psique y traerle de vuelta, ¿me equivoco? Una baliza viva.

El interior de la flor era húmedo y tibio, cálido como un útero. Los primeros momentos de inmersión fueron desconcertantes, pero enseguida me acostumbré. Tan sólo por estar en su interior ya experimenté un efecto sedante.

Grobar me hacía señas desde el panel de control.

Vi partir de su nodo las familiares lágrimas de luz que estimularían el gineceo del extraño vegetal alienígena. Éste se apretó contra mi piel, cariñoso. Yo temblé de miedo, pero de repente estuve sumergida en un líquido aceitoso, y un conducto de aire lubricado penetró en mi boca sin avisar. Controlé a duras penas unas arcadas, a medida que el miembro respiratorio de la planta se abría paso hasta mi traquea; luego comencé a sentir aire en mis pulmones. Aire, sueño... ¿música?

Noté que mi mente se iba... Las sustancias narcóticas generadas por los pistilos debían estar entrando en mi cuerpo camufladas en el gas. Floté, primero hacia arriba

y luego hacia abajo. Sacudí lentamente la cabeza y mi cabello se venteó en cámara lenta, alargando sus zarcillos hasta abrazar mis mejillas.

De repente estuve allí.

Perdí pie y caí. La flor había desaparecido; no había suelo bajo mis botas. Tras un terrorífico metro de ingravidez mis pies dieron con algo que sonó a metálico.

Todo estaba oscuro, muy oscuro. Sólo una leve luminiscencia procedente de un orificio en la pared me permitió situarme pasados unos minutos, cuando mis ojos se acostumbraron. Escuché un ruido como un aleteo de alas membranosas.

¿Dónde demonios estaba? ¿Era esto el sueño de Tristan?

Algo pasó volando a escasa distancia, con un batir de alas veloces, como de insecto. Temblé. Si era un insecto, debía medir casi lo mismo que yo. Corrí a esconderme tras un montón de escoria. Entonces distinguí algo: estaba en medio de un enorme montón de desechos, delimitado por raíles elevados que de vez en cuando eran cruzados por veloces vagonetas. La naturaleza de los desperdicios me recordó el interior del brick-cementerio del que había rescatado a Tristan. ¿Se trataría de la misma nave? ¿Por qué aparecería en sus sueños?

Vi una figura entre los restos. Agaché la cabeza rápidamente y lo observé en silencio. Parecía Tristan... pero al mismo tiempo no era él. Estaba semidesnudo y sus movimientos y andares eran propios de un salvaje. Miró en mi dirección como si hubiese oído algo, pero no me descubrió. Lentamente, igual de asustado que yo, se acercó al más accesible de los raíles elevados. Escaló con dificultad el cadáver de una tanqueta llena de cuerpos destrozados y esperó, calculando las distancias. El raíl que había elegido lo llevaría directamente al interior de unas enormes fauces trituradoras que hacían polvo los desechos en una esquina del recinto. De allí provenían los alfilerazos de luz, probablemente de algún horno interior.

El hombre que se parecía a Tristan esperó con las piernas flexionadas hasta que una vagoneta pasó cerca, y se catapultó hacia ella. Yo grité su nombre y salí de mi escondite, aterrada. Puede que fuese un sueño, pero me ponía la carne de gallina. Tristan se agarró por los pelos a la vagoneta, escalando por su superficie hasta que se encaramó a su interior. De repente, el mecanismo se detuvo.

Me acerqué haciéndole señas. Conseguí que me viera. Primero sonrió y pronunció una palabra —ralo, rala o algo así—, pero en cuanto me reconoció su expresión se volvió taciturna.

—¡Tristan! —grité—. ¡Tenemos que salir de aquí, vamos!

Jamás en mi vida me había sentido tan ignorada. El joven salvaje dio un par de saltitos sobre la vagoneta, como para ponerla en marcha. El mecanismo no reaccionó, pero desgraciadamente llamó la atención de algo: contemplé con terror cómo una enorme forma oscura se movía en el techo. Primero llegaron sus sonidos, roce de cadenas y chasquidos de óxidos en combustión; luego lo olí, un aroma a maquinaria caliente que hacía toser.

Por último, el monstruo apareció: era una enorme garra industrial de acero con zarpas capaces de desgarrar el blindaje de cualquiera de los vehículos de combate siniestrados. No quise pensar en lo que le haría a mi carne si llegaba a cogerme. Tristan también la vio. Aulló de terror. La garra se deslizó por sus raíles hasta situarse sobre su vertical, y abrió sus garfios dentados.

—¡No! ¡Aquí! —grité, estúpidamente (hay que admitido), tratando de atraer su atención sobre mí. El monstruo no se inmutó; descendió del lejano techo unos metros hasta colocarse justo sobre la vagoneta. Luego se cerró con un estruendo de bielas engrasadas y metal retorcido.

Grité y traté de no mirar, pero de la vagoneta no chorreó la sangre. Tristan, azuzado por un profundo instinto de supervivencia, había saltado en el último segundo y corría despavorido sobre la vía aérea. De repente, ésta se puso en marcha y comenzó a avanzar como una cinta transportadora, empujándolo hacia las fauces de la trituradora.

—Tristan... ¡deja de hacer el idiota! —imprequé, saltando también a la cinta. La garra se movió para seguir al joven, que trataba de calcular otro difícil salto, esta vez desde lo alto del raíl a una superficie plana y negra que había detrás, muchos metros por debajo.

Lo maldije en voz alta. Aunque lograra escapar de la trituradora, esa planicie estaba a demasiada distancia; el salto lo mataría, si no lo atrapaba primero la garra.

Lanzando imprecaciones de lo más variopinto, corrí sobre el raíl, manteniendo el equilibrio. Sorteé una nueva vagoneta de un salto, mientras los restos de la otra caían a la trituradora, pero la muy traicionera se puso en marcha en cuanto la rebasé. Como pude, al sentir el impacto del metal en mi espalda me agarré a ella con uñas y dientes, mientras la enorme garra pasaba por encima de mí.

Tristan no me esperó. Demoró el salto hasta el último momento y, justo medio segundo antes de que sus pies alcanzasen el extremo de la cinta, se lanzó al vacío.

No vi ni oí nada más. El estruendo de la vagoneta tapaba cualquier otro sonido; mi peso la inclinaba de cabeza y sus ruedas arrancaban sendos chorros de chispas de los raíles. Sentí el calor del horno en la espalda. Giré la cabeza y, por un instante, vi que la cinta había desaparecido bajo mis pies: la vagoneta colgaba medio invertida sobre la nada. Las dinamos trituradoras parecieron sonreírme con malicia.

Salté sin mirar en la misma dirección que Tristan. Puse los pies por delante y recé para caer rodando, buscando amortiguar el impacto.

Algo me golpeó en pleno vuelo.

La garra pivotó cien grados sobre su eje y me alcanzó al comienzo del salto. No pudo apresarme, pero la fuerza del impacto me hizo girar descontroladamente en el aire. De reojo, vi cómo la plancha negra del suelo se acercaba conforme iba descendiendo vertiginosamente. Cerré los ojos y me preparé para lo peor.

Cuando impacté contra ella, la superficie me tragó partiéndose en dos, formando una gran ola.

Braceé con fuerza para salir de nuevo a la superficie, temblando de miedo o de júbilo. El aparente metal no era sólido, sino una sustancia aceitosa que apenas me permitía nadar.

Busqué a Tristan a mi alrededor. Mis ojos se habían acostumbrado lo suficiente a la falta de luz como para permitirme distinguir un camino grabado en el líquido: debido a su densidad, las ondas provocadas por el joven al nadar aún no se habían borrado del todo.

Escupí aceite y seguí el sinuoso sendero, hasta que mi pie rozó algo. Sumergí mis manos y traté de aferrarlo. Si Tristan llevaba ahí abajo más de dos minutos...

Apresé un brazo y lo que parecía una mano, y tiré con fuerza hacia arriba. El cuerpo surgió a la superficie, e inmediatamente lo lancé lejos, chillé y me alejé de un par de brazadas. No era Tristan, sino el torso cercenado de un luchador. Sólo le quedaba media cabeza sujeta al torso, junto a un único brazo asido a un fragmento de motor. Lo aparté espantada y quedó flotando, meciéndose sobre una ola muy lenta mientras me miraba con su medio ojo turbio. Creo que fue entonces cuando empecé a darme cuenta de dónde estaba en realidad.

—¡*Tristan!*—vociferé. Nadie me respondió.

El silencio fue roto por un batir de alas veloces. Alcé la vista y los vi bajar: eran cuatro, bestias aladas con forma de insectos gigantes. No podía hacer nada más que sumergirme, así que alcé el trasero, pataleé y descendí casi un metro, apretando con fuerza los párpados. Tan sólo los gases que desprendía el líquido me irritaban los ojos al extremo del dolor.

Aguanté hasta que mis pulmones ya no pudieron soportarlo más, y traté de ganar la superficie. Por un momento pensé que no llegaría, ya que el líquido me arrastraba hacia abajo como en un vórtice de succión, como en unas arenas movedizas cromadas que se revolvían más y más a cada brazada. Pataleé con desesperación, pero el líquido me succionaba. Bajaba metros en lugar de subidos. Mi cabeza daba vueltas. ¿Dónde estaba el «arriba»?

De repente estuve fuera.

Escupí aceite y atisé una costa de metal. Traté de alcanzarla. Supe que uno de los pájaros efectuaba un picado sobre mí, no sé si porque lo oí llegar o porque mi séptimo sentido comenzó a aullar como un loco. Otro pájaro se clavó en el agua como un martín pescador y remontó el vuelo con el fragmento de torso humano que yo había dejado flotando hacía unos momentos. Se lo llevó a las alturas y lo dejó caer sobre una de las cintas. Ésta conducía los restos no a la dinamo trituradora (lugar que parecía reservado a otro tipo de desperdicios), sino que desaparecía por grandes orificios de la pared hacia otra cámara anexa.

Me volví, apretando los dientes. Finos riachuelos de aceite manaban de mi boca. Si el pájaro quería cogermé, se encontraría con una presa difícil.

Justo cuando sus zarpas iban a cerrarse sobre mí, algo lo golpeó, una barra de hierro retorcido que lo envió directamente al aceite. El pájaro se retorció e hizo vibrar

sus alas, pero los servos de estabilización habían resultado dañados, y no pudo agitarlas con suficiente rapidez como para evaporar el pegajoso líquido. El maldito pájaro se hundió sin remisión en la fosa.

Una mano me ayudó a salir. Era Tristan, o su imagen en el sueño. No parecía él; su cuerpo era de estatura un poco más baja y menos musculado. Su mirada era intensa; no ocultaba ciertos destellos de locura.

—¡Tris... Tristan! —jadeé, poniéndome en pie en la orilla del estanque—. ¿Eres tú de verdad?

Él no pareció entenderme, aunque tampoco salió huyendo como la primera vez. Eso era un avance. Me examinó de la cabeza a los pies, como ponderando qué hacer conmigo. Evidentemente, no era la mujer que él esperaba encontrar allí.

—¿Entiendes este idioma? —pregunté, recogiendo mi pelo en una trenza para escurrirlo—. ¿Te acuerdas de mí, Tristan?

Pareció sentirse ofendido por el nombre que le apliqué, ya que se golpeó el pecho como un simio, mascullando:

—Snuk.

—¿Snuk? Qué nombre tan gracioso. —Contuve una risita—. Yo —me golpeé el pecho—: Piscis.

—Rala —dijo, señalando las cintas que llevaban los desperdicios hasta la otra cámara.

—¿Rala, eh? Pues venga, raleemos de una vez y salgamos de aquí antes de que acabe por incluir *ugh* en mi vocabulario.

Estábamos dentro de una especie de nave espacial, de eso no había duda. Tal vez un recuerdo de la juventud de mi anfitrión, o una alegoría de algo totalmente diferente. Lo cierto es que Tristan (o Snuk, como se hacía llamar para sus adentros) se conocía a la perfección el trazado del lugar. Escalamos la pared por senderos tortuosos e improbables, que parecían estar allí con el único propósito de responder a nuestra necesidad de subir, y aunque el joven dudaba a cada intersección del camino, su elección siempre resultaba correcta. Eso me preocupó: si el entorno de su pesadilla se adaptaba para satisfacer en cierta medida sus deseos, ¿a qué venía tanta agresividad, tanto afán por destruirnos?

Tras diez minutos de escalada, alcanzamos el borde de un orificio que comunicaba con la sala contigua. Snuk se asomó y me hizo un gesto para que le siguiera en silencio. Yo también me asomé al hueco.

Lo que había detrás no tenía mucho sentido.

Era un salón comedor rectangular, con una larga mesa rodeada de sillares vacíos en el centro. Sólo había dos personas sentadas, cada una en un extremo, y yo las conocía a las dos. La primera era el padre de Tristan, el duque Sax. Estaba ataviado con ropas medievales y parecía un conde vampiro, con uñas pintadas de turquesa y largos colmillos que asomaban por encima de los labios como si fuera un tigre de dientes de sable.

La otra persona era una joven princesa cuyo rostro me era familiar. Sí... la recordaba de las pinturas del palacio de los Sax. Vestía una túnica azul tatuada de rostros humanos aullantes. Hasta el plato que tenía delante llegaba en cinta transportadora la comida, tras haber sido triturada por la dinamo de la otra sala.

Era Julia, la hermana muerta de Tristan.

Su padre, el vampiro del extremo de la mesa, la contemplaba impávido mientras se le acumulaba la comida en el plato. La joven parecía sufrir mucho, se notaba a simple vista en su mirada, pero el duque no hacía nada para aliviar su dolor. ¿Por qué? ¿Por qué conservaba Tristan aquella imagen en su subconsciente? ¿Qué tenía que ver el duque con todo aquello?

Y lo más importante de todo: ¿por qué Tristan no podía escapar del sueño?

—Tristan, debemos irnos —murmuré tocándole el brazo. Él se apartó bruscamente al tiempo que lanzaba un gruñido animal.

El duque se había puesto en pie y se acercaba lentamente al lugar que ocupaba su hija. Abrió sus fauces y los colmillos crecieron si cabe unos centímetros más. Miré a Snuk y le vi temblar de horror e impotencia. Quería saltar allí dentro y hacer algo, pero no podía; sus piernas estaban rígidas como pedazos de hielo.

El padre se inclinó sobre el cuello de la muchacha, que lloraba de pánico, y mientras la acariciaba cariñosamente el cabello le clavó los colmillos en el hombro, sorbiendo ruidosamente su sangre. Ella no era su invitada, sino su cena.

Entonces entendí muchas cosas.

Agarré a Snuk por el hombro con fuerza para obligarle a apartar la vista, pero el joven, preso de una repentina furia asesina, me golpeó en la cara y se lanzó dentro de la otra cámara. Yo me desplomé hacia atrás, pero para mi sorpresa, en lugar de caer sobre el borde de la sima di con mis huesos en lo más profundo de la fosa cementerio.

Allí estaban los pájaros y los cadáveres y Snuk en su posición de partida, como dispuesto a repetir todo el ciclo de la pesadilla desde su comienzo.

«Laberintos recurrentes», había dicho Grobar.

Tenía que romper el ciclo o yo misma quedaría atrapada en él. Algo habría que hacer para que los acontecimientos fuesen distintos, para romper el equilibrio del sueño de forma que llegara a ser demasiado irreal hasta para sí mismo, pero, ¿qué?

Si pudiese conseguir que Tristan se diese cuenta de que estaba soñando...

Como si se tratase de una vieja película estropeada, el joven Snuk volvió a revivir de nuevo la experiencia de descubrir el entorno, horrorizarse y saltar a la cinta transportadora. Yo le seguí, pero esta vez intervine antes. Cuando Snuk estaba a punto de saltar al lago de aceite me abalancé sobre él y le agarré con fuerza.

—¡Suéltame! —gritó, recobrando milagrosamente la capacidad de hablar mi idioma. Bajo nuestros pies la cinta se movía velozmente hasta su punto de retorno automático, y tras él no quedaba más que el vacío y las dinamos dentadas.

—¡No! ¡Tristan, dime la palabra! ¡Nombra el planeta de hielo donde estás ahora! —grité, clavándole las uñas, mordiéndole y golpeándole, haciendo lo necesario para

evitar que tomase impulso. Él, sin embargo, hizo uso de su fuerza física superior; de un empujón me lanzó hacia atrás. Rodé hacia el exterior de la cinta y en el último y crítico instante, cuando mi cuerpo ya colgaba en el vacío, logré aferrarme al borde del rail.

—¡Tristan, ayúdame! ¡Caeré! —El joven me ignoró y se dispuso a saltar—. No lo hagas, Tristan, por favor —supliqué—. No me dejes morir como a tu hermana. Ayúdame. —El extremo final de la cinta estaba a menos de diez metros—. ¡Ayúdame, maldita sea! ¡Pronuncia el maldito nombre!

El joven me miró y durante un escaso segundo pude ver la sombra de una duda en sus ojos. Estaba listo para saltar, pero algo lo detenía.

—¡Di el nombre del planeta! —Cinco metros—. ¡No me dejes morir como a tu hermana! —Tres metros—. Por favor, Tristan...

—P... —balbuceó, inseguro.

Dos metros.

—Concéntrate, Tristan, por lo que más quieras. ¿Cómo se llama este planeta de hielo?

Medio metro.

—Per...

—¡Dilo!

De repente, la cinta acabó.

Mis manos trataron de afianzarse al vacío.

Caí lentamente hacia la máquina trituradora, la dinamo de las fauces ensangrentadas. Grobar me había advertido que se podía morir en el mundo de los sueños; que se podía sentir dolor real aun cuando estás rodeado sólo de fantasías. En eso y en el nombre del muchacho que trataba de salvar fue en lo único que pensé en aquellos últimos momentos:

—*Trismo* —susurré, preparándome para morir.

—*Permafrost* —dijo Tristan, y la realidad se hizo pedazos.

10

Despertares

—T... Trismo...

—¡Piscis!

Paf. Una cachetada.

—¡Ay! —protesté, volviendo a la realidad. Sin-derella estaba inclinada sobre mí, sonriente.

—Has vuelto de entre los muertos, Piscis.

Me situé: la cámara de estimulación de las Flores de Narcolis. Estaba tumbada sobre un pétalo de rosa. La hermana mayor de Tristan me estaba aseando un poco con una toalla, librándome del hediondo gel del capullo.

—¿Cómo está Snuk? —pregunté, incorporándome. Sin-derella arrugó la frente.

—¿Quién?

—Eh... Tristan —corregí—. ¿Logramos sacado de allí?

—Lograste sacarme —dijo una voz masculina a mi espalda. Me volví y allí estaba él, dejándose colocar unas sondas en la cabeza por el sonriente Grobar. Tenía en sus manos una vasija llena de un líquido púrpura que abrazaba con fuerza—. Muchas gracias, mujer del espacio. Ya te debo otra.

—No lo olvides. —Le guiñé un ojo, descubriendo de improviso que estaba tremendamente agotada—. Me siento como si me hubiese pasado una astronave por encima. ¿Por qué tengo esa palabra tan recurrente en...? —Callé, abriendo mucho los ojos.

—¿... en la punta de la lengua? —rió Tristan. Luego ordenó muy serio—: Pronúnciala.

—Trismo —silabeé, anonadada. Era mi clave de condicionamiento, el candado cerebral. Miré a mis compañeros—. ¿Cómo es posible?

—Permafrost —dijo el joven con satisfacción—. Yo también me he liberado. En el último segundo del sueño creíste pronunciar mi nombre, pero por error dijiste tu palabra clave: confundiste trismo con Tristan. Y me hiciste recordar. Rompiste la cadencia de realimentación de la vis onírica, el vasnaj.

Me puse en pie, confundida. Sí, había algo nuevo en mi mente, una batería de sensaciones y momentos congelados que atisbaba de fondo si cerraba los ojos, como sombras en una caverna. Recuerdos que tras tanto tiempo de encierro no podían alcanzar la luz de golpe. Pero se iban acercando.

Reprimí un escalofrío.

El resto del día transcurrió con tranquilidad; el glaciar subterráneo que nos arrastraba por el interior de Permafrost siguió avanzando unos kilómetros más hacia la arista planetaria. Grobar nos advirtió que mejor sería que marchásemos antes de

que la cruzara, ya que toda la montaña sumergida brotaría por la planicie del extremo contrario como un tsunami descontrolado de escarcha. De todas formas, aún nos quedaban unas horas para dormir.

El interior del glaciar estaba más caliente de lo que esperaba, tal vez por algún efecto de calentamiento de la bolsa de aire por el rozamiento de la rimaya.

Nos instalamos en grietas anchas, forradas con pieles. La mía tenía el suelo transparente, y si me acostaba mirando hacia abajo podía ver las *crevasses*, profundas grietas transversales, desplazarse lentamente bajo la lengua de hielo.

Traté de dormir de todas las maneras posibles: cabeza arriba, cabeza abajo, contando borreguitos, peces y exponentes primos del número pi (estaba fatal a esas alturas de la noche)... Incluso probé con el yoga, pero al tratar de colocar ambos pies sobre la nuca resbalé y me di un golpe en el trasero que disipó la poca somnolencia que había logrado acumular.

Enfadada, me abrigué y salí a dar una vuelta por el glaciar. No dejaba de pensar en las sombras de la caverna, cada vez más nítidas y parecidas a recuerdos que no estaba segura de querer rescatar del olvido.

Paseé aburrida entonando tonadillas por lo bajo, tratando de pensar en otras cosas, pero las imágenes no disminuían su intensidad. ¿A qué demonios venía ese elefante azul bailando sobre una alfombra de cristales?

Tras un recodo vi algo. Por acto reflejo me llevé la mano al hombro, donde tenía colgado el cinto de la pistola de rayos, y destrabé su seguro. Al fondo de un pasillo mal iluminado había alguien, una sombra encorvada que se mecía con las manos en las rodillas.

—¿Tristan? —pregunté en voz baja. La sombra no contestó, pero dejó de balancearse.

Al fin, tras un largo minuto de silencio, un rumor sordo que al final identifiqué como una voz llegó hasta mis oídos. Algunas palabras no se entendían bien, no supe si por el efecto eco del hielo o porque bajo ella se escondían sollozos.

—... No estaba vestida de cortesana, como cuando se casó con uno de nuestros primos lejanos, con el tul y las gasas que la hacían parecer un espíritu blanco. Aquella tarde iba de gris, tenía el pelo recogido en una trenza, rizos de papel. Papá fue a recogerla al astropuerto para ayudarla con el equipaje. No quiso enviar ningún paje ni mozos, sino ir él mismo. —Sorbió por la nariz—. Siempre decía que Julia había acumulado al nacer toda la liviandad que nos faltaba a los demás hermanos. La sostuvo en alto cuando era un bebé y la acunó como a una copa de cristal. Decía... que algún día caería del cielo una lluvia más fuerte de lo normal y ella se rompería como un sueño.

La sombra de Tristan se revolvió.

—La llevó a los jardines a ver los claveles. Se aproximaba la época en que los girasoles migrarían, esporas, esporas, al otro extremo del pabellón buscando la tibieza

de la primavera, polen en cascadas de color. Ella estaba muy ilusionada con aquella migración.

Me senté junto a él y posé una mano en su hombro, pero no dije nada. Tristan señaló a la oscuridad, donde tenía clavada la vista, y exclamó sonriente, imitando la voz de su padre:

—¡No las toques todavía! Deja que sientan ellas mismas la urgencia por buscar el temple del sol. Las flores son armas que necesitan ser forjadas en el yunque de la mañana. Armas más bellas que ninguna otra fabricada por el hombre...

Me incliné despacio sobre su hombro, y apoyé la cabeza. Él me la acarició, tarareando un sonsonete que recordaba una canción de cuna.

Hacía frío.

Recuerdo que nuestras barbillas fueron alzándose lentamente, con timidez, hasta encajarse en un beso. Sentí su lengua enredarse en la mía y su mano buscar la suavidad de mi pecho, y le dejé hacer mientras tiritaba. Él abrió mi camisa y me exploró con ansia, respetuosamente al principio, más caprichosamente después. No dejó de cantar. En algún lugar de sus ojos estaba la mirada reservada a su hermana; su nombre escapó en varias ocasiones de sus labios, de manera que mientras me penetraba yo no sabía a quién le estaba haciendo el amor, si a la corsaria que le había salvado dos veces de la muerte, o al fantasma de Julia.

Hubo un momento en que su mano rozó la pistola que yo llevaba colgada del cinto, y se retiró espantado. Mis piernas cerraron su abrazo en torno a sus caderas, impidiéndole huir.

—¡No te vayas! —supliqué—. Aún quiero más.

—Tú... no eres Julia —se sorprendió. Yo le besé unos labios estáticos.

—No, soy otra mujer. La que tú buscas se marchó hace mucho tiempo, Tristan —expliqué dulcemente—. Por mucho que la desees no volverá. Tienes que aprender a vivir con ello, pequeño. Los dos sentimos regresar parte de nuestra memoria poco a poco, ¿no lo notas? ¿No ves lo parecidos que han sido nuestros destinos?

Él se zafó de mi abrazo y salió de mí con brusquedad.

—¡No!

Se puso en cuclillas mirándome con renovado odio, con la misma expresión que le había visto usar en el sueño cuando contemplaba a su padre.

—Eres una malnacida —escupió, agarrándome por el cabello como un animal. Toda la delicadeza se esfumó de un plumazo y se impuso el terrible guerrero de los combates de gladiadores. Yo me retorcí sobre el hielo y traté de alcanzar la pistola, pero él la lanzó lejos y cayó en una grieta—. ¿Por qué estás aquí, eh? ¿Cómo pudiste cambiar de opinión tan rápido en el despacho de mi padre?

—¡Tristan, me haces daño!

—¿Qué viste en el sueño? ¿Qué secreto te revelé sin quererlo? —increpó en voz baja, consciente de la cercanía de la grieta en que dormía su hermanastra, Sin-derella—. Sin duda fue algo que jamás debiste presenciar, Piscis. Mi padre abusando de mi

hermana, o algo peor. Tal vez abusando de Sin-derella cuando aún era una niña. Tal vez a mí matándole con mis propias manos.

—Tu padre no mató a tu hermana, Tristan —le espeté, clavándole las uñas en la carne. Delgados hilos de sangre manaron de su antebrazo y me mancharon la cara, pero el guerrero no aflojó su presa—. Fuiste tú, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo, zorra? —abrió desmesuradamente los ojos, mirándome con pupilas de reptil. Su órgano viril colgaba flácido entre mis piernas, y por algún extraño motivo también estaba manchado de sangre.

—Eras tú quien abusaba de ella cuando erais adolescentes —dije, tratando de clavarle cada palabra con la contundencia de un martillazo, con la esperanza de que se olvidara de la presa marcial que ejercía en torno a mi cuello—: Tu padre lo descubrió y casi te mata. Tu hermana no pudo soportar la vergüenza y se suicidó.

—¡Yo la quería! —gritó, y su voz creó ecos en todo el glaciar.

—Claro que la querías. Y le hacías el amor a escondidas entre las flores, ¿verdad? Has logrado olvidado, encerrado en lo más profundo de tu mente, y todos los días de tu vida le echas la culpa a tu padre de lo que ocurrió. Seguro que fue él mismo quien implantó esos candados en tu memoria para que nunca supieras la verdad. Pero me apuesto la vida a que fuiste tú, Tristan —gruñí—. Sólo tú. Tú mataste a Julia.

—¡Cállate! —gritó, haciéndome girar hasta que mi cuerpo quedó boca abajo y mi cara raspó el helado suelo—. ¡Cállate, maldita puta, no sigas hablando!

Me violó durante casi tres minutos, penetrándome con rudeza por detrás mientras aplastaba mi cabeza contra el hielo y con la otra mano me retorció un brazo hasta casi partirlo. Quise llamar a chillidos a Sin-derella o a Grobar, pero los túneles me devolvieron los gemidos tras hacerlos rebotar cruelmente en sus laberintos de resonancia.

Al final, sentí su asqueroso vaho sobre mi nuca, y noté cómo me susurraba:

—Julia... Julia... Te deseo... Yo jamás te haría daño.

Como si fuera una muñeca de trapo, me arrojó al interior de la misma grieta por donde había caído la pistola.

Mausoleos de cristal

El duque Sax desembarcó de la lanzadera ajustándose el abrigo monoclima. Hacía un día ventoso con amenaza de lluvia sobre la sede de los Juegos. En el inmenso recinto rodeado de graderíos, cubierto ahora por la enorme cúpula de cristal de casi cinco kilómetros de diámetro que protegía las pistas, se movían centenares de personas, la mayoría personal de mantenimiento y limpieza. Unos tractores pesados recorrían las hectáreas de hexágonos dinámicos comprobando su respuesta a la presión de las ruedas. Montañas y cañones se alzaban y desplomaban aquí y allá, mientras los técnicos de orografía probaban algunas configuraciones estándar desde el control central. El estadio era tan grande que incluía hasta un dique, donde un par de trasatlánticos amarraban sus cabos dispuestos a presenciar el espectáculo.

El duque se dirigía hacia el control central. Subió a una burbuja suspensora y revisó el contenido de su maletín mientras el vehículo se aproximaba a la Torre Uno, una espiga de mármol de cuarenta pisos en cuya cúspide le esperaba su principal enemigo, el conde Kroiff el Progenitor.

—¡Sax, viejo zorro, cómo has cambiado! —bramo éste desde el extremo opuesto de la sala de mando.

Sax lo abrazó y le dio dos besos, uno en cada mejilla. Kroiff exageraba: apenas había variado su aspecto en los últimos cuatro meses, salvo por el cambio de modisto que se notaba en los pantalones bombachos y el colgante holográfico que ardía sin consumirse en su cuello. Pero el patriarca de la familia de los Temples de Tebas sí había cambiado: Sax lo notó en seguida más delgado y consumido.

—Me cazas enseguida, serpiente del desierto —bromeó—. No se te puede ocultar nada.

Kroiff le acompañó hasta el panel central de mandos. Allí, sentado frente a una veintena de técnicos de sonido e imagen, ante una cúpula reticulada dividida en más de cien pantallas interactivas, estaba el hombre al que ambos debían presentar sus respetos: el jefe de emisiones.

Era costumbre que todas las casas señoriales agasajaran en secreto a tan singular personaje, dueño y señor del tiempo en antena de las victorias de sus muchachos. Kroiff se le había adelantado y ya habría entregado su propio maletín. Sax sólo podía esperar que su oferta fuera mejor.

Una vez concluido el ritual (y comprobado el interés del agasajado por el contenido de ambos maletines), el duque y el aristócrata Xariano de Xar se reunieron a solas en una sala vacía destinada a ruedas de prensa.

—He oído que los Autarcas Edeanos han traído un nuevo juguete —comentó Sax distraídamente, mientras jugueteaba con su colgante holográfico. Si apretaba un

botón, la llama que nunca se apagaba podía cambiar a dos mujeres copulando—. Algo parecido a un androide de combate. ¿Has oído algo sobre eso?

Kroiff atusó su fino bigote espinoso.

—Algo, muy poco para resultar fiable. No es un androide, al parecer, sino un traje onirométrico. Se controla con la mente, mediante las sinfonías vasnaj-sueño.

—¿Han logrado desarrollar esa tecnología? —El duque arqueó en dos medias lunas sus cejas—. Nosotros llevamos años sin conseguido.

—Tampoco nosotros. Habrá que tener mucho cuidado. Ahora mis hijos están investigando, pero el hangar de los Autareas parece una fortaleza.

—Hmm —gruñó Sax, cambiando de tema—: aún tenemos problemas con los suministros de material desde la última vez. Nos hicisteis polvo en la arena.

—En mi casa hemos tenido que curar tantos heridos y coser tantos miembros amputados que todo nuestro ejército parece un collage. Están todos cosidos de la cabeza a los pies.

Sombríos, ambos duques se aproximaron el uno al otro con aire de violencia contenida.

—Prepárate porque esta vez no habrá tregua —advirtió el conde, uniendo las cejas. El duque Sax le pasó una mano por el hombro, y ambos salieron de la sala rumbo a la cantina.

—Ah, Kroiff, mi nuevo ejército te va a sorprender de verdad.

—¿Puedes adelantarme de qué se trata?

—Deja que de eso se encarguen nuestros hijos... Pero te aseguro que esta vez vas a recoger las tripas de tus jugadores con una pala mecánica. Te voy a dejar boquiabierto.

Sus risas se diluyeron en el aséptico ambiente de los pasillos.

El lecho del glaciar corría raudo bajo mis pies.

Me senté y vi manchas de color rojo en la nieve. Mi sangre.

Estuve unos minutos llorando en silencio en la oscuridad, sola, mientras las morrenas se arrastraban contra las entrañas del mundo.

¿Por qué me había dejado hacer aquello? ¿Cómo no lo había visto venir? ¿Acaso no alardeaba tanto de tener un sexto sentido capaz de detectar la maldad incluso tras las fachadas mejor construidas?

Qué desastre. Qué inconsciente y estúpida había sido, dejándome llevar por los sentimientos hacia alguien improntado como yo. Tristan había abusado de mí, pero él creía que lo había hecho con Julia. Estaba loco. No sé qué me enfureció más, si el ultraje de que me violara o que siempre hubiese sido un malnacido capaz de sodomizar a su propia hermana.

¿Lo sabría Sin-derella?

Me puse en pie y examiné la grieta, que conectaba con la franja central del glaciar, el lugar más seguro para evitar ser aplastada por su imparable cinética. Imposible de escalar.

Los demás probablemente se habrían despertado al oír los gritos, pero... ¿qué les habría contado Tristan? Les diría que yo había muerto, que me había visto caer por las fisuras a la franja de desplazamiento.

No estaría muy lejos de la verdad.

Me enfundé en las escasas ropas que me quedaban, una camiseta y pantalones térmicos arrugados, únicos restos del abrigo monoclima. También me deshice del sujetador que Tristan había roto.

Busqué la pistola. No la vi por ninguna parte. Tiritando, me asomé a la grieta para chillar pidiendo socorro, pero antes de proferir un sonido me tapé la boca con una mano temblorosa.

Algo se arrastraba por los pasadizos verticales. Algo grande.

Al principio no pude hacerme una idea exacta de sus dimensiones. Estaba anclado con su seis extremidades peludas a las paredes de la grieta, pero no supe si colgaba cabeza arriba o abajo, si me estaría dando la espalda o apuntándome con su horrible hocico de bestia polar.

Entonces rugió, y subió escalando hasta el nivel superior.

—¡Sin-derella! —chillé, maldiciendo la repentina ronquera que me causaba el ambiente—. ¡Grobar, salid de ahí! ¿Me oís?

La bestia giró lo que parecía una larga oreja peluda hacia mí, pero me ignoró y continuó subiendo. Una luz iluminó la boca del túnel. Vi sombras que la atravesaban corriendo.

Sonreí. Estaban despiertos. Tal vez podrían matar a la bestia antes que...

Hubo un gelomoto. El glaciar entero tembló y se retorció como una serpiente enferma. Caí de espaldas y me agarré aterrorizada a un carámbano.

La morrena se había incrustado en una superficie más dura, y se plegaba como un colchón de piedras tratando de frenar al glaciar, pero la cinética de éste era demasiado potente. Un océano de grietas y estallidos se abrió en las paredes. El suelo tembló y se resquebrajó con un estruendo atronador.

Me agarré con fuerza a una estalagmita, rezando porque aguantara. De repente, una luz clara y potente, difuminada por todo el glaciar, penetró a través de sus paredes. No era una antorcha, ni focos ni hogueras de inusitada potencia. Era la rojiza y candente luz del día.

Recordé lo que el brahmaputra había advertido sobre el desplazamiento del glaciar: su curso y su escasa profundidad de navegación lo lanzarían con fuerza hacia arriba cuando sobrepasase la esquina en ángulo recto del horizonte. Trataría de seguir avanzando y saltaría hacia lo alto. Literalmente, el mundo se le había acabado, y brincaba como una ballena surgiendo del mar.

Estallaron grietas y se abrieron profundas fisuras. Gases y explosiones por todas partes y pedazos que llovían del techo. Si me quedaba allí moriría sin remedio. Agarrándome al suelo hasta con los dientes, avancé hasta el nacimiento del túnel que comunicaba con el nivel superior, que a cada segundo se volvía más y más angosto. No me quedaba otra opción: tenía que arriesgarme a subir por allí, ayudándome de las recién formadas entalladuras, pese al peligro de que en cualquier momento el pasaje pudiera cerrarse y aplastarme como a un insecto.

Desde la desembocadura superior, a unos lejanos veinte o treinta metros, caía una cascada de polvillo de nieve. Vi resplandores de descargas de energía: probablemente el brahmaputra y sus alumnos estarían combatiendo a la bestia.

Anclando las manos en los resbaladizos apoyos, escalé el túnel. Las manos se me estaban poniendo azules, pero apreté los dientes y me rompí las uñas hasta llegar arriba. En el último segundo, un brusco temblor de tierra estuvo a punto de hacerme caer. No habría llegado abajo, ya que casi en el mismo momento en que saqué las piernas del agujero, éste perdió su fuerza estructural y se cerró con un estruendo de masas de hielo fracturadas.

Respiré con alivio, al tiempo que me agachaba para esquivar una descarga láser. Al final del túnel, los Sax combatían contra una bestia peluda de tres metros, con dos piernas y cuatro enormes brazos acabados en garras de la longitud de espadas. Tenía la cabeza incrustada en el pecho, por lo que era de éste de donde surgían los terribles rugidos que casi lograban acallar el estruendo del glaciar.

Grobar estaba acurrucado en una esquina, tratando de manipular los pistilos de control de su Flor de Narcolis, mientras Sin-derella y el cerdo que tenía por hermano trataban de detener a la bestia con sus pistolas de rayos.

El monstruo alzó los brazos para raspar el techo de la gruta, arrancando estalactitas. Sin-derella le alcanzó con una ráfaga concentrada en pleno esternón; el ser se encogió y retrocedió unos pasos. Al verme, Sin vociferó:

—¡Piscis! ¡Gracias a los dioses! ¡Sal de aquí!

—De eso nada —gruñí, sosteniendo la gélida mirada de Tristan, que me descubrió con evidente disgusto—. Tengo una cuenta pendiente con tu hermano. ¡Eh, bestia!

El monstruo se volvió y su mirada me heló la sangre en las venas. Su rostro (si se podía llamar así) consistía en un plexo solar expuesto al aire en torno a un esternón móvil, fracturado en colmillos de veinte centímetros, del que partía hacia sus tripas un asqueroso conducto esofágico rematado por una boca estomacal igualmente dentada. Su rugido me hizo replantearme seriamente mi maniobra de distracción.

Tragué saliva, retrocediendo.

Los hermanos elevaron sus armas y abrieron fuego a la vez contra la criatura. Sendos chorros de haces verdes le golpearon y quemaron su pelaje, pero no cayó.

Abriendo tanto el esternón que por un momento quedaron expuestas todas sus vísceras, el monstruo de las nieves alzó los brazos, estrellándolos contra el techo.

Parte del túnel se desplomó sobre él y los guerreros. Grobar rozó un último pistilo y de repente el glaciar pareció cobrar vida propia, creando un foso en el hielo justo bajo los pies de la bestia. Ésta cayó unos metros, pero se afianzó con las garras.

Comenzó a trepar de nuevo.

Otro pistilo abrió el acceso a una caverna secundaria. Grobar nos hizo señas para que entráramos en la nueva cámara. Sin-derella fue la primera, pero cuando nos cruzamos Tristan y yo en el umbral, nos detuvimos en seco.

—Has sobrevivido —gruñó él.

—Ya conozco tu secreto, amigo —siseé—. Y pronto tu hermana también lo sabrá.

—¡Vamos, no os quedéis ahí parados! —exclamó el brahmaputra, vigilando el agujero. Las manos peludas de la bestia surgieron amenazadoramente de él—. ¡Hay que tratar de alcanzar la superficie!

Tristan sonrió. Pude leer sus intenciones en sus ojos.

—¿Lo matarás también a él? —pregunté, señalando a Grobar, que seguía con cara de pasmo. El joven alzó el arma y me apuntó.

—Si no queda más remedio...

Nos enzarzamos en una lucha cuerpo a cuerpo por la posesión de la pistola. Estábamos tan cerca el uno del otro que Tristan apenas podía maniobrar para ejecutar alguna de sus danzas de combate, pero aún podía emplear alguna llave letal. Para evitarlo recurrí a las técnicas de combate sucio. Él, recordando nuestro baile en el pozo de entrenamiento, instintivamente cubrió su entrepierna alzando un muslo. Pero al hacerlo, durante un breve segundo, dejó al descubierto su cara.

Lo que hice fue escupirle en los ojos. Aprovechando el momento en que viró la cara, le mordí con todas mis fuerzas en la mano del arma, arrancándole un pedazo de carne. Tristan aulló y me golpeó con fuerza. Caí de espaldas, resbalando unos metros y dejando aposta que la inercia del empujón me alejase de él.

Tristan apartó a su maestro del paso con brusquedad. Se paralizó en cuanto vio lo que yo tenía en las manos.

La pistola.

—¿Qué significa esto, Tristan? —berreó el brahmaputra. El joven le prestó la misma atención que a un insecto molesto, y le rompió los chips del cuello de un veloz golpe con el canto de la mano. Me sobresaltó tanto que a punto estuve de dejar caer el arma.

—Eres... un maldito asesino —balbuceé.

—Eso es lo que soy —convino él—. Desde que tengo uso de razón; desde que mi padre me lanzó a un pozo de pelea para que compitiera por la comida con los perros.

—Y desde el momento en que mataste a Julia.

Tristan escupió.

—Es una lástima que vayan a perderse los buenos momentos que hemos pasado juntos, pero tienes que entender que no puedo dejarte salir de aquí con vida, Piscis.

Le encañoné.

—Pues yo no pienso...

No pude acabar la frase. La bestia del hielo saltó fuera del agujero y, furiosa hasta lo indecible, lanzó violentos manotazos contra las Flores de Narcolis, destrozándolas en explosiones de nieve. Luego se volvió hacia mí; rugió con tanta potencia que venteó mi pelo.

Tristan desapareció corriendo por el pasadizo. Le disparé varias ráfagas, pero todas fallaron.

Alcé el arma contra el monstruo, que se me acercó de una enorme zancada lanzando una embestida. Lo esquivé por centímetros, saltando tras una muralla de hielo que hacía sólo tres segundos no estaba allí. La bestia la atravesó quebrándola en mil pedazos.

Alzó los sables para matarme. Le disparé casi toda la carga sobre el abdomen, pero eso no hizo sino enfurecerlo.

En ese momento giré mi cabeza, y a través de las paredes transparentes vi cómo se alzaba sobre nosotros la pared vertical del mundo.

El glaciar embistió muy lentamente el horizonte perpendicular del planeta, inclinado noventa grados respecto a su trayectoria. La cinética acumulada en sus millones de toneladas de hielo en deslizamiento lo partió como cristal. Vi cómo la proa del fenómeno geológico se deshacía en astillas y la enorme plancha del suelo de la planicie se alzaba para crear una pequeña montaña. El glaciar se resquebrajó bajo mi trasero y tuve que saltar a lo que quedaba del pasadizo para evitar que la rimaya inferior me succionara.

La bestia no tuvo tanta suerte: su enorme peso rompió el basamento y se desplomó unos metros. No fue una gran caída, pero el imparable avance de la morrena lateral lo atrapó y comenzó a triturarlo. La bestia aulló mientras sus huesos se partían, pero aún trató de extender sus garras para atraparme.

En un acto de piedad, le apunté justo a la boca del esófago.

—Vamos, amiguito: di ah.

El monstruo abrió su enorme boca para tragarme. A duras penas logré que la descarga centellease hasta el estómago y lo calcinase.

Eso fue lo más que dio de sí la batería; tiré la pistola y escalé túnel arriba a toda velocidad mientras la montaña se iba desmoronando. Fragmentos de hielo caían sobre mi cabeza, el suelo explotaba en polvo de escarcha que me impedía ver a más de dos metros de distancia. Pero continué subiendo, obligando a mis piernas a plantarse agónicamente una delante de la otra, rezando porque aquella pesadilla acabase pronto.

Justo cuando la escasa tibieza carmesí de la estrella que iluminaba Permafrost me encendió el rostro, y una vaharada de aire puro alcanzó mis pulmones, creí escuchar una voz.

Sí, habían sido unas palabras suplicantes. Miré alrededor: a través de un muro de cristal iridiscente, distinguí la figura encorvada del brahmaputra.

—¡Grobar!

La sorpresa fue indescriptible. El hombre tenía el implante del cuello deshecho, la carne amoratada y los ojos desorbitados, pero estaba vivo.

Encontré un enlace hasta su túnel y llegué a tiempo para que su cuerpo herido se desplomara literalmente en mis brazos.

—P... Piscis... —exhaló. Sacudí la cabeza con fuerza.

—¡No, me niego! Ya se me ha muerto demasiada gente en los brazos. No quiero ninguna muerte dramática más, ¿me oyes? Ni frases épicas ni tonterías absurdas de última hora —espeté, con lágrimas en los ojos. Él sonrió.

—Esto es importante, Marion.

A punto estuve de dejarle caer.

—¿Cómo sabes que me llamo Marion?

—Toda experiencia... —Tosió—... con los sueños de Narcolis genera una vis fundamental, un líquido que traduce todas esas vivencias oníricas en alquimia pura.

—El *vasnaj* —murmuré, recordando la vasija que Tristan protegía tan celosamente.

—Eso es... Tú también provocaste una sublimación de sueños tras salvar a Tristan... Una sublim...

A duras penas pudo extraer de su túnica una minúscula petaca de cristal, que no habría podido contener ni una pinta de cerveza saltesiana. Casi me sentí ofendida.

—¿*Esto es mi vasnaj*?

—Ten cuidado con él, porque es muy potente. Puede descubrirte cosas sobre ti misma que jamás habrías deseado saber. —La sangre manchó sus labios—. Me estoy muriendo, Piscis. Es el momento para una... frase épica y definitiva, ¿no es cierto? Es curioso que no la haya preparado hace mucho...

—¡No! No te estoy escuchando —berreé como una niña pequeña—. Estoy pensando en otras cosas, en tonterías de color verde. Tarará. ¿Ves? No te me mueras aún, por lo que más...

El pobre maestro de sueños ya había partido. Lo que quedaba en mis manos, con tanta carne e implantes aún funcionales, no era sino una triste carcasa vacía.

Cerré sus párpados, depositándolo en el suelo lo más solemnemente que pude. Una sombra se proyectó sobre nosotros; por un momento creí que se trataba del monstruo, pero al volverme descubrí al correcto Obbyr, postrado en sincera condolencia hacia su amo.

Me dio mucha pena, pero también una gran idea: destrabé de la manera menos brusca posible el collar biónico que tenía implantado el fallecido brahmaputra, y ordené a través de su emisor al robot que me siguiera. Él interpretó que era su antiguo amo quien le hablaba, y obedeció solícito.

Era posible que aún pudiera sacar algo de provecho de los datos que el brahmaputra había recopilado sobre los gemelos Sax.

En silencio, como si el tímido ruido de mis pasos fuese una ofensa para su tumba errante, me encaminé a la superficie.

12

Shiva en azul

Snuk estaba frenético, loco, rabioso. Puños apretados, sangre en las encías. Los colmillos se le clavaban en la lengua.

Una figura envuelta en una mortaja carmesí le contemplaba desafiante desde la oscuridad.

El demonio había reaparecido. Hacía muchos años desde la última vez, tantos y tan largos que creyó haberle burlado para siempre, pero al doblar aquella esquina...

... Allí estaba, todo fuego y azufre y llagas de gas incandescente. Alto como diez montañas y sin proyectar sombras en el suelo. El demonio tenía forma de mujer, y le miraba desde ojos sin párpados. Le amenazaba con llamas surgidas de las fraguas del infierno. Snuk gritaba, sacudiendo la cabeza, llorando sangre y bilis.

Alzó los brazos al cielo y juró venganza. ¿Por qué? Por nada, sólo por existir: por los llantos de su hermana, por las súplicas que él no supo escuchar.

Su hermana. Su pecado. Su estigma. Su fin.

El demonio subió a un caballo negro blindado. Le persiguió por la llanura. Snuk corrió, saltó, se arrastró. El demonio rugía y masticaba acero entre sus dientes. Snuk lloró.

Tendría que llamar a sus fieles. No podía dejar que el monstruo se alzase de su tumba otra vez, que se hiciera fuerte. Le costó muchísimo esfuerzo y sacrificios derrotarle la primera vez. Shiva, la diosa del infierno, la emperatriz de los condenados, cuyas pupilas son tan azules que dieron celos al dios del mar, y para recordarlas pintó los océanos de ese color. Sí, convocaría a sus tropas para matar al monstruo: cruzada celestial, misión divina. Matar al avatar de Shiva.

(¡Socorro!).

Matar al avatar.

Laberintos de cristal, órganos de esparto. Cavernas corales.

(¡Sangre y acero! ¡Combustible y pistones! Por los dioses, ¿hay alguien ahífuera?).

Matar al monstruo. ¿Matar al monstruo? Matar al monstruo.

(¡Que alguien me ayude!).

Padre...

(Gracias por nada... gracias por nada...).

La genonave de los hermanos Sax había partido cuando llegué a la llanura. *Aquario* esperaba al sur de la planicie, sobre una lámina lisa de hielo sin costuras. Di gracias

porque los seísmos provocados por la embestida del glaciar no hubiesen creado grietas a tanta distancia.

Subí a bordo y metí mi pequeño vasnaj en la nevera, junto al pollo y las raciones liofilizadas. Tomamos altura. Programé el salto interdimensional para regresar a Aeolus, pero no contesté cuando la computadora me solicitó el permiso final.

Estaba pensando en Tristan.

La cena del sueño. Era demasiado raro. ¿Por qué Tristan no se llamaba a sí mismo por su nombre?

Hasta ahora me había parecido un dato sin importancia, pero algo me decía que allí había algo más. Ese cambio de nombre no era un simple detalle ilustrador de lo retorcido de su fantasía: podía encerrar la clave que explicase la complicada arquitectura de la locura del joven.

Pensé con detenimiento unos segundos y recordé otro dato.

El ataque pirata.

Cuando había rescatado a Tristan de la nave cementerio, el brick accidentado en los lagos de Tikos, estaba siendo asaltado por piratas espaciales.

¿O sólo lo parecía? ¿Acaso podrían ser...?

Una descabellada teoría sobre lo que en realidad estaba pasando me rondaba por la cabeza. Todo aquel lío de intrigas familiares...

Mordiéndome el labio, disparé la cuenta atrás hacia el hipérsalto.

¿Por qué Tristan tenía otro nombre para nombrarse a sí mismo?

Seis horas después ingresé en la órbita menor del planeta sede de los Sax. Instantáneamente, supe que algo iba mal. Las lecturas en infrarrojo indicaban un calor extremo emanando de la Residencia del duque. Rápidamente perdí altura y sobrevolé el lugar.

Estaba en llamas.

La genonave yacía incrustada contra la fachada del edificio principal. Los incendios se habían extendido a partir de ahí consumiendo los edificios colindantes, y —lo que constituiría un verdadero desastre para la familia— también los jardines. Densas columnas de humo se filtraban por las claraboyas de los pozos de entrenamiento, convirtiéndose en dos remolinos gemelos tras la punta de mis alas a medida que mi nave las iba atravesando.

Vi gente corriendo, cargando con bártulos. Parecían los clonandroides de la casa, la mayoría con las ropas ardiendo, dejando rastros de humo al moverse.

Era un desastre.

Los hangares estaban destrozados. Un transporte había estallado, consumiendo las reservas de combustible. Aquello no podía ser la consecuencia de un simple incendio: alguien había atacado la casa, alguien que sabía dónde golpear.

Al dar la segunda vuelta, divisé a alguien que corría por el tejado de la mansión. Era Sin-derella.

Me acerqué en vuelo rasante y coloqué la nave junto al edificio. Extendí la rampa de descenso, aproximándome tanto como para que ella pudiera trepar, pero en lugar de hacerlo me hizo señas con los brazos para que descendiera.

Negué con la cabeza desde el puente de mando, a sabiendas de que no podía verme, pero parecía tan histérica que decidí arriesgarme. Ordené a *Aquario* que permaneciese en la vertical de la mansión con todos sus instrumentos alerta, y me ceñí la pistola de rayos al cinto.

—¿Dónde estabas? —preguntó Sin-derella cuando me vio bajar por la rampa—. ¡Ha ocurrido un desastre!

—Ya lo veo. Cálmate y cuéntame lo que ha ocurrido.

—Un grupo de naves extrañas. Surgió de la nada, bombardeando los edificios con descargas de neutrinos. Raptaron a Tristan y al duque. Yo escapé porque me escondí con los perros...

—Escapaste porque a Tristan no le interesas para nada —repliqué—. Estoy segura de que ha sido él quien ha raptado al duque y organizado todo este follón.

—¿Qué estás diciendo, Piscis?

—¿Qué ocurrió con los atacantes tras el bombardeo?

Sin-derella pareció confundida.

—No lo sé... Robaron el Rex y se marcharon.

—¿El Rex?

—La armadura de combate en la que estaba trabajando Tristan. Esperaba tenerla lista para los próximos Juegos, aunque aún no ha sido probada. Es material muy sofisticado; Tristan no dejó que nadie más de la familia participara en el proyecto.

Contemplé impávida los fuegos que consumían los tesoros vegetales de los Sax. El humo de la combustión podía ser nocivo.

Señalé la rampa de descenso de la nave.

—Sube a bordo. Creo que sé dónde se ha llevado tu hermano a tu padre.

Sin-derella obedeció (la alternativa era quedarse a contemplar cómo se consumía toda su vida anterior en volutas de humo tóxico), y al momento estábamos surcando los cielos de Aeolus dejando una estela de impulsión de casi un kilómetro de longitud. Una sensación de peligro apremiante, de opresiva predestinación, crecía en mi estómago mientras calculaba el salto hasta Palladys. Profundizar en los vericuetos de las sórdidas relaciones familiares de los Sax podía llevarme al desastre, era plenamente consciente de ello, pero me sentía tan bien después de liberar los candados de mi mente que...

¿Qué estaba diciendo?

No, no era por eso por lo que quería ayudar a Sin-derella a encontrar a su hermano.

Apreté los dientes, rozando mi entrepierna con la mano. Aún me dolía.

No era por eso.

El radar de largo alcance captó una serie de señales. Un grupo de naves pequeñas y veloces que se disponían a entrar en hipersalto, a un millón escaso de kilómetros por delante nuestro.

—¡Allí están! —exclamó Sin-derella—. Van a cruzar las dimensiones.

—*Aquario*, calcula su punto de inserción y áncrales una baliza. Vamos a perseguirles.

—Esas son las naves que atacaron el palacio. Cazas ligeros sin bandera.

—Los conozco —mascullé, ampliando la imagen en el visor. Parecían murciélagos revoloteando inseguros en torno a una nave de mayor tamaño, posiblemente un carguero. Allí es donde llevarían preso al duque... y donde estaría también su hijo.

Los murciélagos se sumergieron entre las dimensiones. Nosotras les seguimos, manteniéndonos a una prudente distancia. Apenas tardaron tres horas en regresar al espacio normal.

Cuando les alcanzamos me sobrecogí.

Estábamos en medio de una nebulosa esmeralda, cruzada por cometas de colas trenzadas que parecían supurar gemas de color en el vacío, como si se moviesen por un éter plástico y cambiante. De las cabezas de los cometas, perlas de plata que se desgranaban a ojos vista en copos, caían esporas verdeazuladas que permanecían algunos segundos formando coágulos en el gas de la nebulosa, hasta que se deshacían y contribuían a alimentar aquella sopa de gases de inusitada belleza.

Sumergido en el éter esmeralda había un planetoide dragado hasta las entrañas. La minería había consumido tanto su corteza que la mitad de su masa había desaparecido, y ahora presentaba la forma de un tazón agujereado. En su interior sobrevivía un mundo perdido: lagos y bosques de aspecto gris y artificial. Un plato de extrañas fragancias cocinándose en la fragua del vacío.

Nos miramos atónitas. Con suma cautela, ordené a *Aquario* que siguiera a los murciélagos a prudente distancia hacia el interior del tazón.

Las naves lo bordearon y desaparecieron, sumergiéndose en un lago de aguas tan tranquilas que parecía una superficie de cristal. Nos acercamos a él escudándonos tras las montañas.

—Antes dijiste que ya conocías esas naves —dijo Sin-derella en voz baja, como temiendo alertar al enemigo—. ¿Por qué? ¿Dónde las has visto?

—Sobre la órbita de Tikos, hace unos días —aclaré—. Parecen las mismas que derribaron el brick en el que viajaba el cuerpo de tu hermano.

13

Exploración

Nos posamos en una quebrada rodeada de árboles, al abrigo de un collado que parecía una enorme mano de seis dedos. La nave quedó perfectamente cubierta por la alta vegetación, a salvo de miradas indiscretas. Vista la tranquilidad del ambiente (la ausencia de artefactos agresivos o de exploración), decidimos arriesgarnos a bajar para echar un vistazo. Le presté a Sin un traje EVA y me aseguré de que mi pistola estuviera cargada. También recogí unos cuantos explosivos del arsenal.

La gravedad era muy poco habitual: apenas un cuarto de g si te separabas más de un metro de la superficie, pero muy pesada cerca del suelo. Nos costaba levantar los pies para andar, por lo que decidimos mantenemos por encima del metro de altura e ir saltando de roca en árbol, y de árbol en roca. Había atmósfera, pero era irrespirable, por lo que nos colocamos los cascos y pasamos a depender del suministro interno.

La vegetación era densa al nivel del suelo, una alfombra de hierba aplastada que se entrelazaba como las hebras de un tapiz y se extendía en todas direcciones. Los árboles poseían troncos fuertes y nudosos, con forma de cúpula aplastada, de los que surgían tallos débiles pero muy largos que se elevaban hasta casi los treinta metros, explotando en una sinfonía de tonos de gris. Había muchísimas flores en las alturas. Sus pétalos tenían perfiles totalmente aerodinámicos, como las alas de mi nave.

Saltamos sobre las rocas avanzando decenas de metros a cada zancada, hasta rebasar el collado. Al poco, el lago de cristal quedó expuesto.

Una nave murciélago estaba saliendo de sus profundidades.

Sin-derella y yo nos parapetamos, observándola mientras tomaba altura y se alejaba. No reparó en mi nave, posada a tan corta distancia. Unos sustentadores ocultos en las venas de sus alas se iluminaron, impulsándola al espacio.

—Tendremos que sumergimos si queremos averiguar algo —sugerí.

—Estoy de acuerdo —convino Sin-derella. A una señal, nos propulsamos a la vez de un potente salto que nos llevó hasta la linde del lago. Cuando nuestros pies tocaron la tierra, la gravedad nos ancló automáticamente e impidió que siguiésemos rebotando.

Fruñí el ceño, dándome cuenta de algo.

—No sé si vamos a poder nadar aquí. El lago es un plato por efecto de la fuerte gravedad. Tendríamos que arrastramos por el fondo, y tal vez no podamos salir después.

—Puede que sí —dijo Sin-derella, señalando el centro del lago—. Mira allí.

Una circunferencia de más de veinte metros, que delimitaba el lugar por donde la nave había salido a la superficie, aparecía cruzada por pequeñas olas. Leves crestas

de no más de un centímetro de altura, pero que sugerían una menor presión de gravedad.

—¿Gravitadores artificiales?

Los hombros de su traje se encogieron.

—Es posible. Es un túnel de gravedad para que las naves puedan despegar — meditó—. Creo que allá abajo hay algo, y es grande. ¿Te da miedo la oscuridad?

—Un poco, pero no importa. Mantengamos un silencio total de radio, por si acaso. Venga, a la de tres.

Nos sumergimos con cuidado en la zona de alta presión, y fuimos aspiradas hacia dentro. Nuestro pies tocaron barro. Muy lentamente nos desplazamos hacia delante. El lago era grande, pero estaba sucio: era casi imposible ver nada a más de cinco metros.

Poco a poco, caminando más que buceando, nos alejamos de la orilla.

Hacía frío. Sentí algo de miedo mientras vigilaba la oscuridad: cualquier cosa que habitara allí abajo podía surgir de improviso de su guarida para cazarnos. Ni siquiera nos daríamos cuenta hasta que nos faltasen un par de miembros.

Brrr. Sacudí la cabeza, alejando aquellos pensamientos.

Para nuestra sorpresa, la presión de la gravedad se iba haciendo paulatinamente menos agresiva a medida que nos aproximábamos al centro del lago. Sin-derella tenía razón: parecía algún tipo de inductor gravitatorio, maquinaria muy sofisticada. Llegó un momento en que pude separar los pies del fango, y comencé a nadar en horizontal. Mi compañera se pegó a mi costado, y juntas nadamos hacia el centro del lago. La tierra se alejó hacia abajo, desapareciendo de la vista. Pronto tuve muchos metros de agua tanto encima como debajo.

El lago era como una pecera, más amplio en su fondo que en la superficie. Parecía que en realidad me encontraba en un complejo de grandes túneles sumergidos, que sólo de manera esporádica abrían respiraderos hacia la superficie entre la costra de vegetación y rocas. Aquello podía ser inmenso.

Una forma fue definiéndose poco a poco en la penumbra: una sombra de gran extensión delimitada por luces parpadeantes. Luces de posición. Miré a Sin-derella.

Dio un par de brazadas, ganándome unos metros.

Una estación submarina apareció ante nuestros ojos. Tenía un tamaño capaz de albergar varias naves como la mía, y hasta una docena de murciélagos. Varios de éstos flotaban anclados a sus bahías, esperando como peces dormidos. Nadamos en la oscuridad hasta que sorteamos los muelles sumergidos y arribamos a una de las dos torres gemelas que estiraban la cilíndrica construcción hacia arriba, apuntando a la superficie.

Anclada sobre la estación, permanecía estática una nave de mayor tamaño, con la forma de un cigarro y un anillo de impulsores tubulares en torno a su centro. Sin-derella pareció reconocerla, ya que se agitó nerviosa y la señaló con ojos muy abiertos. Yo apunté con el dedo a una esclusa de la estructura principal por la que

surgían chorros de burbujas a intervalos de un minuto. Ella asintió, comprendiendo, y abrió la marcha.

Nos colocamos junto a la salida de gases, y esperamos a que saliera expulsado otro torrente de burbujas. Justo tras extinguirse, succionó una pequeña cantidad de agua: nos dejamos aspirar. Al momento sacamos las cabezas en una burbuja de aire entre grandes tuberías.

Mi traje corroboró que se trataba de gas respirable.

—¡Oxígeno! ¿Por qué oxígeno? ¿Qué demonios es esto? —jadeé, quitándome el casco.

—Una base de los Autarcas Edeanos, otra de las facciones que combaten en la Arena. He reconocido uno de sus destructores.

—¿Y qué hacen aquí?

—Ni idea. Tal vez hemos dado por casualidad con una de sus fábricas secretas de máquinas para la Arena. Mi padre sabía que existían, pero nunca llegó a ver ninguna.

Tosí un par de veces. El agua sabía a metal.

—Pues qué bien. ¿Qué demonios tiene que ver tu hermano con esta gente?

Se notó que la horrible palabra que empezaba por «tra» cruzó fugaz la mente de Sin-derella, pero no dijo nada.

—Sabes que tu hermano mató a Grobar en los laberintos de hielo, ¿no?

No lo sabía. Tristan había esperado a que ella se marchase para empezar a combatir con su antiguo maestro.

—Tu hermano es un asesino —proseguí, muy despacio. Tenía miedo de la reacción de la joven, al fin y al cabo otra asesina entrenada para los juegos de gladiadores desde niña—. Liquidó a...

—¡Sssshh!

Me sobresalté cuando me colocó la mano en la boca, pero al momento yo también lo escuché: las bombas se pusieron de nuevo en marcha y lanzaron gases al exterior. Las dos nos sujetamos fuerte a las tuberías para no ser arrastradas. Cuando le llegó el turno al reflujo aprovechamos para seguir nadando hacia el interior de la estación.

Ésta estaba completamente inundada, incluso en las grandes cámaras interiores. Era una estructura abierta diseñada para hombres peces o robots waldos autopropulsados, como algunos que rebasamos en nuestra exploración. Los pasillos tenían sección romboidal, y estaban cruzados por kilométricas tuberías abarrotadas de nodos de control. Los robots de mantenimiento, lanchas aplastadas impulsadas por hélices con racimos de brazos articulados en su proa, nos ignoraron y continuaron desempeñando sus laboriosas tareas.

Cada minuto que pasaba me intranquilizaba más. ¿Dónde estaban los habitantes de la base? ¿Era acaso una estación completamente automatizada?

En total silencio de radio, seguí a Sin-derella por los pasillos, en busca del control central. No había mapas ni terminales en las paredes que indicasen la posición relativa en un mapa del complejo (si allí sólo había robots era poco probable que los

necesitasen), así que nos hicimos una idea de hacia qué dirección podía estar el edificio central según el sentido de las principales tuberías, y buceamos por los pasillos buscando siempre el norte.

El edificio central resultó ser una gran nave hueca recubierta de andamiajes por los que trepaban grúas araña sobre varias extremidades articuladas. Parecían bastante atareadas: estaban montando una segunda nave tubular como la que esperaba flotando anclada al complejo. Los robots iban construyendo poco a poco su perfil añadiendo piezas a una sección cilíndrica, colocada verticalmente como un árbol de acero.

Las grúas araña se movían con precisión y celeridad por la red de andamios. Vi en ellas algo que me sorprendió: no eran automáticas. Poseían una cabina acristalada que aislaba un volumen de gas del líquido circundante, pero estaban tan lejos y se movían tan rápido que me fue imposible distinguir ninguna silueta en su interior.

Entonces vimos a Tristan.

Conducía un pequeño submarino de cristal en cuya bodega, también transparente, yacía amordazado y atado a una camilla el duque Sax. Contuve a Sin-derella, cuya primera reacción fue tratar de nadar hacia ellos, agarrándola por el brazo. Moviéndonos con suma cautela, nos apostamos tras los andamiajes del techo para observar. El duque parecía estar bien, aunque restos de sangre seca manchaban su frente y su traje. Se retorció intentando liberarse, pero su escasa fuerza no podía vencer la tenacidad de las cuerdas. Su hijo pilotaba el vehículo con total frialdad.

Les seguimos a cierta distancia. La comitiva de Tristan había surgido de una de las naves murciélago, escoltada por dos seres enfundados en trajes de buceo cilíndricos, nada antropomórficos. Al poco tiempo se internó en uno de los túneles que abandonaban el hangar. Sin-derella y yo seguimos su rastro de burbujas, hasta llegar a una zona que contenía un espacio aislado de aire. El submarino de Tristan emergió en el área presurizada; varios robots bípedos le ayudaron a atracar.

Con extremo cuidado, emergí hasta la altura de los ojos y les observé mientras se llevaban al duque. Tristan no abandonó la sala: intercambió unas palabras con los ocupantes de los trajes cilíndricos (éstos no podían desplazarse fuera del agua, así que los waldos los habían colgado de cadenas que surgían del techo) y contempló con orgullo una gran caja de acero. Tecleó unos dígitos en un panel, y la caja se abrió, descubriendo un traje de combate como yo nunca había visto antes: era una armadura de perfil humanoide autopotenciada, de unos dos metros y medio de altura, llena de proyectores de partículas, cañones automáticos y cestos de micromisiles. En cada miembro llevaba garfios, garras y turbinas de propulsión, así como un paquete gemelo de impulsores. Su aspecto estando desconectada era tan amenazador que no quise ni imaginar lo que tal engendro podría parecer en condiciones de plena operatividad.

La hermana de Tristan emergió a mi lado, mordiéndose la lengua. Debía tener unas ganas terribles de saltar fuera del agua como un tiburón demente y estrangular a

su hermano, pero se contenía. En ese momento teníamos pocas posibilidades de salir vivas de aquella estación si nos descubrían.

Tristan palmeó la coraza de su juguete con sincera admiración, y se giró para decirles algo a los edeanos, que colgaban del techo enfundados en sus trajes como bolsas de hidrógeno. De repente, se volvió hacia nosotras.

Nos sumergimos al instante. No sé si nos llegó a ver, pero el corazón comenzó a latir con tal contundencia en mi pecho que temí generar ondas.

Rápidamente, nadamos fuera del recinto, volviendo al pasillo. Ya habíamos visto bastante.

Sin-derella me detuvo con un ademán; varios robots se acercaban hacia nosotras por el pasillo. Miramos nerviosas a nuestro alrededor, buscando cualquier salida por la que cupieran nuestros cuerpos. Localicé de reojo un ramal anexo. Rápidamente nos perdimos por él, accediendo a otra parte del complejo. Ésta era una zona más industrial, llena de tuberías, cisternas y pequeñas unidades de reparación.

Los robots pasaron de largo. Solté el aire de mis pulmones, generando una pequeña nube de burbujas. Aquello no me gustaba nada.

Deseosas de alejarnos lo más posible de la burbuja presurizada, nos adentramos en el laberinto. Cada vez se estrechaba más: no era una arquitectura pensada para facilitar el paso a seres humanos. Me pregunté para qué necesitaban mover aire aquellas grandes turbinas, si los edeanos respiraban hidrógeno y casi toda la base era acuática. Tal vez tuvieran que fabricarse su propia atmósfera, dragando el hidrógeno del agua.

Sin-derella me indicó un ramal angosto, pero la detuve; acababa de hacer un gran descubrimiento: entre un grupo de tubos y una gran caldera, había una burbuja de aire con pinta de ser muy accidental. Nos dirigimos hacia ella y sacamos las cabezas del agua con satisfacción.

—¿Por qué hay oxígeno? —preguntó mi compañera, deshaciéndose del casco.

—No lo sé, pero la presión es la idónea para los seres humanos a esta profundidad —respondí, haciendo lo propio.

—Es lógico. Los edeanos usan a menudo esclavos de especies parecidas a la nuestra, por la facilidad que tenemos para efectuar movimientos prensiles. —Sacudió un pulgar—. Puede que otras regiones del complejo estén secas y mantengan a grupos de seres humanos trabajando.

—Oye, estás azul.

—¿Qué...?

Se miró la nariz, poniendo bizcos los ojos. Yo reí.

—Mentirosa, no estoy azul.

—Pues yo me voy a poner así dentro de un minuto si sigo sumergida.

La burbuja no era muy grande, pero podíamos encajar dentro si nos pegábamos mucho y nos manteníamos encorvadas, así que sacamos nuestros cuerpos del agua.

Hasta que estuve completamente fuera no me di cuenta de lo helados que tenía los miembros.

—¿Y ahora qué hacemos? —tirité.

Sin-derella se bajó la cremallera de su traje para liberar completamente los pechos. Los tenía rojos del rozamiento contra la goma.

—Rezar para que mi hermano no descubra que estamos aquí.

Calor humano

Rala había partido. Se había lanzado al abismo para no volver. La recordaba cayendo y tatuándose en el mármol de su mente. Sí, Rala... Rala y Snuk. Los amantes imposibles. Los deudores del destino. Nada había sido escrito para ellos que fuese cierto, que desafiase a las leyes de lo posible. Ahora él tendría que luchar para proteger lo único que había sobrevivido a la hecatombe: su propio vacío interior.

Snuk examinó la armadura que portaría en la batalla: el Demonio Espinoso. Alto, hermoso, terrorífico... Las espadas que llevaría en sus manos la noche de la gesta conjurarían la muerte para todos sus enemigos. Sus espadas y su látigo, su amor y su odio, los estandartes que mostraría para escribir su gesta en el recuerdo sobre lagunas de sangre.

Los amos de la tecnología estaban allí, hablándole. ¿Qué le decían? Snuk a veces se desconectaba del mundo real, perdiéndose en pensamientos que eran sólo suyos. Pensamientos que escondían verdades supremas.

Los amos y sus misterios tecnológicos, que él llevaría como corazas en la batalla. Sí, honor y gloria. ¿Qué mejor alimento hay para el alma de un soldado?

Ellos le pidieron discreción. ¡Que esperase hasta el momento apropiado antes de desenvainar sus hojas! Qué insensatos. Sí, querían matar a todos sus enemigos, acabar con las gestas... Pero eso a Snuk no le importaba. Por su cabeza sólo pasaba un pensamiento recurrente, una y otra vez: vengar a Rala, matar al demonio que se la había llevado. Matar a Shiva y a sus huestes del infierno, una hazaña que ningún otro hombre sería capaz de igualar.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Los amos le condujeron al lugar donde se fraguaban sus misterios, las poderosas armas que él usaría. Allí le enseñaron a sostener las espadas, a mantenerlas en equilibrio, a balancearlas con letal precisión hacia los cuellos de sus enemigos. Snuk era buen aprendiz. El mundo acuático no se parecía al entorno seco donde se celebraría la prueba, pero sus máquinas apenas lo notaron.

Le hicieron practicar contra blancos armados, y se deshizo de todos sin dilación. Luego le mostraron blancos vivos desarmados: mujeres, niños y ancianos. Él no dudó: los exterminó sin piedad, buscando en las lágrimas de cada mujer las de su amada Rala, sin encontrar más que desprecio y odio.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Snuk, con el amanecer de fondo. Imagen gloriosa, zarpas de titanio. Sangre por todas partes, pero muchísima menos que la que habría de derramarse en breve.

Una y...

Los pechos de Sin-derella eran generosos y estaban marcados con innumerables cicatrices. Con la carne de gallina, se arremangó el traje EVA hasta la cintura, descubriendo todo el torso, y se acercó a mí. Con suavidad, me bajó la cremallera del traje.

—¿Qué haces? —pregunté. Ella sonrió.

—Tranquila, nada que no quieras que te haga. Es mejor que te deshagas de esto antes de que enfermes de neumonía. Podemos calentarnos juntas.

Asentí, recordando la batería térmica del traje. Alimentaba la minicomputadora y las funciones de regulación automáticas, pero colocada en modo de dispersión, expulsaba calor como un calentador de llama. Nos deshicimos de los trajes completos, los estrujamos y anudamos para que perdieran toda el agua, y conecté la pila dirigiendo el calor hacia ellos. Tirité (sólo llevaba puestas unas braguitas), y Sin-derella me abrazó. Nos tumbamos lo más cerca que pudimos de la llama electrónica.

—Ya lo sabía —susurró.

—¿El qué?

—Lo de Tristan. Sé lo que le hizo a su verdadera hermana.

Me incorporé sobre un brazo.

—¿Desde cuándo?

Sin-derella resopló, perdiendo la vista en las sombras.

—Años atrás... no sabría precisar. Tristan habla durante los sueños de Narcolis.

—Habla en sueños...

—Sí, y dice muchas cosas. A veces —confesó en voz baja—, cuando estamos juntos en las Flores, él se duerme primero, y grita cosas. Habla de hechos terribles que no retiene cuando despierta, recuerdos que luego confunde con sueños. Pero su mente lo sabe: hay ciertas cosas que es mejor mantener enterradas.

Arqueé las cejas.

—¿Tu padre te ha hablado alguna vez de esto?

—¿A mí? —Se echó el pelo hacia atrás—. No. Son asuntos que prefiere ignorar, esperando neciamente que desaparezcan con el tiempo. Él puso los candados a la mente de Tristan para tratar de mantenerle cuerdo, pero no creo que haya funcionado. Creo que la rabia que siente es tan grande, tan... incontrolable, que será capaz de romper cualquier barrera. Por eso yo no quería que viniésemos a visitar las Flores otra vez. Me daba miedo que pudiera ocurrir lo que... —Rió sin ganas, aspirando las palabras—. ¡Lo que de hecho ha ocurrido! Es gracioso.

—No, es trágico. ¿Sabes que me violó en el glaciar?

Los ojos de Sin-derella se enternecieron.

—Oh, pobre niña...

—Tranquila, con mi pasado creo que no hay nada que puedan hacerme que sea capaz ya de dejar ninguna huella. Mi corazón debe haberse vuelto una lámina de

alquitrán negro.

—¿Estás segura? —Me acarició la mejilla.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué has venido hasta aquí?

Iba a decir algo, pero las palabras no salieron. Medité en la semioscuridad. La llama electrónica apenas despedía calor en nuestra dirección.

—¿Tanto se nota?

Sin-derella sonrió.

—Debemos detenerle a toda costa —dijo, endureciendo la voz—. No puedo dejar que se derrumbe ante su locura, o nos matará a todos. Sólo los dioses saben lo que le habrá hecho ya a nuestro padre.

—Estoy de acuerdo. Antes me dijiste que esto era una base de los edeones.

—Edeanos. Autarcas Edeanos, otra de las facciones que combaten por los favores del consorcio Xariano de Xar.

—Eso. ¿Qué crees que hace tu hermano con esta gente?

Sin-derella me abrazó con más fuerza. Sus pechos se apretaron contra los míos.

—Es evidente que nos ha traicionado. La pregunta es por qué. Los edeanos siempre han odiado los juegos y a los palladystas. No me extrañaría ver aquí una maniobra radical para acabar con las demás facciones de un solo golpe.

—¿Tienen poder para hacer eso?

—Tienen tecnología, pero son cobardes. Jamás se han arriesgado a hacer nada que pusiera en entredicho su respeto por las reglas del juego. Podrían ser los enemigos más terribles de la Arena, de no ser porque aún no han encontrado a nadie que...

Enmudeció, sosteniendo mi mirada unos tensos segundos.

—... que estuviera tan loco como para usar sus máquinas a su máximo nivel de destrucción, ¿verdad? —completé.

—Por todos los dioses... Tristan...

—Snuk.

—¿Qué?

Cambié de posición para que no se me durmiera el brazo sobre el que estaba apoyada.

—Tristan tiene otro nombre para llamarse a sí mismo durante los sueños de Narcolis. Creo que es su verdadera personalidad, o como mínimo la que ha quedado razonablemente intacta tras liberar los candados de su cerebro. Creo que Snuk es el nombre de su locura.

—No puedo creerlo... —La sombra de una lágrima perló sus ojos—. Tristan, ¿qué has hecho?

—Cálmate. Haremos lo posible para rescatarle, o para... ya sabes... si pone en peligro las vidas de la gente que asista a los próximos Juegos. ¿Cuándo dan comienzo?

—Dentro de tres días, en la capital de Palladys —informó, alarmada—. Tienen un circo de kilómetros de diámetro, con espacio para millones de personas. Y ésta edición de los Juegos ha levantado mucha expectación porque dirimirá los enfrentamientos políticos entre las facciones. Será un lleno absoluto.

—Le detendremos —prometí—. Pero primero hay que salir de aquí. Debemos reclutar refuerzos.

—Eso es imposible. —Sus hombros perdieron parte de su rectitud—. Ahora la invencible casa de los Sax ya no existe.

—No me refería a los Sax —afilé los ojos—. Los edeanos ésos tienen enemigos, ¿verdad? Me refiero a enemigos en la Arena.

Sin-derella escondió el labio, pensando.

—Sí, los Temples de Tebas. Pero son nuestros adversarios también. No nos recibirán con agrado.

—Si la locura de Tristan es tan irracional como imagino, ellos también están en serio peligro. Creo que deberíamos arriesgarnos a contactar con sus jefes y establecer un plan para el día de la confrontación. Si es que no se puede anular.

Mi compañera alzó una ceja.

—¿Con todo el dinero que genera? Si hay un baño de sangre en la Arena provocado por Tristan la audiencia en todos los mundos no hará más que subir. Olvídate de las cancelaciones. Lucharemos, pase lo que pase.

—¿Y tu padre?

—Ya no creo que podamos rescatarle. Si Tristan ha intuido que estamos aquí habrá doblado las guardias. De todas formas, no creo que le mate. Querrá que vea la confrontación en la Arena.

—Entiendo. Pues si estás dispuesta...

Sin-derella lo pensó con calma un minuto, pero al fin y al cabo, tal como yo suponía, era una mujer guerrera de la cabeza a los pies. Me besó con fuerza en los labios, manchándolos de su saliva, y dijo con una sonrisa cruel y animada:

—Vamos a demostrarles que los Sax lo hacemos todo a lo grande, hasta extinguimos.

15

Tebas

Tardamos veinticinco minutos en abandonar la estación cruzando el procesador atmosférico. Una vez en el exterior, notamos más vigilancia: Tristan no había dado la alarma (seguramente habría intuido que algo iba mal, pero aún no sabía qué), pero los edeanos habían reforzado las patrullas.

Esperamos diez minutos más, comprobando las trayectorias de los minisubmarinos, y casi al límite de nuestra reserva de aire nos lanzamos a nadar frenéticamente hacia la linde de la zona de gravedad compensada. Era muy probable que los aparatos de vigilancia no nos siguieran hasta allí.

La alcanzamos sin que nadie advirtiera nuestra presencia. La inusual fuerza de atracción del planetoide nos succionó hasta enterrar nuestras piernas en el fango. Nos arrastramos con pies y manos, escalando penosamente el talud del lago, luchando contra rocas sueltas y alfombras de algas aplastadas durante lo que pareció una eternidad, hasta que sin darme cuenta estuve con la cabeza fuera del agua.

Ayudé a Sin-derella a salir. Juntas nos subimos a una roca. El tirón gravitatorio desapareció, y mis piernas lo agradecieron. Al contacto con el aire, se produjo un fenómeno curioso: el agua del fondo del lago, que empapaba por completo la capa externa de nuestros trajes, reaccionó con algún gas y se tiñó de un color turquesa muy oscuro, semejante al rojo de la hemoglobina. Con el antebrazo, me limpié la visera para poder ver.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —urgí. Desandamos el camino saltando de roca en roca hasta mi nave. Estaba donde la dejé, con los motores preparados para partir de inmediato.

Nada más embarcar, *Aquario* comenzó con el ciclo de despegue. Entrar había sido fácil, pero ahora que los edeanos tenían la mosca detrás de la oreja no nos dejarían salir por las buenas. Me senté en el diván del piloto y controlé la vigilancia pasiva.

—*Estoy captando fluctuaciones en el cono de compensación gravitatoria del lago. Están creando un túnel amplio hasta la superficie* —anunció *Aquario*.

—Mierda, nos han descubierto. Átate bien los cinturones —sugerí a mi compañera—. Esto va a ser bastante movido.

Prescindimos de la discreción y salimos disparadas hacia arriba con un potente impulso cuántico. Mis máquinas Kerambeón brillaron como dos soles gemelos y nos incrustaron en los asientos al lanzar con fuerza la nave al espacio. En el plexiglás de observación, el mundo tazón se hizo pequeño a ojos vista.

Al menos una docena de naves murciélago comenzaron a revolotear en torno al planetoide como avispas nerviosas, sin posibilidad de alcanzarnos. Pese a su

velocidad y amplia capacidad de maniobra, no eran rivales para la potencia de mis máquinas.

Celebrando nuestra superioridad tecnológica, incluso me permití ejecutar un elegante tonel invertido en torno a uno de los cometas que circundaban la nebulosa. Las avispas revolotearon enojadas en el radar de largo alcance, impotentes. Incluso nos lanzaron algunos haces de rayos, pero los esquivamos sin esfuerzo, zigzagueando entre la nube de escoria apelmazada de la cabellera.

—¿Y ahora?

—Éstas son las coordenadas del mundo madre de los Temples —dijo Sin-derella, buscando una ruta en el navegador—. Está a apenas una hora de hipersalto desde aquí. Pero debemos asegurarnos de que esos malnacidos no nos anclen ninguna baliza.

—Tranquila, daremos un pequeño rodeo.

Programé un curso alternativo hacia el punto que había marcado Sin-derella, haciendo dos paradas aleatorias en distintas direcciones, una de ellas muy cercana a un cuasar caliente. Cualquier sonda que los edeanos nos lanzasen quedaría automáticamente desactivada por los campos de alta energía del fenómeno. El viaje se retrasaría al menos dos horas más, pero nos aseguraríamos de burlar su vigilancia.

—Espero que estés segura de esto —tanteé. Sin-derella respondió con convicción:

—Nos ayudarán: ellos también están en peligro. Pero debemos ofrecerles algo, una estrategia o alguna idea que puedan considerar, no ir de vacío. Tenemos que pensar en una forma de engañar a Tristan, hacerle creer que no vamos a interponernos en sus planes.

—He estado pensando sobre eso —dije, señalando una pantalla anexa donde se veía una imagen en blanco y negro de la bodega de mi nave—. Se me han ocurrido algunas ideas bastante raras. Creo que hasta tengo un plan, pero aún no estoy muy segura.

En la bodega, Obbyr, el robot que había pertenecido al brahmaputra, sostenía el collar de circuitos de Grobar en sus brazos creyendo que era su antiguo amo.

Tras una peligrosa singladura entre dimensiones, arribamos a nuestro destino, el mundo de los Temples. Estaba segura de que se entristecerían mucho al saber que sus principales contrincantes habían perecido por causas ajenas a la Arena.

Tebas era un erial, un mundo desolado cubierto por enormes desiertos de roca tan planos que se hacía muy difícil medir la distancia hasta el horizonte. En cuanto penetramos en su atmósfera, un satélite de vigilancia nos detectó y encañonó con sus proyectores de partículas de largo alcance. En mi visor apareció el duro rostro de un templario, con el pelo rapado y las orejas sustituidas quirúrgicamente por dos semiesferas plateadas.

—Atención, astronave no catalogada: se está aproximando a un espacio aéreo restringido. Identifíquese —exigió. Rápidamente le facilité el número de comerciante libre de mi nave, presentando todos los papeles de los que disponía.

—¿Un comerciante? —dudó—. No nos había sido notificada la llegada de ninguno desde los mundos de la Sílfide. ¿Qué vienen a hacer aquí?

—Eh... pedimos permiso para aterrizar. Necesitamos comprar algunas piezas de repuesto para nuestra computadora —alegué, cruzando los dedos. El hombre no pareció muy convencido:

—No vendemos repuestos a los visitantes. Márchense inmediatamente.

Sin-derella se inclinó sobre la pantalla.

—Deseamos ver urgentemente a algún representante de la Casa de los Temples, para discutir un asunto de la mayor trascendencia —demandó con voz autoritaria—. Transmita este mensaje de inmediato y vuelva a comunicar con nosotras en cuanto disponga de la respuesta.

El templario pareció turbado.

—¿Quién hace la petición?

—Dígale a ese zorro de Senecam el Mediano que su vieja amiga Sin-derella, de la familia Sax, viaja en este transporte y desea verle. Solicito audiencia inmediata por motivos de alto secreto.

Miré a mi compañera con estupor, pero ella parecía tranquila. Fuera del ángulo del visor, me hizo un gesto de paciencia con la mano.

—No te inquietes —susurró—. Conozco a Senecam: es un hombre muy curioso. Picará.

—¿Cómo sabes que no te... nos matará, nada más vemos?

—Digamos que fuimos algo parecido a amantes en otra época. Creo que aún está enamorado de mí... o eso espero, por nuestro bien.

Al minuto, el azorado técnico, tras consultar con sus superiores, nos concedió permiso para entrar en su espacio aéreo.

—Les envió un vector de aproximación —anunció—. Su alteza Senecam el Mediano les espera en la Casa Consistorial.

Sin-derella bufó ante la mención del tratamiento, pero se limitó a reclinarsse en el diván, dejando que yo guiase la nave hasta la sede de sus enemigos.

El palacio de los Temples distaba mucho de ser tan atractivo como la mansión de los Sax. Era una plataforma circular hecha de metal de unos tres kilómetros cuadrados de superficie, enclavada en mitad del desierto y plagada de hangares, torres afiladas coronadas por antenas, enormes chimeneas de las que manaba un humo muy denso y oscuro, y garajes para vehículos pesados. Al sobrevolarla vi cientos de pequeñas figuras que se movían con prisa de un lado a otro, camiones que salían del complejo

arrastrando hermosas cabelleras de humo por la planicie, y muchas baterías automáticas de rayos apuntando a mi panza.

El edificio central parecía más una refinería que un palacio. Negruzco y feo, tenía más chimeneas que los barrios de casuchas que lo rodeaban. Se veían por doquier talleres provistos de saeteras medievales en los muros dentados. El frontispicio de la fachada era una enorme cara humana esculpida en una singular arquitectura de tuberías industriales y sólidos contrafuertes, con la boca abierta en un rictus de rabia o de triunfo. Justo en su maxilar se abría una pista de aterrizaje para naves de mediano tamaño, rodeada de soldados. Tomé tierra justo en su centro, bajo una hilera de almenas invertidas que hacían las veces de enormes dientes.

Senecam el Mediano nos esperaba en su peculiar sala del trono, que de no ser por los tapices se habría confundido con un búnker. Sus hombres nos revisaron con todos los tipos de escáneres de seguridad imaginables, y nos condujeron a aquella estancia, el corazón de la fortaleza. Senecam resultó ser un hombre poco agraciado, atlético y de cabeza tan afeitada como sus peligrosos súbditos. Vestía una armadura que parecía el resultado de coser una coraza a un uniforme de piloto de carreras.

Y no parecía muy contento de vernos.

—Sin-derella de los Sax —murmuró desconfiado—. Hacia mucho que no te veía por aquí.

La joven hizo una reverencia.

—Yo también te he echado de menos, aunque no te conocía bajo tu faceta de alteza. ¿Qué es, imperial o monárquica?

—No te rías de mí, Sin-derella, no estás en disposición de hacerlo —tronó el cabecilla—. Ve al grano, por favor. ¿Por qué te has arriesgado a venir aquí? Sabes que los contactos entre las familias en las vísperas de los Juegos están prohibidos.

—Senecam, supongo que conoces la tragedia que ha sacudido a mi familia. Nos han dado duro esta vez.

El hombre asintió, entrelazando los dedos de ambas manos bajo su mandíbula.

—Un desastre. ¿Ya sabéis quiénes son los culpables?

—Los Autarcas Edeanos. Están preparando algo verdaderamente salvaje para esta edición de los Juegos. Algo que nos pone en peligro a todos.

—Tonterías —bufó—. Los edeanos son demasiado cobardes para eso. No tienen a ningún campeón que se la juegue por ellos.

—Han encontrado uno —afirmó Sin, y su voz era tan fría y áspera como el roce del glaciador en Permafrost. Sentí una repentina lástima hacia ella.

Durante la siguiente media hora explicamos al caudillo lo que había ocurrido en la Residencia de los Sax y nuestras impresiones sobre Tristan. Sin-derella deslizó con absoluta naturalidad algunas mentiras deliberadas en su exposición, que yo no rebatí.

Senecam meditó sobre todo ello durante otra hora más, haciéndonos muchas preguntas y convocando a sus expertos en inteligencia para que confirmaran o rebatieran nuestras respuestas. Al final, cuando el hambre atenazaba mi estómago

hasta extremos dolorosos (creo que no había comido nada en las últimas veinte horas), nos dio permiso para usar sus baños y su comedor privado, y se retiró en compañía de sus generales a planear una estrategia.

Minutos después, mientras Sin-derella y yo nos duchábamos en cubículos anexos, me habló de su antigua relación con el caudillo de los Temples.

—Fuimos amantes durante la niñez. Yo nací aquí, en Tebaso. Él me cortejaba cuando teníamos doce años.

Eso me sorprendió.

—¿Eres templaria de nacimiento? ¿Cómo llegaste a formar parte de la familia del duque, entonces?

—Digamos que es una larguísima y aburridísima historia. La familia de los Sax procede de una rama disgregada de los Temples. El duque también pasó su infancia entre las refinerías de esta fortaleza.

Parpadeé. No podía creerlo.

—¿Me estás tomando el pelo?

La cortina de mi cubículo se descorrió. Ella apareció desnuda en el umbral, secándose con una toalla.

—Por desgracia no. El duque debería haber ocupado la escala mayor en el linaje de la familia a fuerza de liquidar al subsiguiente hermano, pero no estaba de acuerdo con esa manera de hacer las cosas. Así que se independizó llevándose a sus dos hijos con él. Cuando Julia murió, me adoptó a mí. Si la descendencia no es pareja la estirpe se desvirtúa; cosas de la tradición.

—Entiendo. Así que Julia era hija ilegítima del duque... Claro. Ya me parecía que era demasiado joven como para haber nacido antes de la escisión.

—En cierto modo habría sido preferible, pero como para cuando ella nació nuestra familia ya se había declarado independiente, su abolengo estaba fuera de duda.

Me dio la espalda, inclinándose casi noventa grados para secarse bien el pelo. Yo miré sus nalgas y el vello que rodeaba su sexo, y sentí un cosquilleo que me nacía en el bajo vientre y subía escalando por la espalda.

—Oye, Sin-derella —murmuré, acercándome a ella.

—¿Sí? —dijo sin levantarse. Coloqué una mano sobre su espalda.

—Cuando estábamos en la estación submarina de los edeanos y me dijiste que no me harías nada que en ese momento no quisiera...

—¿Ajá?

Me incliné hasta acoplarme a su pelvis. A continuación deposité un suave beso en su columna.

Mis manos exploraron el contorno de sus caderas y subieron hasta rozar sus pechos.

—Pues sí quería.

Ella se incorporó, acarició mi cabello chorreante de agua de la ducha, y nuestras bocas se unieron en un beso.

Preparativos para la batalla

El techo era una bóveda hueca rellena de hologramas que flotaban como nubes. Allí arriba estaba representada la Arena de Palladys, su orografía potencial llena de montañas que podían nacer de la nada como géiseres de cemento, con la distribución de sus ejércitos. Las diferentes escuadras y sus vehículos aparecían en vivos colores, sus estrategias habituales y áreas de influencia delimitadas por grandes círculos amarillos. Sobre las posiciones estimadas para los edeanos parpadeaban numerosas señales de precaución.

Las marcas de los Sax habían desaparecido del esquema.

Senecam el Mediano nos condujo a su sala de guerra una vez hubimos comido. Nos había obsequiado con un succulento almuerzo servido a la manera de Tebas, sobre pequeñas mantas enrolladas sobre el suelo. Una vez mi espalda se acostumbró al peculiar protocolo, me dejé llevar por la gula y disfruté cada bocado de algo que parecía un pavo con tres cabezas, cada una aliñada de diferente manera. Presupuse que a Senecam le convenía mucho que nos tomásemos nuestro tiempo en disfrutar de su hospitalidad: así podría confirmar nuestras nuevas con su red de espías.

Cuando entramos en la Sala de Guerra, con todos aquellos maestros de batalla y hologramas tácticos flotando en el techo, mis sospechas se confirmaron. Los Temples habían constatado la derrota total de la familia Sax, así que nuestra presencia no constituía ningún peligro. En la mirada de Sin-derella adiviné que, en cualquier otra circunstancia, habría dado lo que fuese por entrar en aquella habitación y contemplar los planes de batalla de sus enemigos. Ahora casi resultaba ofensivo lo poco que importaba.

Senecam se dirigió al centro de la sala y saludó a su hermano menor, Ayrem. Enseguida capté la tensión entre Sin-derella y él, e imaginé el porqué: Senecam era a todos los efectos un político, un administrador. Su trabajo estaba relacionado con la Arena pero no consistía en luchar en ella, sino en el complejo laberinto legal que la rodeaba. Pero Ayrem sí que se habría enfrentado directamente con la hija del duque Sax en los lagos de sangre, y posiblemente hubiesen visto cómo cada uno mataba a buenos amigos del otro.

—Hola, Ayrem. Apuesto a que jamás habrías imaginado que llegaría el día en que me verías entrar aquí —saludó Sin-derella. El joven tardó unos segundos en contestar.

—Lamento lo de tu familia, Sin. Nunca quise que esto terminase así. Preferiría haberte matado mil veces con mis propias manos en la Arena antes que verte degradada de esta forma.

La aludida podía haberse tomado ese comentario de muchas formas. Optó por:

—Gracias, Ayrem. Es todo un cumplido.

—Estos son estudios de los últimos veinte combates en la Arena —terció Senecam, llamando nuestra atención sobre los hologramas—. Podemos ver que los edeanos no sólo no han desarrollado nuevas tácticas de ataque, sino que copian las nuestras y las alteran sutilmente para adecuarlas a sus tropas. No parecen haber encontrado ninguna varita mágica que les insufla el más mínimo ápice de creatividad. Yo diría que hasta se han vuelto más cobardes. —Torció el gesto. Sin-derella se adelantó y contempló largamente los holos, con ojos de estratega. Luego negó con la cabeza.

—Ahí es donde está tu error, Senecam. Los edeanos sólo estaban esperando que apareciera alguien tan loco y peligroso como mi hermano para desatar todo su poder de manera creativa. Estos próximos Juegos van a ser diferentes a cualquier otra edición que hayamos visto antes, te lo aseguro. La demencia de Tristan ha llegado demasiado lejos. Nadie estará a salvo, ni siquiera su propia familia.

Ese último comentario disipó todas las dudas del líder de los Temples.

—Está bien —concedió, taciturno—. Cuéntenos tu plan.

Sin-derella me miró. Yo tragué saliva y avancé un paso.

—Alteza, me temo que las cosas son más complejas de lo que imagináis —resumí—. Gracias a las sinfonías de vasnaj-sueño, he estado dentro de la psique de Tristan y he visto cosas terribles. Pero precisamente por eso creo que podemos vencerle. Tenemos algo en nuestro poder, un arma tan letal como cualquiera de las que usáis habitualmente en la Arena, y que él desconoce.

—¿Y cuál es?

Saqué del bolsillo de mi traje la pequeña redoma de vasnaj que Grobar me había dado en el glaciario con mis propias impresiones oníricas.

—Esto fue grabado mientras iba a rescatar a Tristan de su pesadilla. Son mis sueños, pero los de él están reflejados como en un espejo. Yo los vi, y aquí están mis recuerdos. Creo que podríamos usarlos en su contra.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso? —se interesó Ayrem, algo despectivo. Estaba claro que mi opinión no le merecía mucha confianza.

—Sintetizando vasnaj artificial. Tomando como guía éste y preparándolo para que afecte al cerebro de Tristan.

—¡Eso es imposible!

—No, es muy sencillo: yo no tengo ni idea de cómo hacerla, pero tenemos a alguien que sí sabe.

En ese momento entró en la sala un personaje metalizado y de andar torpe, que acunaba en sus brazos un disco de metal tatuado de circuitos. Era Obbyr, el criado robot del difunto Grobar. Caminó hacia nosotros canturreando suavemente mientras acariciaba los circuitos:

—Amo duerme. Amo está tranquilo. Obbyr esperará a que despierte. Amo duerme...

Snuk supuraba. Su piel chorreaba pus y se abría en mil heridas candentes. El dolor que se estaba autoinfligiendo era monstruoso, inhumano, desgarrador. Pero no le importaba: era el precio que tenía que pagar por dejar atrás su vida anterior, sus sueños inútiles y su carne mortal, para trascender a algo superior, a un nuevo estadio que le acercaría aún más a la idea perfecta de la divinidad guerrera. Snuk dejaba atrás los placeres y debilidades de la carne, que habían hecho astillas su corazón, y se convertía en el Segador, la armadura de los dioses, la guadaña de lo inevitable.

Sus amos le hacían daño, le arrancaban la piel a tiras, la sustituían por trozos de plástico articulado. Él aullaba de dolor, pero sus torturadores, los maestros de la carne mecánica, sabían que era simplemente una reacción implícita a su condición humana: él no tenía la culpa.

Pronto todo eso quedaría atrás, la carne dejaría de tener sentido físico. Sería perfecto y maravilloso: el epítome de la precisa belleza de la funcionalidad.

Snuk gritaba.

—Éstos son nuestros cuerpos de élite: los camiones vampiro, pilotados por nuestros mejores hombres y armados con lo último en cañones láser. Sus defensas dentadas pueden triturar un cuerpo humano en tres segundos cronometrados. Luego absorbemos todos los fluidos resultantes y los refinamos en el propio camión para fabricar combustible que lo mueva. Podríamos decir que hemos incorporado una característica de los seres vivos al diseño de estas máquinas.

—¿Cuál?

—El hambre.

Ayrem nos hizo de guía por sus talleres, ocultos entre las refinerías de su fortaleza. Paseamos entre tuberías ennegrecidas por los humos de los escapes, sorteamos fosos de reparaciones y cañerías engrasadas. Las chimeneas expulsaban llamas al cielo en estertores explosivos de pocos segundos.

—Poseemos las mejores compañías de vehículos de la Arena. Camiones vampiro, motos blindadas, vagones-tanque multipropósito, cañones de agujas y lanzallamas autónomos, estaciones de mando montadas sobre orugas, baterías araña... Y nuestro último invento —señaló orgulloso al interior de un taller protegido—: barrenas acorazadas móviles.

Vimos a unos operarios poner a punto un horrible vehículo que parecía un cilindro enorme, preparado para avanzar perpendicularmente a su eje, rodando y aplastando con sus cientos de espolones afilados todo lo que se interpusiera en su camino. Un sistema giroscópico mantenía la cabina del piloto permanentemente horizontal mientras el resto del aparato giraba a su alrededor convertido en un mazo gigante.

Sin-derella contemplaba todo aquello con satisfacción y algo de añoranza. A mí me parecía el lugar más horrible que había visto desde hacía mucho tiempo: el caos y la muerte se respiraban en el aire. Por doquier, destellos de tests de armamento iluminaban el desierto.

—¿Habéis mejorado vuestros escuadrones motorizados? —tanteó Sin-derella. Ayrem nos condujo a una pista de pruebas, una explanada de tierra horadada por zanjas llenas de chatarra y restos de vehículos destrozados. En el interior de la nube de polvo que la cubría se apreciaban destellos de llamas expulsadas por los escapes de boogies blindados.

—Hemos estado trabajando en la aerodinámica del fuselaje. Incorporamos espolones de triceratops y dientes despellejadores en las ruedas. Acercarse ahora a menos de dos metros a una de estas máquinas es comprar un boleto para la lotería del infierno.

—Estáis muy seguros de vuestras fuerzas —observé. El templario agarró el extremo de un brazo soldador automático y se encendió un puro que parecía hecho de gasolina prensada.

—Somos los mejores. Siempre lo hemos sido... aun cuando la familia Sax estaba todavía en liza. —Miró a Sin-derella—. Tenemos más victorias computadas que vosotros.

—Eso es cierto —admitió la joven, circunspecta. Ayrem exhaló un aro de humo muy negro.

—Esta vez no será diferente —continuó el templario—. Vamos a darles tal lección a las otras facciones que desearán no haber oído hablar en sus jodidas vidas de la Arena de Palladys. Creedme, lo de dentro de dos días va a ser realmente espectacular.

Todos los sistemas funcionaban a la perfección. Snuk levantó las espadas que tenía por brazos y descargó potentes golpes contra las paredes de granito, que saltaron por los aires. Sus manos se abrieron y de su antebrazo surgieron racimos de cuchillas giratorias que pulverizaron la gravilla. Potentes tensores de titanio laminado se contrajeron como músculos cromados bajo su piel, moviendo sus miembros con letal precisión.

Tuvo que acostumbrarse a un centro de gravedad desplazado. Su nuevo cuerpo biomecánico medía casi tres metros de altura por dos de ancho, y era difícil de mover incluso con los actuadores de potencia. Pero era hermoso; Snuk se miraba a sí mismo regodeándose en su vanidad. Sí, hermoso: alas de acero, reflejos de cromo, aleaciones mezcladas con sangre.

Alzó el cañón principal y abrió fuego contra un grupo de tanques acorazados. El propio disparo sonó como una explosión: el proyectil rompió la barrera del sonido dentro del cañón y atravesó casi intacto los dos primeros vehículos. Al tocar el

tercero, su aleación de uranio empobrecido degeneró hasta un isótopo inestable y reaccionó con la cinética del impacto, liberando luz y energía.

El tanque voló por los aires cabalgando una columna de polvo y metralla de cien metros de altura. El fogonazo pudo verse a un kilómetro de distancia.

Snuk asintió, contento.

Recordó a su padre. Y a Julia. Su mente perturbada los proyectó como fantasmas en el aire, figuras translúcidas vestidas de nubes. Su padre le contemplaba con severidad desde su trono de culpas y deberes. Su hermana se contoneaba como una ramera y le ofrecía sus pechos y su sexo en tributo, cercenándose los con la pasión de los mártires.

Sí, ella sabía lo que él necesitaba: el placer al que todo guerrero tiene derecho antes de la batalla.

Snuk corrió a por ella, dando saltos de decenas de metros, pero la joven se obstinaba en huir, en cabalgar el viento rezumando sangre de sus pechos cortados. Su sexo estaba lleno de líquido, su espalda marcada por los latigazos: en el infierno no la estaban tratando muy bien.

Gritó su nombre. No le escuchó.

Snuk abrió su pecho en un estallido de furia y de su esternón se desplegó una batería doble de micro cohetes, que salieron despedidos en todas direcciones en una vorágine de destrucción.

La espada en mitad del caos. Sangre y maldad mezclados con el deseo y la carne. Cascotes y piedras que vuelan por los aires.

Gracias por nada, padre. Gracias por nada.

—Esto no me gusta, Sin —dije, llevándomela aparte mientras las hordas de los Temples se pertrechaban en sus hangares. Enormes naves esperaban para llevarles a Palladys junto con su artillería pesada—. Me imaginaba las cosas de otra forma, pero aquí hay demasiada crueldad concentrada. Creo que no quiero ir.

Ella me cogió de la mano, acompañándome a la sombra del tren de aterrizaje de un brick, donde nadie podía verme.

—Piscis, no quiero que te fallen las fuerzas ahora. Yo voy a volar hasta Palladys para matar a mi hermano, ¿crees que eso es fácil, o hermoso? ¿Crees que alguno de los que vayamos vamos a estar a salvo?

—No estoy nada segura de esto, Sin.

—Sólo los fanáticos lo están. Y yo voy a necesitar toda la ayuda posible. Al fin y al cabo, tu idea de las bombas de vasnaj fue genial; podrías servirme de estrategia en la Arena. Esto es un tiro a ciegas para todos, amiga.

Sacudí la cabeza, desmadejada.

—Ya lo sé, y creía tener motivos suficientes para acompañaros, pero... no sé, Sin. Ésta no es mi guerra. Salvé la vida de Tristan en los lagos de Tikos, y él cumplió

conmigo devolviéndome el favor. Ya no tengo candados en mi mente, y eso es bueno, algo que no puedo olvidar. Pero...

—Creí que estabas aquí por la venganza —interrumpió, mirándome sin parpadear. Aquellos ojos dolían como el fuego—. Porque él te había...

—No lo digas. —Me zafé de su abrazo—. Ya estoy suficientemente confusa. No sé si lo que quiero es dejarlo correr y salir disparada hacia algún lugar lejano del espacio o ver cómo os masacráis unos a otros. La venganza exige demasiada sangre, Sin-derella. No odio tanto a Tristan como para llegar a esos extremos.

Esperamos unos momentos en silencio, sopesando nuestros propios motivos. Al final, Sin-derella dijo:

—Está bien, si eso es lo que en realidad piensas. Respetaré tu decisión aunque me parezca absurda. Pero yo lo tengo muy claro: voy a luchar por el honor de mi familia.

La abracé con fuerza, y me alejé unos pasos rumbo a mi nave. Un transporte de tropas despegó a nuestras espaldas, levantando el polvo del desierto.

—Veré lo que suceda por los canales de televisión. Espero sinceramente que todo os salga bien, Sin, pero si te interesa la verdad...

—Tampoco yo lo creo, no.

—Maldita sea —apreté los puños—. Esto es una inmensa locura. ¿Estás totalmente segura de que no podemos detenerla antes de que comience?

La joven guerrera compuso una mueca irónica.

—Sabes que no. Sólo espero llegar a tiempo antes de que Tristan cause daños irreparables a los espectadores y al propio estadio. En fin. —Hizo una señal a unos técnicos que la llamaban: su transporte estaba a punto de partir—. Adiós, Piscis de Zhintra. Ha sido un placer conocerte. Y no sólo en sentido figurado.

—Adiós, Sin-derella. Venga, vete ya; te espera tu carroza.

Me acarició una última vez la mejilla, con aquella mirada lasciva que yo había aprendido a reconocer en las duchas de Senecam, y corrió hacia la enorme rampa de embarque del brick por la que estaba subiendo una compañía de caballeros motorizados, con lanzas y escudos asidos mediante brazos giroscópicos a sus motocicletas.

Cuando desapareció, yo corrí hacia mi nave.

Aquario permanecía estacionada entre los sucios transportes como una gota de distinción en mitad de una marisma de tosquedad. En cuanto subí a bordo, levanté un dedo en seria advertencia.

—Ni se te ocurra decir nada. Inicializa los ciclos de despegue. Salimos de aquí a toda velocidad.

—*De acuerdo, pero...*

—He dicho *nada*. Y ve realizando los cálculos para un hipersalto hasta las cercanías de Palladys... pero no demasiado cerca.

—*Palladys tiene un cinturón de basura orbitando en torno a su ecuador. Si lo deseas podemos camuflarnos en él.*

Asentí, estudiando las cartas de navegación.

—Buena idea. Pero vámonos de una maldita vez de este arenal.

Despegamos y accedimos a la primera órbita adelantando a todas las naves que ganaban altura. El grupo de bricks de cabeza, cargados con las toneladas de combustible y motores de repuesto que los vehículos quemarían en las siguientes jornadas, estaba a punto de saltar entre dimensiones rumbo a la sede de los Juegos.

Les vi desaparecer. No pude evitar rezar a los dioses por la suerte de los que participarían en el que muy bien podría ser el último capítulo en la guerra de las familias de gladiadores mecánicos.

Espectáculo

Las horas corrieron veloces en la circunferencia de mi reloj de Causas Importantes (*glbli, glbli*), mientras los bricks de los Temples aparecían sobre Palladys. Los vi descender lentos como ballenas celestes hacia la metrópoli más grande del planeta. Desde órbita, con la nave camuflada en el cinturón de basura ecuatorial, espíe la superficie y vi por primera vez el enorme estadio de los Juegos, la inconmensurable Arena. Me sobrecogió su tamaño, pero aún más comprobar que la marea de color que lentamente iba llenando los graderías eran cientos de miles de personas, más de la mitad de la población de la urbe y de muchos lugares del planeta. Venían llevando a sus hijos de la mano, ansiosos de sangre y violencia.

El brick de Senecam, en el que viajaba también Sin-derella, descendió en último lugar; las tropas de los Temples se desplegaron. Cada facción tenía reservado un enorme espacio fuera del estadio para colocar sus máquinas, talleres móviles y hospitales de campaña. En cuanto descendieron las tropas, ocuparon todo el espacio asignado con precisión y velocidad militar.

Eliminados los Sax, sólo quedaban dieciséis grupos de batalla que competirían por los favores de las facciones implicadas: Seltsea, Vuldamarr, Xarian de Xar y Palladys. Cincuenta canales de televisión emitían el evento a la vez, la mayor parte de ellos propiedad de los emporios audiovisuales de Marmolia. Sintonicé algunos en el plexiglás de mi nave: estaban haciendo un repaso por los diferentes equipos de asesinos motorizados para que los espectadores se acostumbraran a ellos. Los nombres eran de lo más pintoresco: las Hermanitas de la Inmundicia, los Engendros de Cobalto, los Narices de Cerdo... todos ataviados con armaduras llenas de púas y emblemas horripilantes. El ejército palladysta guardaba las instalaciones para evitar que las peleas comenzaran antes de que el Real Jurisconsulto declarase inaugurados los Juegos, y no dudaba en usar artillería pesada si se daba la ocasión. El público, desde las gradas, cantaba los himnos salvajes de sus equipos favoritos.

La autoridades llegaron puntuales. Ocuparon sus asientos de lujo tras los paneles blindados transparentes, dejando fuera a sus escoltas. Las cámaras enfocaron a algunas celebridades y se cebaron en sus trajes de gala y joyas, que proyectaban destellos holográficos según las damas que los portaban iban evolucionando por los graderíos.

Había un gran mercado de apuestas legales en torno a los Juegos. Los comentaristas se mostraban muy interesados en conocer las preferencias de los famosos: algunos se vanagloriaban de haber hecho apuestas realmente elevadas por sus equipos, a veces palacios o planetas enteros. Muchos de ellos estaban realmente preocupados, y lo disimulaban mal; según las leyes de la Sílfide, aquel espectáculo en

realidad era una guerra, donde los grupos promotores se jugaban muchísimo más que unos derechos de multiemisión millonarios.

En la Torre de Control de la Arena, cientos de técnicos controlaban el terreno, alzando las torres hexagonales que conformaban la superficie del estadio hasta alturas de docenas de metros, y creando profundos fosos en la tierra, todo absolutamente interactivo. La orografía del estadio empezaría a cambiar espontáneamente para animar la función cuando la primera jornada de lucha estuviese bastante avanzada.

No vi a Tristan por ninguna parte, pero los edeanos sí que hicieron acto de presencia. Llegaron en sus afiladas naves cigarro (di un respingo al ver a los cazas murciélagos revoloteando a su alrededor), y tomaron posiciones en sus respectivos lugares de espera. Descargaron un abundante arsenal de vehículos y mercenarios contratados para la ocasión, la mayoría humanos. Luego se limitaron a esperar sin hacer mucho ruido mientras las cámaras se ocupaban de los famosos.

Contuve un escalofrío.

Cuando el Real Jurisconsulto, anfitrión oficial designado por Palladys para el evento, ocupó por fin su lugar en el palco de honor, los espectadores contuvieron el aliento, los focos se encendieron iluminando bien la pista, se abrieron las enormes compuertas de los hangares, y los jugadores entraron en el estadio.

La gente estalló en aplausos. Unos cuantos espectadores excesivamente nerviosos sufrieron ataques de ansiedad y tuvieron que ser evacuados.

Todas las escuadras motorizadas entraron a la vez: primero las lanzas ligeras, con sus divisiones de motocicletas rápidas y vehículos medianos a propulsión. Detrás iban los camiones monstruo y el puesto de mando móvil de cada equipo, enormes fortalezas montadas sobre orugas, juggernauts acorazados que parecían castillos medievales rodantes. Algunos incluso tenían almenas.

Los grupos se dispusieron formando elegantes figuras coreográficas que representaban su insignia principal. Los Temples formaron algo parecido a un dragón rampante, mientras su centro de mando clavaba enormes pilares de hormigón en el mosaico de hexágonos del suelo, extendía largas chimeneas hacia el cielo, y se convertía en una refinería de combustible a pleno rendimiento.

El discurso del Real Jurisconsulto fue breve, dentro de lo habitual. Tras diez minutos de sofismas diplomáticos y adulación a los representantes xarianos y palladystas, procedió a enumerar en voz alta y clara los términos por los que se regiría el combate. Por lo que entendí, se iban a disputar nada menos que una importante ruta comercial entre la Sílfide y los mundos centrales, toda una golosina para los emporios transportistas. Era un premio importante; como reflejo de ello, la lucha sería larga y cruenta. El tope de duración quedó fijado por acuerdo de todas las partes en cuatro días. Si para entonces no se había proclamado un ganador claro en la Arena, se alzaría con el título el bando que menos bajas hubiese contabilizado entre sus efectivos.

Esos resultados eran necesariamente peligrosos, ya que según me había contado Sin-derella, la táctica fundamental consistía en destruir el centro de mando del enemigo, tanto para cortar sus comunicaciones como sus vías de aprovisionamiento de combustible más directas. Una vez diese comienzo la lid, los luchadores quedarían absolutamente aislados del exterior, dependientes exclusivamente de los recursos que hubiesen llevado con ellos.

Pero para destruir el centro de mando hacía falta realizar sacrificios: lanzas enteras exterminadas para que un único misil lograra impactar en una torre de comunicaciones, o un guerrero solitario colocara una bomba de fragmentación entre las orugas de un vehículo importante.

De la nave anunciadora que colgaba perennemente a baja altura sobre el estadio, comenzaron a colgar cortinas de hologramas con anuncios rápidos de las marcas patrocinadoras. La noche de Palladys se iluminó en cascadas de fuegos artificiales.

El Real Jurisconsulto, una vez acabado su discurso, alzó su mano derecha, en la que sostenía un pañuelo de seda roja. Quinientas cámaras la enfocaron.

Disfrutando del momento, el anciano postergó unos angustiosos segundos el gesto —debo reconocer que hasta yo, que vigilaba todo desde órbita, contuve el aliento—, y luego lo soltó graciosamente.

Los primeros estampidos de las bombas me hicieron saltar en el asiento.

Arena (Uno)

El comienzo fue brutal: de los cuarteles generales de todos los grupos surgieron salvvas de cohetes y cañonazos simultáneos. El conjunto provocó tal estampido que hizo vibrar la pantalla de protección del público en todo el estadio. La gente chillaba enfervorecida, y un medidor de sonido que los comentaristas comprobaban con orgullo batió un nuevo récord de decibelios. El estruendo había dado por iniciadas las hostilidades.

Reconocí el vehículo de Sin-derella por los blasones: su estandarte representaba una rosa de pétalos marchitos y espinas exageradas. Ella vestía una armadura negra tatuada con motivos semejantes a escorpiones.

Su grupo entró en contacto con el enemigo a los dos minutos exactos del comienzo: se encontraron de frente con una lanza de sebaciara de los Engendras de Cobalto, montados en caballos cibernéticos. En lugar de lanzas portaban cañones automáticos de veinte milímetros, y su escudo era una doble pantalla giratoria de acero montada sobre la grupa.

Sin-derella y los suyos los embistieron con los arietes de sus boogies, lanzando algunos caballos por los aires. Uno se incrustó en la lanza escupellamas de su adversario con tan mala suerte que ésta atravesó el parabrisas del boogie y el pecho de su conductor, clavándolo literalmente al asiento. El vehículo siguió avanzando sin control hasta chocar con la barrera de los graderíos.

Una nube de disparos de gran calibre barrió la Arena, destrozando unidades de infantería y baterías fijas. Las Hermanitas de la Inmundicia, cuyas tropas estaban formadas por hombres alterados quirúrgicamente para asemejarse a mujeres con horribles deformaciones, se habían hecho fuertes aprovechando una esquina del estadio, y bombardeaban a cualquiera que se acercara a menos de cien metros independientemente de su bandera. Los Temples lanzaron hacia ellos sus apisonadores rodantes, enormes cilindros recubiertos de espolones que avanzaban aplastándolo todo. El choque entre éstos y las baterías de suelo fue tremendo. Trozos de metal manchados de sangre salieron volando por los aires. Hubo un par de explosiones de metralla; una nube de humo ocultó esa región del estadio, impidiendo que los espectadores que se sentaban justo encima disfrutaran del encontronazo. Hubo quejas acompañadas de silbidos.

Las Hermanitas asaltaron en marcha los apisonadores, abordándolos para tratar de sujetarse a la única parte del vehículo que se mantenía fija, el cubículo giroscópico del conductor. Algunos lo consiguieron, pero otros fallaron por centímetros y fueron succionados por la rueda: sus cuerpos abandonaron la tercera dimensión en múltiples pasadas por debajo del apisonador.

En otro lugar lejano de la Arena, las cosas no iban bien para los Temples: una unidad de Engendros montados en motocicletas había cercado un camión vampiro como un grupo de tiburones a un rorcual, y trataban de destrozar su sistema impulsor. En los espolones delanteros del camión se había enganchado una de las motos: su conductor aullaba al ser devorado a mordiscos por el hambriento motor del vehículo. Mientras los dientes machacaban la carne, succionando sus jugos vitales para procesarlos y fabricar gasolina en sus entrañas mecánicas, la moto era diseccionada en piezas por las potentes mandíbulas.

En un momento determinado el vehículo estalló, calcinando lo que quedaba del cuerpo de su conductor y tiñendo de negro hollín el morro del vampiro. Los compañeros de su escuadra se acercaron al camión desde atrás; algunos consiguieron saltar encima. Mientras el vampiro avanzaba como una apisonadora persiguiendo a los motociclistas para devorarlos, tres Engendros avanzaron arrastrándose por su techo hasta llegar a la carlinga blindada. Colocaron potentes explosivos plásticos pegados al parabrisas y se retiraron.

La caja del camión reventó en una nube de fuego. El conductor y su copiloto, que controlaba las funciones circulatorias del organismo del camión como una suerte de glándula linfática, se asaron por la deflagración; el vehículo perdió el control y sus dieciocho ruedas giraron de golpe muchos grados, desplazando su centro de gravedad. No tardó en volcar, aunque aún recorrió más de treinta metros antes de detenerse del todo. Los Engendros vitorearon su hazaña, escupiendo y lanzando chatarra a las mandíbulas del camión que aún se empeñaban en morder en vacío.

Busqué activamente a los edeanos; los encontré en la región más alejada del estadio, a salvo de las primeras escaramuzas. Parecían esperar algo, aunque no había forma de saber qué. Su puesto de mando era muy pequeño en comparación con el de las otras facciones, tan sólo un domo de metal poroso de apenas veinte metros de diámetro, circundado por barricadas de alambres monofilamentados. Éstas no se mantenían estáticas, sino que giraban graciosamente en círculos en torno al domo como apaches hostigando una caravana.

Un kilómetro más al sur, Sin-derella combatía con toda su furia contra los Engendros. Su grupo, cabalgadores de motos sidecar con lanzacohetes, trataban de desarticular la red principal de comunicaciones del enemigo volando sus antenas. Se lanzaron contra una gigantesca oruga rodante, que me recordó por la forma y el volumen a una anticuada plataforma de desplazamiento de cohetes.

Sin-derella rebanaba cuellos con su arma favorita, un vibrocuchillo de hoja penetradora, tratando de que un pretoriano con una máscara deportiva no la partiera en dos con una enorme sierra mecánica.

Los Temples rodearon la plataforma. Usaron un puente móvil para llegar a las instalaciones del búnker almenado, pasando por encima de las defensas. Veloces ninjas vestidos con exoesqueletos penetraron en su interior y pasaron a cuchillo a todos los técnicos, mientras colocaban cargas en la base de las antenas. Apenas

habían saltado de las murallas medievales del vehículo cuando éstas detonaron, arrojando platos parabólicos a una distancia de cien metros.

Algunas compañías de Engendros se llevaron automáticamente las manos a los cascos, extrañados por el repentino corte en las comunicaciones. Eufóricos, los Temples se reagruparon y planificaron una nueva estrategia sobre la marcha. Creí distinguir a Ayrem berreando órdenes desde una atalaya mientras observaba con sus prismáticos al enemigo.

También miraba con preocupación a los edeanos, preguntándose a qué demonios esperaban para atacar.

Sin-derella acercó su moto a la atalaya de Ayrem y consultó algo con él. El joven asintió, señalando una escuadra de Hermanitas que se acercaba peligrosamente desde el sur, montadas en tanquetas decoradas como caballitos de mar.

Parecía haber una discrepancia estratégica entre ambos, ya que discutieron durante medio minuto haciendo exagerados aspavientos con los brazos. Fue Sinderella quien claudicó: al fin y al cabo, ella detentaba un rango menor en la cadena de mando de los Temples. Asintiendo con la cabeza, puso de nuevo en marcha su moto y ladró algunas órdenes por el intercomunicador. Al instante, un apisonador y varias unidades boogies la siguieron: iban a atacar frontalmente a los blindados de las Hermanitas.

Recé para que Ayrem no considerase a Sin un elemento sacrificable. Ella había aceptado luchar con ellos en la Arena, lo cual la obligaba a acatar las órdenes que se le dieran, pero... ¿cómo se lo tomaría Ayrem? ¿Qué planes tendría para ella? Sinderella había sido su enemiga acérrima durante años. La respetaba tanto como guerrera como se respetaba a sí mismo. Probablemente querría conservarla a su lado durante la lid.

El problema era qué decidiría hacer después.

El grupo de Sin interceptó los caballitos de mar con una inclinación de veinte grados respecto a su trayectoria de avance. Fue un ataque casi suicida, ya que se limitaron a pasar por delante de ellos temerariamente, esquivando sus disparos, mientras sembraban el terreno de minas.

Las Hermanitas dieron fuertes golpes de volante a sus tanquetas para evitar pisarlas. Algunas no actuaron suficientemente rápido y sus ruedas rozaron alguno de aquellos artefactos de explosivo plástico prensado: sus tanquetas volaron por los aires ejecutando varios giros de campana, pasando a ser desde ese momento meros obstáculos en el terreno.

De improviso, sorprendiendo a todos los contrincantes, la orografía del estadio cambió: los hexágonos se elevaron formando crestas y cordilleras en algunos puntos, y se hundieron cavando profundos cañones en otros. Hubo boogies que iban tan rápido cuando el suelo desapareció bajo sus ruedas, que no pudieron frenar a tiempo y se precipitaron a la muerte en las profundidades de las simas.

El grupo de Sin-derella parecía estar esperando aquello con anhelo, ya que cambiaron su estrategia sobre la marcha y escalaron las crestas, haciendo verdaderas demostraciones de cross de montaña. Una vez situadas en puestos elevados, sus motocicletas lanzaron pequeños cohetes trazadores a las Hermanitas, cuyos vehículos eran incapaces de sortear tan limpiamente los obstáculos.

De improviso, una de las crestas explotó, lanzando a varios motoristas por los aires.

Sus contrincantes también se sorprendieron: el disparo no había provenido de sus baterías, sino de una zona muy alejada del estadio.

En su puesto elevado, Ayrem enfocó los prismáticos sobre los edeanos, identificando el proyectil por su tipo de explosión: una cabeza autopropulsada con procesador de rastreo inteligente.

Comenzaban a moverse.

De inmediato reunió a sus tropas. La evolución de todos los grupos se hizo más cauta: los capitanes de las distintas facciones tomaron medidas para enfrentarse a la nueva amenaza. Yo sabía que en el periodo de preparación durante los preliminares de la lucha, cuando todos estaban en sus hangares dando los últimos retoques a sus planes, los capitanes se habían reunido en secreto con Ayrem, quien les había puesto al corriente de todo. Ahora que los edeanos entraban por fin en la liza, me dio la impresión al ver el estadio desde arriba, en perspectiva lejana, de que efectivamente había alguna clase de plan preestablecido.

El domo de los edeanos se abrió. De él surgió un grupo bastante reducido de mercenarios y peligrosos Robots Asesinos. Esos soldados cibeméticos eran tecnología exclusiva, muy caros y difíciles de fabricar, pero tremendamente efectivos en el combate. Rodeaban una caja metálica de tres metros de arista plagada de espinas, que se movía con cautela por sí misma como si fuese un bien muy apreciado por sus estrategias.

Imaginé a Ayrem tragando saliva ante la visión de aquellos demonios cibeméticos de carne cromada y espadas en lugar de brazos.

Entonces, una bomba de gran potencia estalló a pocos metros de la atalaya de Ayrem. Había sido lanzada por uno de los robots, que se acercó a ellos de dos potentes saltos propulsados por cohetes instalados en su espalda. La onda expansiva arrancó la torre de sus cimientos y tiró el cuerpo del comandante de los Temples al suelo. Varios robodocs entraron en la zona a toda velocidad, prestos a socorrerlo.

Sin-derella vio caer a Ayrem. Puso rumbo al puesto de control, conduciendo su moto por encima de las crestas del terreno hacia su posición. El Robot Asesino cayó cerca, sobre un hexágono elevado, y miró con ojos fríos en derredor, calibrando el estado del combate.

Su figura era imponente: había sido construido para que pareciese un dragón bípedo, lleno de escamas y espolones afilados por todo el cuerpo. Tenía dos pares de

brazos, unos acabados en zarpas de acero mezcladas con dedos largos y sinuosos, y otros que eran en sí mismos brillantes espadas monofilamentadas.

La coraza que tenía por rostro se abrió; las cámaras de televisión enfocaron con nitidez la cara humana que se escondía debajo, atravesada por cables y remaches, y soldada al casco como si fuese un parche de carne sobre un esqueleto de titanio.

Pude reconocerlo al instante pese a las modificaciones quirúrgicas. Un escalofrío recorrió mi espalda. Aquel Robot Asesino había sido una vez Tristan de los Sax.

19

Arena (Dos)

Las huestes templarias se congelaron. Sin-derella, tras unos instantes paralizada por el estupor, alcanzó el vehículo de mando con su moto y distribuyó a las tropas por radio.

Por lo que mostraba la televisión, con primeros planos que se regodeaban en los aspectos más sórdidos del combate, el jefe de los Temples, Ayrem, estaba siendo atendido por las unidades médicas. Estaba vivo, pero parecía incapaz de continuar la lucha: uno de sus brazos había desaparecido arrancado de cuajo por la onda expansiva.

Los Temples se reagruparon. Accedí a las transmisiones de su centro de mando e introduje las claves de decodificación (cortesía de Sin-derella). La oí gritar por la radio, asumiendo el mando. Tenía una capacidad natural para hacer que las personas confiaran en ella en el campo de batalla, igual que su hermanastro.

Los edeanos no retrasaron por más tiempo su ataque. Una veintena de robots múltipodos se desplegaron por el campo de batalla, extendieron apéndices con cañones de partículas montados en batería, y abrieron fuego. Enormes orugas se desenrollaron y se convirtieron en hileras de lanzacohetes ancladas a tierra. Un enjambre de misiles llenó el cielo de cintas de humo erráticas.

Tristan portaba una larga tubería negra asida a la espalda, que pivotó sobre el eje de su hombro para convertirse en un largo cañón de alta potencia. Apuntó con cuidado hacia el centro de mando de los Temples, y aún desde mi perspectiva cenital del combate pude ver el destello de alta energía concentrándose en sus acumuladores.

—¡Sin-derella, sal de ahí! —advertí por el comunicador, pero ella no me recibía.

Tristan disparó su arma principal, alcanzando al vehículo-refinería justo en los depósitos de combustible. Éstos estaban protegidos por más de cuarenta centímetros de polímeros disipadores de energía, pero el cañón del Robot Asesino expulsó un proyectil acelerado a una velocidad equivalente a un octavo de c , y los atravesó limpiamente, como si no estuviesen allí. La cinética del impacto levantó de un lado todo el vehículo oruga de mando, inclinándolo en el aire, y a mitad de esa curva lo hizo estallar.

El huracán de fuego, equivalente a la combustión espontánea de dos mil toneladas de combustible sólido, provocó tal onda expansiva que derribó y calcinó a todas las tropas, amigas y enemigas, en un radio de quinientos metros.

Los Narices de Cerdo atacaron a los artilleros edeanos desde atrás, embistiéndoles con sus tanques-ariete. Aplastaron varias orugas cañoneras, perdiendo a su vez un quinto de efectivos. Pero no les importó. Durante unos segundos, sus tropas y las de otras dos facciones más, las Hermanitas y los Engendros, se reunieron en un lugar

muy cercano a las gradas para firmar una tregua: sus estrategias consideraron inmediatamente a los nuevos competidores como los más peligrosos, decidiendo su eliminación.

Tristan los contempló a todos reunidos, deliberando, y enseñó los dientes. De repente su cuerpo se abrió: de su corpachón surgieron racimos de propulsores concentrados en la espalda y las piernas. Se elevó cincuenta metros de un impulso, apuntando cuidadosamente. Su panza también se descorrió en iris, y disparó un único proyectil hacia el grupo de las tres facciones.

Un resplandor nuclear iluminó las nubes encima del estadio.

El público enmudeció.

Se hizo un silencio atronador, tanto en las gradas como en los cubículos de los comentaristas de prensa.

Tristan cayó a tierra. Emitió un sonido inhumano, cruel, como si una montaña se desplomase sobre sí misma y sus rocas rozasen unas contra otras.

Se estaba riendo.

Había usado armas prohibidas. Eso violaba todos los Reglamentos de la Arena. De inmediato, el Real Jurisconsulto, quien jamás había esperado ver algo así en vida, se puso en pie muy solemnemente y alzó el pañuelo de emergencia para la suspensión de los Juegos. Según la tradición, tal violación de las normas no deparaba nada bueno para los infractores ni para sus promotores. Los comentaristas de los cincuenta canales que retransmitían el evento se habían quedado literalmente mudos de asombro; no hacían sino tratar de recobrase y comentar los posibles efectos de esa acción sin precedentes.

El Real Jurisconsulto abrió la mano para dejar caer el pañuelo de emergencia. Los notables que compartían el palco de honor bufaron decepcionados. El espectáculo estaba a punto de acabarse.

—Los edeanos han roto las reglas del combate —dijo el anciano, y su voz se oyó en cientos de mundos—. Como dicta el Reglamento, el caso será estudiado a fondo por los Jueces Supremos y el castigo rigurosamente impartido a los infractores. ¿Tenéis algo que decir ante estas acusaciones?

Un representante de los edeanos se hizo visible en las pantallas del estadio. Su rostro inhalador de hidrógeno parecía tan desconcertado y estremecido como los de sus acusadores. Inmediatamente pidieron perdón a las autoridades de la Sílfide y al Jurisconsulto de la Arena, comprometiéndose a retirar y castigar severamente a sus jefes de tropa por haber permitido que tal desastre ocurriera.

Una nave cigarro se acercó a la Arena, abriendo su panza. Todas las tropas recibieron avisos inmediatos por radio de la cancelación de las hostilidades.

Estaban realmente indignados, o eso parecía. Escuchándoles, me dio la impresión de que Tristan había ido demasiado lejos, incluso más de lo que sus intrigantes amos esperaban.

Para decepción de los millones de asistentes y telespectadores, el Real Jurisconsulto pronunció unas palabras que jamás habían sido escuchadas en la larga historia de los Juegos:

—Declaro las hostilidades suspendidas. Que las autoridades arresten al Robot Asesino autor del horrible crimen, y lo traigan a nuestra presencia.

De repente, su palco explotó.

Fue una nuclear vírica, un tipo de bomba de la que Sin me había hablado. La ojiva impactó justo en el centro de las gradas y detonó en forma de un anillo de luz cobriza, que se abrió varios cientos de metros en derredor. Todos los espectadores a los que atravesó, que fueron millares, se deshicieron en nubes de escoria putrefacta como si sus cuerpos hubieran experimentado brutalmente y en menos de un segundo una larguísima enfermedad degenerativa. Una enfermedad que hubiera disuelto sus órganos internos, licuado sus cerebros y convertido su piel en un saco apergaminado capaz de romperse al menor soplo de brisa.

Tristan recargó el raíl de aceleración de su hombro con otra ojiva, y apuntó a los cuarteles de las fuerzas de seguridad palladystas que protegían el estadio. Éstos no duraron enteros más de tres segundos: otro resplandor y el ochenta por ciento de los efectivos policiales fueron restos de tecnología ocupados por momias.

El caos se adueñó al instante del inmenso recinto. Los robots edeanos, controlados por telemetría por la armadura de Tristan, volvieron a la carga atacando a las facciones de gladiadores que aún quedaban con vida sobre el terreno de juego. Los millares de espectadores que ocupaban las gradas, dándose cuenta de que corrían serio peligro, se convirtieron en una turba desordenada que luchaba por alcanzar las salidas a toda costa.

Una nave militar palladysta orientó sus armas hacia la Arena, decidida a acabar con aquella locura. Tristan advirtió el ataque y se proyectó hacia el cielo activando sus propulsores, apartándose de la línea de fuego.

Una lluvia de haces de energía verdes y azules llovió sobre los Robots Asesinos, destrozando a gran parte de ellos. Tristan se asió a la pared vertical de la Torre de Control del estadio, clavando sus espolones en el cemento. Apuntó con su rifle de raíl al puente de mando del agresor. La energía se concentró de nuevo en la bocacha.

Un estampido sordo y la proa de la nave se hundió como si estuviera hecha de plástico. Sin control, comenzó a escorarse, entrando en pérdida. No llegó a tocar el suelo: en su caída encontró el bajel lleno de pantallas y carteles que colgaba sobre el centro del estadio. Ambos vehículos colisionaron, la nave palladysta se incrustó en el corpachón metálico sin blindaje de la más grande, y reventó en su interior.

El bajel y sus hologramas llovieron en pedazos sobre los combatientes.

Todas las emisiones cesaron. Las cámaras dejaron de grabar y los periodistas fueron expulsados por las autoridades. Desde mi atalaya en órbita, tuve que conectar el telescopio de mi propia nave para saber qué estaba pasando dentro del estadio.

El ejército palladysta decidió acordonar la zona y limitarse a vigilar que los combatientes no abandonasen la Arena, en espera de refuerzos. Afortunadamente para ellos, Tristan no parecía tener interés en salir de allí.

Le vi hacer movimientos extraños, ilógicos. Se movía de un lado a otro sin motivo aparente, a veces disparando contra los espectadores (al ritmo al que salían, calculé que tardarían varias horas en despejar por completo las gradas), a veces respondiendo al fuego que los gladiadores supervivientes concentraban en él. Pero la mayoría del tiempo, durante largos minutos que se prolongaron como horas, simplemente voló de un lado a otro, hizo gestos en el vacío como hablando con alguien que no estaba allí, o miró en una dirección con inusitada atención, como si hubiera algo importantísimo que nadie más veía salvo él.

Algunos misiles dirigidos le golpearon con fuerza, pero su armadura de dragón antropomórfico no se resquebrajó. Los tiradores le disparaban desde muy lejos, tal vez en el kilómetro más alejado de la pista, pero Tristan no se acercaba a ellos; se limitaba a dispararles con su arma principal de largo alcance, causando estragos. Parecía estar protegiendo el contáiner espinado que había sido desembarcado por los edeanos junto a sus tropas, al principio del combate. Por alguna razón, nunca lo dejaba completamente desprotegido.

Cerca del antiguo puesto de mando de los Temples se movió algo. Tristan no lo vio porque el viento arrastraba la densa nube de la combustión de los tanques de gasolina hacia él, pero mis instrumentos sí lo notaron.

Era una pequeña cápsula de escape, un búnker móvil que había salido despedido en la gran explosión. Se abrió como un capullo y de su interior surgieron varios mandos templarios, incluyendo una figura femenina que yo conocía bien.

—¡Bravo, Sin! —exclamé, pero al instante cerré la boca: Tristan había notado que algo se movía a su espalda. Posiblemente los sensores de su traje hubieran captado un movimiento a baja altura.

Lentamente, el monstruo se giró hacia el búnker.

Su hermanastra, cojeando, salió de la nube de humo. Llevaba el vibrocuchillo sujeto al cinto, sin desenvainar.

—¡Tristan! —gritó.

El monstruo la miraba en silencio.

—¡Tristan, te reconozco! ¿Qué has hecho con nuestro padre?

Una moto sidecar, con un piloto y un ametrallador de los Engendros, apareció sorteando una barricada de tanquetas incendiadas y lanzó unas salvas trazadoras contra el peto del Robot Asesino. El que fuese el hermanastro de Sin-derella las encajó y apuntó con un dedo hacia el pequeño agresor: una cuchilla salió volando de su metacarpo, se abrió en el aire en forma de boomerang afilado y cercenó la cabeza del artillero longitudinalmente. Tristan seguía mirando a su hermana, como si nada hubiese ocurrido.

—Dime dónde está mi padre —exigió Sin-derella—. *Ahora.*

El Robot debió emitir algún tipo de señal silenciosa, porque al momento la caja de metal espinada se abrió como una rosa, y en su interior apareció una camilla de hospital. A ella estaba atado con alambres el duque Sax Robeson, mirando con ojos lechosos la escena.

Sus dos hijos enfrentados a muerte.

El duque apenas conservaba una débil chispa de vida en su interior, pero bastaba para llenar sus ojos de lágrimas.

Sin-derella no varió un ápice su expresión. Su rostro, al igual que el de Tristan, parecía una lámina de metal frío.

Disimuladamente, sacó de su manga unas pequeñas esferas plateadas.

—Prepárate a morir, bastardo. —Sus dientes rechinaron—. Hasta aquí ha llegado tu locura.

Y lanzó las esferas contra el Robot.

No llegaron a tocarle.

Tristan las incineró en el aire con un chorro de llamas que surgió de su laringe. Las bombas de vasnaj se deshicieron y su gas fue consumido por el calor.

Sin-derella retrocedió, alarmada.

Tomé una decisión. Yo tenía algunas bombas más en la nave, pero no podía lanzarlas desde órbita; tenía que bajar allí, y la sola idea me aterraba.

Encendí los motores y penetré en la atmósfera a gran velocidad, convertida en un ascua de luz. *Aquario* monitoreó la zona y encontró un área despejada entre los incendios y las naves de la policía por la que acceder al estadio. Corrí al vestuario, me deshice de la ropa de vuelo y me enfundé el traje EVA, con el propulsor jet a la espalda. Aún estaba manchado de rojo por el efecto del agua del lago.

Sin-derella corrió alejándose de su hermanastro. La moto sidecar paró a su lado y ella ocupó el lugar del artillero decapitado, arrojando el cadáver a un lado. Agarró el cañón ametrallador y vació todo el cargador sobre Tristan.

Éste demostró lo inhumano de su condición cuando, colocando el vehículo en la mira de sus cañones integrados, hizo girar el torso completo más de cien grados, dejando estáticas las piernas, mientras la moto corría a su alrededor. Cuando la tuvo fijada, disparó.

El conductor reventó en una explosión de vísceras. Sin-derella gritó y se cubrió el rostro con las manos. La moto continuó su loca carrera unas decenas de metros más para acabar estrellándose contra la barrera de tanquetas humeantes. No detecté más movimiento en esa zona.

Ardiendo de furia, abrí la panza de mi nave. El viento sobre el estadio era abrasador, y traía olores de mil formas de muerte diferentes. *Aquario* descendió hasta una altura prudente (en cualquier momento aquella cosa podría tomarla por un enemigo), y yo me encomendé a todos los dioses de los que alguna vez había oído hablar.

Luego salté al vacío.

Arena (Y tres: Shiva en rojo)

El momento en que se abrieron los cielos fue glorioso.

Grandes columnas de humo cubrían toda la tierra, y sólo los más fuertes se alzaban de entre los muertos. Snuk estaba orgulloso, pues él era uno de los elegidos.

Había cumplido bien su misión. Había castigado a sus enemigos, los había liquidado a cientos, a miles. Ahora sólo restaba que los ángeles descendieran para llevarle, a él y a sus camaradas caídos en el campo de batalla, a un lugar mejor en el que al fin pudiese descansar.

Ahora sucedía: había carros celestiales en el firmamento, los lamentos de las mujeres y los niños colmaban el aire de victoria, y aquello que bajaba... sí, lo veía. ¡Lo veía! Era un carro celeste tatuado en plata, de líneas esbeltas y afiladas. No era lo que él había imaginado: hubiese preferido algo más marcial, más acorde con su imagen guerrera, pero si aquello era lo que habían dispuesto los dioses, bienvenido fuera.

Lo contempló descender lentamente, y abrió sus castigadas articulaciones para recibirlo. Ven, ven, no te haré daño. Eres mi luz, mi premio, mi corcel. Baja hasta la tierra corrupta para sacarme de este cenagal de inmundicia. Baja hasta la tierra corrupta...

Una compuerta, sesgada en luz, se abrió brillante en un costado del carro de los dioses. Y en ella se recortó una figura. Iba vestida de rojo, del carmesí de la sangre que también cubría el mundo. Parecía ser una mujer.

La figura cogió unas frutas en las manos (ciruelas del paraíso, seguramente: el maná divino) y saltó al vacío mientras el carro volvía a elevarse a los cielos.

Snuk se extrañó. ¿Por qué regresaba el carro? ¿No se suponía que debía recogerle? ¿Estaban disgustados los dioses con él?

Descendí volando con mi jet de espalda casi cincuenta metros hasta la Arena. Ordené a *Aquario* que se retirara y volviese a la primera órbita de geoestación: mientras estuviese a la vista, era un blanco fácil, y cualquiera podía decidir lanzarle un misil balístico.

Caí durante veinte segundos hasta que mis pies tocaron tierra, los hexágonos interactivos del estadio. Éstos vibraban, como si miles de minúsculos seísmos sacudieran la maquinaria que se escondía en el subsuelo.

Frente a mí, junto a los restos de una fortaleza móvil consumida por un huracán de fuego, entre montañas de cadáveres y espadas rotas, estaba el monstruo.

Tristan, o el Robot Asesino en que se había convertido. En ese momento sentí miedo, porque no supe si en aquella carcasa de metal seguía habiendo restos del hombre, o sólo quedaría ya la máquina.

Los dos estábamos teñidos de rojo: él por la sangre de sus víctimas, yo por los restos de agua del lago en que me había sumergido con mi traje espacial. En mi mano sostenía las bombas de vasnaj que había desarrollado en Tebas. No contenían material onírico directo de la mente de Tristan, pero sí algo muy similar, generado a partir de mis propias impresiones cuando estuve atrapada en el sueño.

Rogué por que el buen hacer de Grobar y sus conocimientos sobre los gemelos Sax —almacenados en los chips de memoria de su collar cibernética— resultaran eficaces contra la torturada psique de Tristan.

Sí, es una mujer, vestida con los colores del sol naciente.

Snuk siente miedo por primera vez. La reconoce, pero no quiere pronunciar su nombre maldito. Es la diosa de la Justicia, de la Inevitable Confluencia, y viene a por él.

La diosa baja de los cielos con su mortaja de vísceras humanas y le hace gestos. Lleva algo en la mano, racimos de uvas del Hades. Ahora Tristan lo sabe: ha defraudado a los dioses. Ha hecho algo mal, algo inexplicablemente erróneo que les ha ofendido. Pero, ¿qué?

Está bien, piensa, no me atraparán tan fácilmente. Ni siquiera los dioses tienen poder para encadenar mis espadas. No, yo bailaré sobre su tumba de estrellas.

Snuk alza de nuevo sus brazos.

Le vi apuntarme con sus cañones tácticos. Aterrada, abrí los brazos en cruz y le hice un gesto desde las profundidades de mi máscara de oxígeno. Él dudó unos segundos. En cierto modo me reconocía, estaba segura.

Pronuncié su nombre buscando llaves somáticas:

—*Tristan*.

Se estremeció bajo su coraza.

—¿Quién eres, mujer? —preguntó.

—Sabes quién soy. Me hiciste el amor en el glaciar. Me tiraste por una grieta.

—Julia... —Abrió mucho los ojos—. No... no es posible. Estás muerta —titubeé—. Yo te maté.

Me acerqué dos pasos. Vi de reojo que una nave cigarro de los edeanos tomaba posición de ataque sobre Tristan a muy baja altura. Probablemente también querían acabar con toda esta locura. La jugada se les había escapado de las manos. Su paladín oscuro había demostrado estar demasiado loco, y les había puesto en contra de toda la Sílfide, violando de la manera más atroz las reglas del juego.

Elimina a los asesinos.

El bramar de la multitud que huía del estadio había alcanzado un cierto equilibrio en mis oídos: era como un silencio en voz alta que no llamaba la atención. De reojo vi miles de personas que luchaban por salir del recinto, aplastándose unas a otras, chillando y desgañitándose, pero todo parecía ocurrir en un nivel de realidad paralelo.

Allí, en medio de la explanada, sólo estábamos mi enemigo y yo.

Intenté que Tristan fijara toda su atención en mí.

—Sabes cómo me llamo. He venido desde el más allá para buscarte, Tristan — tragué saliva—. Harás este último viaje conmigo.

¡No, no! ¡Es imposible, aún no puedo irme!

Shiva en rojo. Shiva en azul. La diosa violada por sus hermanos en el Olimpo, la personificación de la vergüenza, mártir e icono de todos los suicidas. Shiva la Justiciera, la Ineludible, que ahora viene a por mí.

Snuk tiembla de pánico. La diosa se parece mucho a...

La nave de los edeanos disparó. Orientó sus cilindros impulsores para que sirvieran como armas, y sus haces taladraron la plataforma sobre la que Tristan estaba... apenas una décima de segundo antes.

Activé el retropropulsor de mi mochila y salí disparada hacia atrás y arriba. El Robot Asesino salió de la nube de polvo ejecutando un giro, y disparó su arma principal contra el destructor edeano. El proyectil de alta velocidad les alcanzó justo entre los cilindros impulsores, provocando una explosión.

Tristan no se detuvo ahí: de un prodigioso salto se afianzó al mismo casco del destructor, junto a la herida por la que manaban gases y fuego.

Horrorizada, le grité que no lo hiciera, pero no me escuchó. Disparó una nuclear vírica justo a través de la abertura en el casco. Yo, que había visto en directo sus devastadores efectos sobre una multitud desprotegida, fui incapaz de imaginar lo que sería capaz de hacer en un entorno cerrado como una nave espacial.

Al principio el cigarro no perdió la horizontalidad, pero en pocos segundos comenzó a caer. Se estrelló contra el kilómetro más septentrional del estadio, y explotó con una onda expansiva que levantó una milla de graderíos hasta una altura de doscientos metros. El efecto fue tan brutal que las gradas se convulsionaron como serpientes y se desmenuzaron lanzando asientos, trozos de cemento y miembros humanos calcinados por toda la ciudad.

Tristan cayó a tierra, a diez metros de mí. Yo retrocedí muy lentamente. Detrás tenía los restos humeantes de un camión vampiro, que hacía de pared. No podía alejarme mucho.

Y no lo intenté.

Las luces electrónicas que eran los ojos de Tristan rielaron nerviosas. Agarré con fuerza una de las pequeñas esferas-bomba de vasnaj.

El Robot Asesino se me acercó tanto que pude distinguir los rasgos de su cara bajo la coraza. Su yelmo parecía el de un antiguo caballero medieval, con orificios para la salida de gases en el frontal.

—Enséñame tu rostro, asesino —ordené, con toda mi entereza—. Quiero verte la cara antes de morir.

El dragón alzó su yelmo. No le importaba que su víctima supiese quién era su verdugo.

Debajo estaba Tristan, pero casi no fui capaz de reconocerle. Aún tenía nariz, y boca, pero los ojos habían desaparecido bajo dos cámaras gemelas tatuadas de circuitos, y los pómulos y huesos del cráneo lucían vigas metálicas de refuerzo, marcadas bajo la piel como si ésta fuese un saco orgánico que ocultara un andamiaje de tensores. A pesar de que el dolor debía ser indescriptible, el pobre diablo sonreía.

—Por los dioses, Tristan... —murmuré.

—Ju... li... a...

Alcé una mano y le acaricié el yelmo.

—Sí, hermano —asentí—. Estoy aquí.

—Ju... li... a...

Deslicé subrepticamente entre mis dedos una bomba de vasnaj.

El dragón varió la expresión de su rostro, de la incertidumbre y una leve alegría por haber visto de nuevo a su hermana, a la furia más absoluta.

—Eres una zorra ingrata, Julia —gruñó—. ¡No tienes derecho a rechazarme! ¡Yo te amo, aunque seas mi hermana de sangre! ¡*Te amo!*

Salté hacia atrás. Tristan avanzó con amplias zancadas...

... y lancé la primera bomba.

Le alcanzó en el pecho, explotando en una nube de gas. Alcanzó el rostro descubierto de Tristan, quien de repente estuvo de vuelta en su cama. Sacudió la cabeza, sorprendido.

—¿Dónde...? Agh. ¿Dónde infiernos estoy?

—En casa. La hora: nueve sesenta y seis de la mañana. Temperatura: estabilizándose en torno a los veinticinco grados. Pronóstico para el resto del día: variable.

—¿Qué...? —Tristan se incorporó levemente, notando un fuerte tirón en la espalda. Cerró los ojos un momento, encarando el dolor mientras despejaba sus sentidos. Amapolas—. ¿Amapolas?

El clonandroide de la servidumbre le sonrió cariñosamente mientras recorría las cortinas para dejar que la luz del sol inundara la habitación. Un tambor lejano redoblaba con lentitud, marcando una cadencia inquietante. Unas flores violáceas exudaban su fragancia desde una vasija jaspeada sin asas.

La Residencia, su estilo era inconfundible. Estaba en casa.

—Pe... pero, ¿cómo? ¿Por qué?

El sirviente le miró sin comprender, resistiéndose a abandonar su sonrisa beatífica.

No, algo no va bien.

—Le traje anoche una hermosa joven. Ahora está hablando con su padre.

¡Mi padre! ¡Mi padre está muerto, yo lo maté!

Tristan se llevó las manos a la cabeza rompiendo el equilibrio de la ilusión, haciéndola astillas. Volvió al mundo real, tambaleándose, pero aún avanzando hacia mí.

Maldije por lo bajo: si cerraba de nuevo su yelmo no podría volver a respirar el gas.

Una ráfaga de balas trazadoras le golpeó de lleno en la espalda, haciéndole trastabillar. Miré por encima de su hombro y vi que un camión triturador, maltrecho pero aún en funcionamiento, se acercaba a Tristan a toda velocidad con sus espolones de triceratops y sus colmillos girando en modo taladradora. Desde su cabina, una voz de mujer gritó al viento:

—¡Tristan, maldito bastardo!

—¡Sin-derella! —exclamé.

Tristan vio venir el bulldozer, y extendió los propulsores de su espalda y piernas para escapar volando, pero yo fui más rápida. Pasé corriendo a su lado y le lancé otra bomba de vasnaj, justo en el momento de la ignición. Los propulsores escupieron llamas, pero cuando estaban a punto de coger impulso la grieta de hielo se abrió bajo sus pies. Tristan, confundido, se aferró a las paredes cristalinas, pero el glaciar se desplazaba tan velozmente que la menor presión lo resquebrajaba. La pared se hizo astillas bajo sus dedos, y él cayó.

La morrena comenzó a succionarle. Vio los restos apisonados de una bestia del hielo, tan destrozados por la corriente de hielo que parecían un tatuaje de piel en la panza del glaciar. Tristan se revolvió, intentando escapar.

De repente vio a la chica. Shiva, sobre él, al pie de la grieta. Le miraba con sarcasmo.

—Eres un asesino, Tristan. Has causado la pérdida de tu familia, la caída del noble escudo de los Sax.

—¡No! ¡Yo siempre quise a mi familia!

—¿Quisiste a tu hermana, Tristan? ¿La deseabas, tanto que acabaste matándola?

—¡Eso no es cierto! ¡No tuve la culpa, fue un accidente!

Sintió un reblandecimiento en el hielo, una fractura y el camión le embistió con la fuerza de una manada de rinocerontes. Uno de los espolones de triceratops se fracturó y salió despedido hacia fuera, pero los otros dos se incrustaron en la coraza del Robot Asesino, haciéndolo girar locamente en espiral. Los colmillos ganchudos taladraron la armadura, provocando una nube de chispas incandescentes. Pedazos de colmillos y de chapa blindada fueron proyectados como en un géiser en todas direcciones.

El camión se estrelló contra una barricada de vehículos destrozados. Hubo una explosión de humo y metralla. Me tapé el rostro, viendo cómo el camión de Sin-derella se cubría de fuego. Afortunadamente, ella pudo salir cojeando de la carlinga.

Corrí a ayudarla, sosteniéndola en mis brazos justo cuando se desplomaba. Estaba herida en la frente y en un costado, aunque no parecía grave, sólo conmocionada por el choque.

—¡Sin! ¿Estás bien? ¡Háblame!

Ella escupió a un lado algo rojizo.

—Dame unos segundos para que me recupere, ¿vale?

—¿Está... está muerto?

Un ruido a mi espalda acabó con todas mis ilusiones.

El camión se convulsionó. Algo lo levantó a duras penas y lo lanzó a un lado. De entre el humo surgió la armadura de Tristan, bastante magullada. Donde antes nos habían mirado un par de ojos electrónicos, ahora sólo quedaba uno.

—*Julia...* —pronunció un altavoz, un aparato que se movía dentro de su boca, incrustado en el paladar—. *Has sido una niña muy, muy mala... Creo que voy a tener que castigarte.*

Sin-derella y yo nos miramos, apretamos los dientes, e hicimos una locura.

Tristan vio cómo le lancé con todas mis fuerzas mi penúltima bomba de vasnaj. Sonriente, se cubrió el rostro con el brazo. Su yelmo parecía dañado, incapaz de cerrarse de nuevo.

Sin-derella sacó su vibrocuchillo de la funda, activándolo. La hoja se calentó e hizo vibrar su filo a un nivel microscópico, aumentando su poder de penetración.

La bomba de gas se estrelló contra el brazo de Tristan, inocuamente. El dragón rió con ganas, asombrado de nuestra estupidez.

Luego bajó su brazo.

Y me vio lanzada por los aires hacia él, gritando de furia, con las llamas del propulsor ardiendo feroces a mi espalda. Los metros que nos separaban se redujeron en menos tiempo de lo que dura un latido, y Tristan siguió riendo, preparado como una montaña inamovible para soportar el impacto.

Me estrellé contra él, y salí rebotada sin control muchos metros. Di con el hombro contra el suelo y casi me lo disloqué, pero reí con furia al comprobar que la expresión de suficiencia de Tristan se había extinguido.

Había logrado introducir la última bomba en el interior de su boca.

El dispositivo estalló con un gracioso y casi inaudible sonido, y el organismo biomecánico del joven se llenó de gas, de pesadillas, de sueños inconclusos.

Cayó sobre sus rodillas, con la mirada perdida. Su hermanastra se acercó a él, puñal en mano, y no hizo nada durante cinco largos segundos.

Me puse en pie; en el fondo deseé que ella alzara su cuchillo y acabase de una vez con aquella locura.

Sin-derella elevó el brazo para matar; apuntó a la única carne que aún quedaba en el cuerpo de Tristan, su cara. La hoja resplandecía bajo la luz mortecina de los focos que aún iluminaban el estadio.

Entonces, al acercarse tanto, la joven pudo apreciar un detalle. Parte del blindaje del yelmo del dragón había desaparecido y, sobre el cráneo de su hermanastro, al que le habían afeitado hasta la piel, había conectada una flor. Sus pistilos se entrecruzaban como delgadas arterias de fibra óptica, enlazándose al encéfalo del joven, inyectándole sus jugos y oxigenando su cerebro.

Era una Flor de Narcolis.

El joven estaba durmiendo. Había estado durmiendo durante todo el combate.

Sin-derella, temblando de ira, lanzó un golpe certero hacia el cuello de su hermanastro, para cortar todas las conexiones que lo mantenían unido al cuerpo del robot.

Pero él no lo vio. El ojo sano de Tristan se enfocaba en vacío, como si su mente estuviese en ese momento en otro lugar...

... lejos...

... muy lejos...

Sueño del solsticio estival

Snuk era un joven que vivía feliz en su pradera llena de árboles y de casas de adobe. Estaba enamorado de una joven de su propia familia llamada Rala, pero ella, por supuesto, no le hacía apenas caso, tan sólo cuando necesitaba ayuda para reparar el porche o con los cubos de la ropa. Además, Snuk estaba desfigurado, y ninguna muchacha de la aldea había querido acercársele jamás.

Pero eso a Snuk no le importaba: él amaba a aquella mujer, y aunque conocía sus costumbres algo extrañas y su enfermedad, hacía lo que fuese necesario para pasar algún momento del día con ella.

Su padre no aprobaba que él quisiera pasar tanto tiempo pendiente de la joven. Era un hombre severo, conservador y religioso que creía en las virtudes de una vida ordenada y sana. Si hubiese sabido qué tipo de sentimientos atesoraba Snuk en su interior, muy probablemente lo habría matado de una paliza.

El padre era una figura poderosa e incorruptible, tanto que a Snuk le causaba pavor la idea de hacerse mayor y no llegar a satisfacer sus expectativas, de no poder convertirse en alguien parecido a él. Para ganarse su respeto, Snuk trabajaba y peleaba en los juegos circenses de su aldea. Y era el mejor: todos en la comunidad lo aclamaban y lanzaban vítores cuando salía a combatir por el premio.

Una noche, la pelea fue cruenta. Los adversarios era duros y, aunque no lograron arrebatarse el título de campeón invicto, lo dejaron seriamente herido. Eso jamás le había pasado, no en su territorio. Snuk se estaba haciendo mayor y ya no era tan ágil como antes; ya no tenía tantas posibilidades de salir victorioso. Pero aunque sus trofeos se contaban por docenas, no se atrevía a perder públicamente, a ser víctima de la humillación de sufrir una derrota ante la gente.

Y menos aún ante su padre.

No quería ni siquiera imaginarse a sí mismo llegando a su casa tras la pelea con el rostro magullado y moretones por todo el cuerpo. Sin el premio.

Su padre le mataría.

Así que había hecho un trato con sus enemigos: les pagaría a cambio de que perdiesen. Lucharían, y le ofrecerían resistencia, pero al final y como siempre, él, Snuk, se alzaría con la victoria. Su padre estaría contento.

Pero el día del combate algo salió mal. Había pagado el precio, sus enemigos habían aceptado el soborno... pero no cumplieron su parte del trato. Le estaban castigando bien. Snuk sintió miedo por primera vez.

Pero él era un gran luchador. El más magnífico que jamás hubiera existido en la arena, así que se tragó su dolor y se impuso en la batalla. Derrotó a todos sus

enemigos, pero salió bastante mal parado y tuvo que pedir que le llevaran a casa, porque no podía caminar.

Allí le esperaba su padre.

Estaba furioso.

Cómo puedes haberte dejado ganar. Cómo me has hecho esto; has mancillado el honor de la familia, eres una vergüenza.

No, padre, por favor, no me pegues más.

Y el padre le pega sin piedad usando el propio trofeo como maza. Snuk grita y llora, pero los golpes continúan cayendo. Cayendo, cayendo, cayendo...

Snuk y su vergüenza.

Esa misma noche, cuando su padre ya ha considerado que el castigo ha sido suficientemente duro, Snuk sale a escondidas de la casa, cojeando, casi sin poder moverse, y va a ver a Rala. Ella está despierta, puesto que vive sola y aún hay luz en su ventana.

El joven se acerca; la espía a través de los cristales mientras ella hace sus abluciones nocturnas. Se desnuda, se introduce en una tinaja y se baña con una esponja hinchada de jabón. La pasea por su piel lentamente, disfrutando de su contacto. No es como la maza del padre de Snuk: la esponja es fina y suave, muy porosa. Snuk se masturba en la oscuridad, como ya ha hecho en incontables ocasiones. Pero cuando acaba, no siente nada. Esa noche quiere, desea, exige más. Él es el campeón de la arena, al fin y al cabo. Tiene derecho a su premio.

Llama a su puerta y ella responde. Se asombra al verle sangrante, y él sonríe con sorna. No ha sido la arena la que lo ha machacado, sino una fuerza superior e irreductible, lo que le libra de culpa. ¿Y qué has venido a buscar aquí, Tristan? ¿Qué haces suplicando cariño en mi casa? Yo no soy quién para meterme en los asuntos tuyos y de tu padre.

Él lo sabe y le dice que no le importa, que ha venido a buscada para llevársela lejos, hacia el sol poniente.

Ella ríe.

Haz las maletas y nos vamos, le dice él: huiremos lejos para que nada, ni siquiera mi padre, nos pueda alcanzar nunca. Seremos marido y mujer y disfrutaremos juntos de una vida larga y feliz.

Ella sigue riendo.

Eres un necio, Tristan, ¿sabes lo que significa esa palabra? ¿No? Lo suponía. Eres un inculto descerebrado, zafio y patán, que no sabe hacer más cosas en esta vida que pegar a la gente. Competir en la arena, ¡ja! Siempre me ha parecido un espectáculo lamentable, ver cómo os arrastráis como cerdos por el fango mordiéndoo las orejas.

Snuk se convulsiona. No, no es posible. Yo lo he hecho por ti... todos estos años, todo este sufrimiento, para que te sientas orgullosa de mí. Sé que no es mucho, pero es todo lo que soy, ¿es que no te es suficiente? ¿Acaso no te vale mi cariño?

Rala se ríe de él miserablemente. Eres patético, Tristan. Nunca me has gustado. Eres un bruto sin corazón ni cerebro, y seguro que muchas otras partes de tu anatomía ni siquiera te funcionan, dice ella, señalando despectiva a su entrepierna. Snuk baja la vista y se fija en que su órgano cuelga flácido de su bragueta abierta. Aún está agotado por la masturbación. La joven se muere de risa ante su patética estampa.

Snuk no puede soportado más. Es demasiada humillación por una noche, y quiere su premio.

La agarra por el cabello y la sacude contra la tinaja de agua. Ella grita. Snuk le dice que está bien, que si no quiere darle su amor al menos le entregará su cuerpo. Al menos por esa noche. La obliga a desnudarse y hace el amor con ella, si se puede llamar así a esas convulsiones y a los gritos, y se corre en su boca cuando su hombría llega al límite de su aguante. Snuk chilla de placer, agarrando a su hermanastra por el cuello. Sufre, sufre como yo he sufrido por ti. Lloro, porque cada lágrima será una línea más del epitafio que cubrirá tu tumba. Lloro, porque los monstruos sin corazón como él no pueden hacerlo.

De repente, todo acaba.

Snuk tirado en el suelo, agotado, junto a una Rala inerme. Él ríe: tanto mofarse de su debilidad, y ella no es capaz de aguantar ni eso.

Al momento se da cuenta de que algo va mal.

La joven está extrañamente inmóvil. Snuk la sujeta delicadamente por los brazos y le da la vuelta. Cuando ve de nuevo el rostro de Rala, Snuk chilla, esta vez de pánico: Rala está muerta, sus ojos abiertos como platos, un rictus de horror contrae sus labios por encima de las encías. Marcas de su brutal abrazo aún visibles en su cuello de porcelana.

Snuk comprende lo que ha hecho, y no es capaz de soportarlo. Llega la locura como un bálsamo, arrastrándole como el reflujó de las mareas.

Rala, Rala...

Te fuiste de mi lado, y ni siquiera te despediste.

Su padre se entera de todo, es inevitable, pero no reacciona en absoluto como él espera: no le mata de una paliza, ni le encierra para siempre en lo más profundo de un foso. Snuk le oye llorar una noche, y esas lágrimas duelen más que si le pertenecieran a él mismo.

Padre le pone candados, férreos grilletes de contención, pero no a sus manos, sino a su mente. No quiere que nadie más en la aldea sepa lo sucedido. Se inventa una historia plausible: alguien mató a su otra hija, la independiente, la enferma. No se sabe quién fue, pero tanto él como el único hijo que le queda están profundamente consternados. Tarde o temprano darán con el culpable.

Snuk olvida lo que ha hecho... lo olvida conscientemente. No tiene pesadillas por las noches, y por una temporada es feliz. La relación con su padre incluso se asemeja un poco a una relación afectiva. Ahora que no está Rala, que el mayor de los

crímenes ha sido cometido y nada puede suceder que sea peor, la realidad se ha vuelto más tranquila, soportable.

Casi, casi, es una realidad de verdad.

Pero la mente de Snuk sabe que algo va mal. Por las noches, cuando su mente está plenamente despierta y nadie vigila, él habla consigo mismo, y se escucha y se cuenta cosas. Es el único momento en que puede hacerlo, porque sabe que ahí dentro hay cosas tan ocultas, tan terribles, que de ninguna manera podrían soportar la luz del día. Snuk recuerda cuando era niño y todo iba bien. Tenía sueños, deseaba jugar en su jardín con Rala, como hacían otros muchachos de la aldea, pero nunca fue posible.

En fin, piensa, riéndose de sí mismo: *En aquel entonces era un niño. Ahora las cosas han cambiado. Ahora... sólo soy un hombre.*

Y se da cuenta de que quiere huir lejos, pero ahí estaba su padre.

¡Pero ahí estaba su padre!

¡Pero ahí estaba su padre!

¡Pero ahí est...!

Epílogo

Niños jugando en el jardín

El ejército palladysta envió rápidamente sus cazas ligeros en persecución de los edeanos. Éstos, conmocionados por el alcance de la tragedia, trataron de huir desesperados en sus naves tubulares: se habían comportado de manera demasiado ofensiva frente al consorcio Xariano de Xar y los demás mundos de la Sílfide como para que sus explicaciones resultasen coherentes. Los cazas los obligaron a replegarse hacia la estratosfera, e impidieron que entrasen en fase de salto interdimensional en espera de nuevas órdenes.

Los millones de espectadores que huían despavoridos del estadio causaron estragos en las instalaciones. La policía y los militares hicieron todo lo posible para que la marabunta humana tuviese algún asomo de orden y no causara más víctimas que las nucleares víricas de Tristan, pero fue inútil: la gente corría y se desgañitaba y se pisaban unos a otros poseídos por la furia y el terror. Murieron a miles tratando de abandonar el recinto de los juegos.

Entre ellos salí yo, irreconocible en medio de la multitud. Me dejé arrastrar hasta las calles y me alejé caminando tranquilamente entre los edificios, con las manos en los bolsillos de una chaqueta que no recuerdo dónde encontré, o a quién se la quité.

Los policías me vieron pasar, pero nadie me reconoció (tal vez ni siquiera se fijasen en mí) ni me dio el alto. Sonreí. *Aquario* debía estar esperando en órbita, oculta de nuevo en el cinturón de basura.

No pensaba llamarla todavía. Sería más juicioso por mi parte esperar a que las cosas se calmasen un poco. Mientras tanto, seguro que encontraría un buen motel con cama (oh, una cama... En ese momento me di cuenta de lo verdaderamente extenuada que me encontraba) y un monitor en el que ver reposadamente las noticias.

Unas bocinas sonaron a mi espalda y me aparté. Pasaron algunos vehículos, ambulancias y privados en su mayoría. Pero había uno que me sorprendió: era un boogie blindado de los Narices de Cerdo, con una cabeza porcina disecada colocada como mascarón de proa sobre el parachoques. Cuando vi quién lo conducía, di un respingo.

—¡Sin-derella! —proferí, corriendo tras el vehículo. Con el estruendo reinante en la calle era imposible incluso oírme a mí misma, pero la seguí a la carrera hasta que se detuvo en un callejón obturado por la gente.

Jadeando, golpeé en la puerta con los puños. Sin-derella levantó una pistola pesada en advertencia, pero en seguida me reconoció y bajó la ventanilla.

—¡Piscis!

—Hola, creí que no te alcanzaba. ¿Cómo estáis?

Miró por el retrovisor a la parte de atrás del boogie. Allí, dos templarios heridos y un robodoc cuidaban del cuerpo sanguinolento de su padre, el duque Sax, haciendo lo posible con la química y la biotecnología para engañar unas horas más a la muerte. El viejo estaba tan pálido y demacrado que parecía un cadáver insepulto.

—Muy mal, pero creo que puedo llevarlo a las afueras y tratar de conseguir algún transporte civil que nos saque del planeta. ¿Tú nos puedes ayudar?

—Ahora no; el ejército controlará toda nave entrante o saliente, y ya conocen la mía. Si dejamos que pasen unos días...

—No puedo esperar tanto —interrumpió—. Pero no te preocupes, estoy segura de que habrá algún contrabandista que quiera este magnífico boogie a cambio de unos cuantos pasajes. —Sonrió, y por un momento se me pareció muchísimo a la hermana de Tristan, Julia, tal y como la había visto en los cuadros de la Residencia—. Muchas gracias, Piscis: hiciste un magnífico trabajo.

—Tonterías. Fuiste tú quien clavó el puñal en el cuello de Tristan.

Sin-derella negó suavemente, y se acercó a la ventanilla para decir:

—Él ya estaba muerto cuando yo le corté la cabeza: lo mataste tú al inyectarle la sobredosis de vasnaj. Creo que había algo en sus recuerdos que no pudo soportar a tanta intensidad.

Y me guiñó el ojo. Asombrada, me apeé del vehículo. Ella cambió de marcha, presta a seguir avanzando.

—¿Qué harás ahora? —preguntó. Yo encogí los hombros.

—Primero dormir. Luego haré un par de vuelos a Permafrost llevando mercancías para los Y-etis; pagan bastante bien, y después... no sé. Las estrellas dirán. ¿Y tú?

—Trataré de levantar de nuevo la casa Sax. Supongo que lo más fácil será casarme con Senecam y tener un par de hijos con él. Luego escindiré de nuevo el linaje.

Un hoyuelo vertical de asco se hundió en mi frente.

—¿Con Senecam? Puaj.

—Yo pienso lo mismo, pero en fin... Reglas de la nobleza: no puedo aspirar a más en mi condición. ¡Apartaos, cretinos!

Tocó un par de veces el claxon. Poco a poco se fue abriendo un hueco entre la multitud.

—Adiós, Sin. Espero que todo te vaya bien.

—Por cierto, si quieres para ti el robot de Grobar, el tal Obbyr, pásate a recogerlo por la fortaleza de Senecam. Es demasiado formal y buen chico para ese ambiente, y a mí me trae muchos recuerdos funestos.

—Ya veremos —sonreí, y dejé que el boogie siguiera de largo mientras Sin-derella insultaba a todos los que osaban ponerse en su camino.

Al momento la multitud volvió a rodearme y me quedé completamente sola, en un océano de caras desconocidas. Alcé la vista al cielo. Al abrigo del amanecer, vi

que se hacía visible una tenue línea de humo que cortaba en dos la bóveda celeste: el delgado cinturón de basura de Palladys, donde estaba escondida mi nave.

Me sentí a salvo en cierto modo, sabiendo que disponía de una vía de escape de aquella locura; que en cualquier momento podía subirme a mi carroza y salir huyendo hacia el centro galáctico como si la muerte me pisara los talones.

Agaché la cabeza para que nadie me viera silbar y, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, me dispuse a vagabundear por aquella ciudad extraña en busca de un lugar donde echar una cabezada.

Los niños cogen sus juguetes y corretean por el jardín. Es un lugar pequeño, pero enorme para su diminuta escala.

Snuk persigue a Rala por entre las flores, y la pellizca cuando descubre sus efímeros escondites. Ella ríe y le tienta a seguir hostigándola. Otros niños juegan en jardines anexos, separados por altas cercas de madera.

Cansado, Snuk pide cuartel y se sienta sobre un macizo de amapolas. El cielo se oscurece en el horizonte; unas nubes negras lo cubren todo hasta donde alcanza la vista. Amenaza lluvia sobre el jardín, otra vez.

Unas máquinas enormes, engranajes del tamaño de continentes, martillos y cadenas construidos por titanes, aparecen al anochecer, girando y girando detrás de las estrellas. Girando y girando, detrás de las estrellas...

Índice de contenido

Cubierta

Arena

Prólogo: El final de una vida

1. Comerciando en los lagos de Tikos

2. Rescate en el Purgatorio

3. ¿Dónde...? Agh. ¿Dónde infiernos estoy?

4. La muerte escarlata

5. Danza

6. Delicias embotelladas en los mares de hielo

7. Gineceos y mensajes ocultos en la espuma

8. El Mar de los Cuerpos Celeste

9. Cintas de Moebius

10. Despertares

11. Mausoleos de cristal

12. Shiva en azul

13. Exploración

14. Calor humano

15. Tebas

16. Preparativos para la batalla

17. Espectáculo

18. Arena (Uno)

19. Arena (Dos)

20. Arena (Y tres: Shiva en rojo)

21. Sueño del solsticio estival

Epílogo. Niños jugando en el jardín

PISCIS
୨ ୩ ୪ ୫ ୬ ୭ ୮ ୯ ୧୦ ୧୧ ୧୨

ARENA

Víctor Conde

Siguen las aventuras de

de PISCIS Lectulandia

